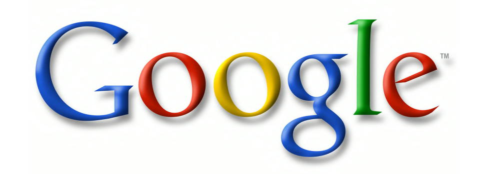
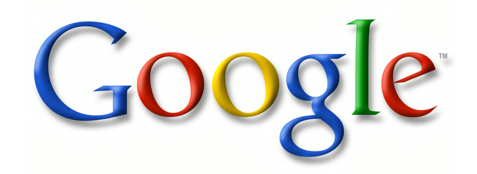
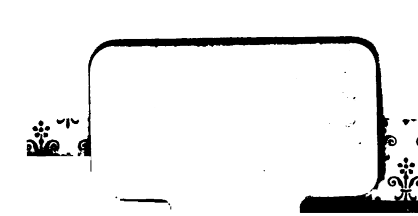
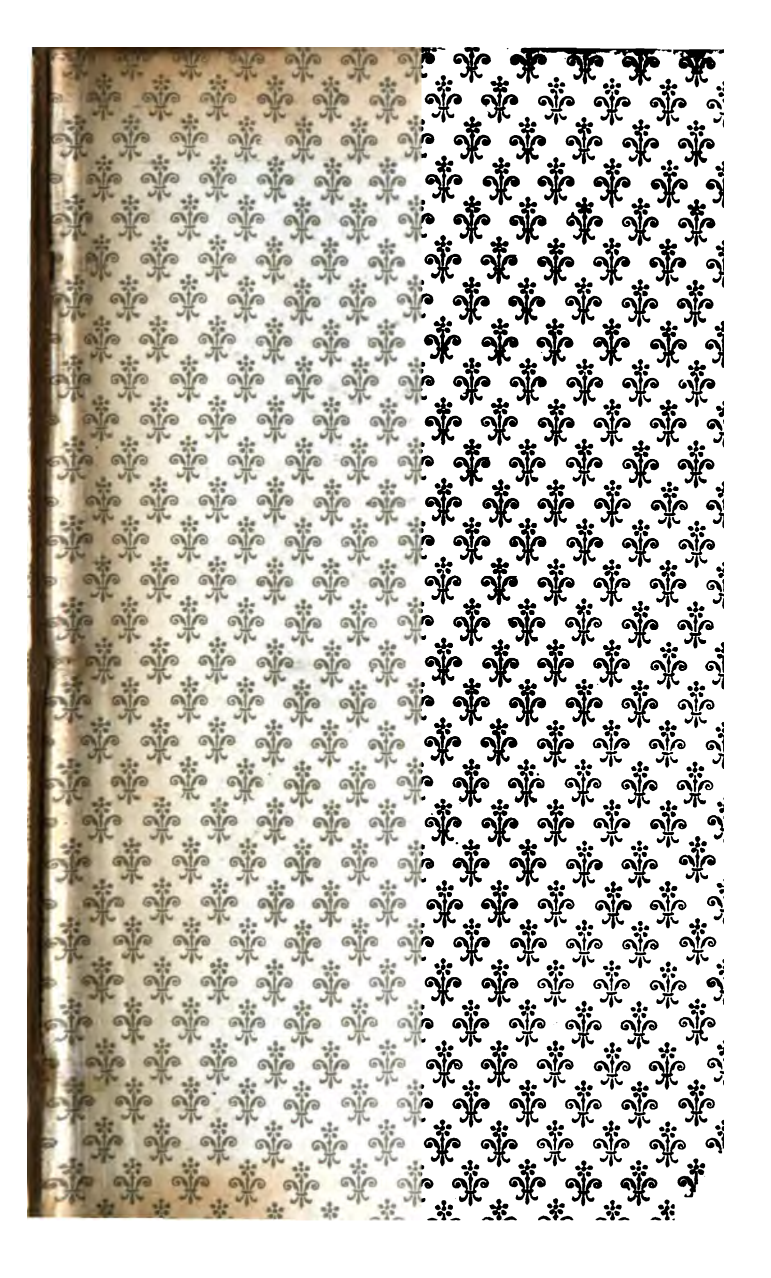








COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

COLECCIÓN

DE

# ESCRITORES CASTELLANOS

---

## LÍRICOS


EX-LIBRIS.

# OBRAS COMPLETAS

DE

# D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

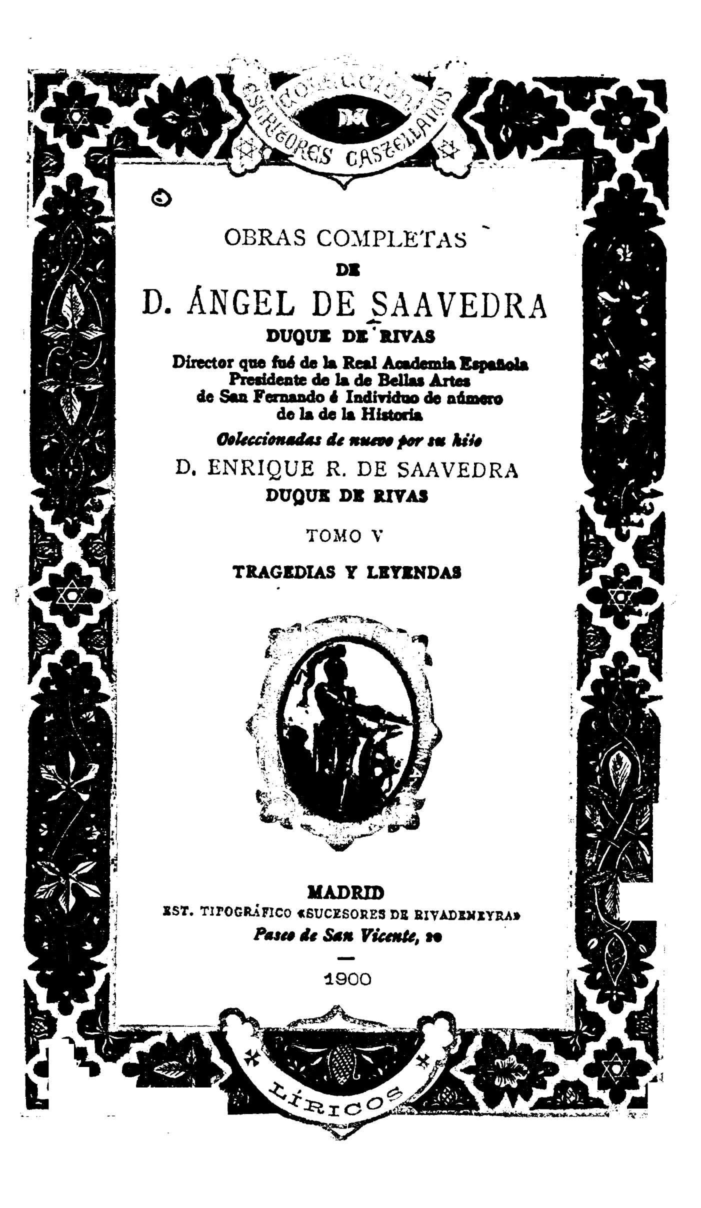
DUQUE DE RIVAS

75

TIRADAS ESPECIALES

---

50 ejemplares en papel de hilo, del.................... 1 al 50.
10 » en papel China, del...................... I al X.




# OBRAS COMPLETAS

DE

# D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

**DUQUE DE RIVAS**

**Director que fué de la Real Academia Española**
**Presidente de la de Bellas Artes**
**de San Fernando é Individuo de número**
**de la de la Historia**

***Coleccionadas de nuevo por su hijo***

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

**DUQUE DE RIVAS**

TOMO V

**TRAGEDIAS Y LEYENDAS**

**MADRID**
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
*Paseo de San Vicente, 20*

1900

# ARIAS GONZALO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS



# PERSONAS.

La Infanta Doña Urraca, señora de Zamora.
Arias Gonzalo, su ayo y consejero y padre de
Pedro..... }
Diego...... } Arias.
Gonzalo.. }
Don Diego Ordóñez de Lara, caballero castellano.
Gómez, paje de la Infanta.

COMPARSAS.

Damas de la Infanta.
Regidores de Zamora.
Caballeros zamoranos.
Pajes de la Infanta.
Guardias.

La escena es un salón del Alcázar de Zamora, con dosel al fondo, y á un lado un sillón y mesa con recado de escribir.

La acción empieza á media mañana y concluye antes de anochecer.





# ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA.—ARIAS.

INFANTA.

*Aparece sentada junto á la mesa, y al ver entrar á Arias se levanta y va hacia él.*

¡Anheloso tu vuelta deseaba
Mi inquieto corazón, Arias Gonzalo!...
¿Escuchó el Rey tu voz y el ruego mío?
¿Traes á Zamora paz, y á mí descanso?

ARIAS.

No, señora; pues sordo á las razones,
Y á la justicia vuestra, el rey don Sancho
Sólo de la ambición el grito escucha,
Olvidando feroz que es vuestro hermano.
Ni paz ni tregua admite. Guerra y muerte,
Y sangre y exterminio está anhelando.
Vuestro mensaje oyó como pudiera
Propuestas viles de traidor engaño,
Y sin dejarme hablar en nombre vuestro,
Cual varias veces pretendió mi labio,
«Arias, no os detengáis; tornad, me dijo,
Y á la Infanta decid que intenta en vano

Desarmarme con ruegos y plegarias,
De su corto poder indicios claros.
Que ó me entregue á Zamora en este día,
Ó antes que el sol se esconda en el ocaso
Verá á mis invencibles escuadrones
Dar á sus muros vencedor asalto.»
No me habló más; alzóse de su silla,
Y una mirada de furor lanzando,
Volvió la espalda, y ordenó á los suyos
Que al punto me arrojaran de su campo.

INFANTA.

¿Un rey... un caballero, injusto, aleve,
Así rompe la fe de los contratos?
¿Así comete tan atroz perjurio?
¿Mi herencia respetar no juró en manos
De nuestro padre? ¿Así la voz desoye
De honra y de religión; el grito santo
De la sangre no escucha, ni le mueve
De una infeliz mujer el ruego y llanto?...

ARIAS.

No pudieron jamás los juramentos
Enfrenar el furor de los tiranos,
Ni un pecho que ambición enseñorea
De sangre ó de amistad guardó los pactos.
Cual juró, al aprobar el testamento
De vuestro padre, que murió en mis brazos,
Respetar vuestra herencia y la de Elvira,
Juró también el fementido Sancho
De León y Galicia las coronas
En las frentes dejar de sus hermanos.

¿Y cómo lo cumplió?... ¿Cómo? ¿No vimos,
Apenas de Castilla tomó el mando,
Despojar de León, con cruda guerra,
Á don Alfonso; y luego, encarnizado,
Robar su trono al joven don García,
El reino de Galicia encadenando?...
¿Por qué ha de ser leal con vos, señora,
Quien no lo fué con los demás hermanos?

INFANTA.

Ellos reinos extensos poseían,
Mas yo á Zamora sólo...

ARIAS.

El tener algo
Es para el ambicioso harto pretexto.

INFANTA.

Ni mi triste orfandad y desamparo
Mueven su corazón.

ARIAS.

Al que se goza
En mirar sin piedad á sus hermanos:
Uno, á merced del moro de Toledo,
Un mal seguro asilo mendigando;
Otro en las hondas cavas de un castillo
La amarga vida sustentar, cargado
De miseria y de hierros..., ¿de su hermana
Podrá ablandarle el congojoso llanto?

INFANTA.

¿Y qué resta que hacer á esta infelice?

ARIAS.

Resistir, resistir.

INFANTA.

Cerco tan largo
Desfallecida ya tiene á Zamora.

ARIAS.

Pero aún tiene valor.

INFANTA.

Abatida.

¿Y podrá al cabo
Dejar de sucumbir?... ¿Quién socorrernos?...

ARIAS.

Con firmeza.

El cielo, aterrador de los tiranos,
Y los hombres también. No, no es tan firme
Cual juzgáis el poder del rey don Sancho.
El reino de León no está seguro;
Á su joven Monarca aún no ha olvidado
El reino de Galicia; el Sarraceno,
Viendo la desunión de los Cristianos,
Apercibe sus huestes; y celoso
Del poder de Castilla, á sus vasallos
Arma el Rey de Aragón: la hermana vuestra,
Doña Elvira, también, que amenazado
Ve su alcázar de Toro, por la espalda
Temor ofrece al enemigo campo.
Ni satisfecho de los suyos mismos
Está el usurpador. Cuantos hidalgos
Le siguen, con despecho sus perjurios
Miran y su ambición, y el desacato
Que contra las cenizas de su padre
Comete, persiguiendo á sus hermanos.

Rodrigo de Vivar, ese guerrero
De España honor, de la morisma espanto,
Le sigue; mas juró que en esta empresa
No le dará el auxilio de su brazo.
Diego Ordóñez de Lara, á quien prudencia
Aún no dió la carrera de los años,
Es el solo esforzado caballero
Que con celo y ardor sirve á don Sancho.

INFANTA.

Á pesar de esperanzas tan risueñas
El sitio se prolonga, Arias Gonzalo,
Y más y más se estrecha cada día.
Y al ver á mis valientes zamoranos
Sufrir por mí tan dilatada guerra
Y por mí perecer en los asaltos,
De un Monarca que al fin puede oprimirlos
El vengativo encono provocando,
Mi valor y constancia desfallecen,
Y siento el corazón hecho pedazos.

ARIAS.

Mal á Zamora conocéis, Infanta,
Poco el yugo terrible...

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—GÓMEZ.

GÓMEZ.

Acompañado
De los capitulares y otros nobles,
El alcaide Pedro Arias quiere hablaros.

INFANTA.

No se detenga, pues.

*Vase Gómez.*

## ESCENA III.

INFANTA.—ARIAS.

INFANTA.

¡Cielos!... Sin duda,
Harta Zamora de infortunios tantos,
Viene á pedirme un término á sus males.
Lo tendrá; que mi pecho no es de mármol.
Por mí bastante han hecho mis valientes.
Yo el juramento de lealtad les alzo.

ARIAS.

¿Qué decís?... ¿qué pensáis?... ¿Cuando Pedr-Arias,
Cuando el Alcaide de estos muros, cuando
Un hijo mío, en fin, á la cabeza
De la ciudad y pueblo zamorano
Á vuestras plantas viene, ¿por ventura
Viles propuestas os traerá?... Me pasmo
De que lo imaginéis.

## ESCENA IV.

INFANTA.—ARIAS.—GÓMEZ.—PEDRO.—DIEGO.
REGIDORES.—CABALLEROS.

PEDRO.

Infanta egregia,
Á quien la fiel Zamora con aplauso

Universal por su señora aclama,
Y á quien fidelidad, libre, ha jurado:
Permitid al Alcaide de estos muros
Y á los Capitulares zamoranos
Que os manifiesten dudas que atormentan
La lealtad y el amor de estos vasallos.

INFANTA.

*Con gravedad.*

¿Dudas?... ¿y cuáles son?... Decid, Alcaide.

PEDRO.

Esta ciudad, resuelta á conservaros
La lealtad que os juró, la independencia
Y el dón de vuestro padre, y contemplando
Cual su mayor ventura obedeceros,
Vió sin pavor las huestes de don Sancho,
De León y Galicia asoladoras,
Cubrir ufanas los vecinos campos.
El horrendo alarido de la guerra,
Heroica indignación, no torpe espanto,
Despertó en los valientes habitantes
De esta vuestra ciudad; y el grito alzando,
O repeler la usurpación injusta,
O con gloria morir todos juraron.
Estrechóse el asedio; enfurecido
El Monarca soberbio castellano,
Contra Zamora fiel apresta ingenios
Y da á sus muros repetido asalto.
M s ellos son imperturbable escollo
I su loco furor halla el naufragio.
C itro lunas, señora, nos han visto

Lidiar y no ceder; y ciento aguardo
Que admirarán nuestro denuedo y brío,
Por vos con gloria y con tesón luchando.
Siendo tal de Zamora la constancia,
Y la inmutable decisión, y el alto
Empeño en que se ve, y el nombre vuestro
Siendo de sus esfuerzos el amparo,
Con susto mira que embajada vuestra
Por la primera vez al rey don Sancho,
Haya hoy salido fuera de estos muros
A buscar paces ó entablar contratos.
¿Qué ilustre Infanta, por ventura os pesa
El esfuerzo y lealtad de estos vasallos?
¿Dudáis de su constancia y ardimiento?
¿De flaqueza señal visteis acaso
Dentro de las almenas zamoranas?
¿No son guerreros ya sus ciudadanos?
¿O cuatro lunas de virtud y glorias,
Tantas hazañas, sacrificios tantos
Queréis premiar rindiendo estas murallas
Al monarca ofendido castellano?
¿Qué esperanza, qué fe tendréis, señora,
En palabras, ofertas y tratados
De un rey que desconoce juramentos,
Avido sólo de exterminio y mando?
Cuando conciertos entablar, señora,
Incauta pretendéis con vuestro hermano,
Conocéis poco al sitiador soberbio,
Que fué á Galicia á levantar cadalsos,
Que fué á León para poblar mazmorras,

Y que aquí vino á encadenar esclavos.
Mas antes que sufrir su férreo yugo,
Antes que atada de su triunfo al carro,
Libre Zamora volará en ceniza,
Muerta y no esclava la tendrá el tirano.

ARIAS.

*Entusiasmado.*

Hé aquí á Zamora, Infanta... ¡El cielo justo
Premie aliento tan noble y tan gallardo!

INFANTA.

Valeroso Pedr-Arias, caballeros,
Padres del noble pueblo zamorano,
Habitantes heroicos de estos muros,
Mis dulces hijos ya, no mis vasallos:
¿Cómo dudar pudiera el pecho mío
De vuestra decisión y honor preclaro?
¿Cómo premiar vuestra lealtad excelsa,
A cuya eterna gratitud consagro
Todo mi corazón, de la venganza
Presa haciendo á Zamora de un tirano?
¡Jamás, jamás! Lo juro. Intenté sólo,
Viendo si el corazón del rey don Sancho
Aún de remordimientos capaz era
Y de ceder al grito sacrosanto
De honra y de religión, á los desastres,
Sacrificios y esfuerzos del estado
ner término ya. No á mis derechos,
á vuestra independencia renunciando;
al ambicioso usurpador abriendo
puertas de este alcázar; no con pactos,

Donde vuestra deshonra y mi deshonra
Fueran del siglo venidero escarnio.
Mensaje mío al sitiador, es cierto,
Hoy llevó el respetable Arias Gonzalo;
Mas no á ofrecerle el triunfo de Zamora,
Sí á recordar al Rey que fué mi hermano,
Y á pedirle se aleje de estos muros,
Y que sus juramentos respetando,
Ponga fin á domésticas discordias
Que el Sarraceno ve con gozo tanto.
Tales fueron, amigos, mis propuestas,
Las mismas que con risa el rey don Sancho
Oyó despreciativo y orgulloso,
Necios insultos por respuesta dando.
Él ante el cielo responsable queda
De las muertes, horrores y atentados
Que cause su ambición. Hoy mismo quiere
Repetir de estos muros el asalto...
Venga, pues, á encontrar nuevo escarmiento;
Venga, que decididos le esperamos;
Venga, y conocerá que mis propuestas
De amor, no de flaqueza, dimanaron.
Tanto en la gloria de Zamora fío,
Tanto en vuestra lealtad y ardor bizarro.

DIEGO.

Eso anhelan los buenos de Zamora,
Eso los que aquí miras anhelamos:
Que ose volver el enemigo al muro,
Que se trabe otra lid de brazo á brazo.

PEDRO.

A la Infanta, hincando una rodilla.

Pues tan fuerte os mostráis, yo á vuestras plantas,
Por mí, y á nombre de mis dos hermanos,
De los capitulares, ricos-hombres,
Nobleza, caballeros, hijosdalgo
Y pueblo de Zamora, el homenaje
De lealtad y de amor, ante Dios santo,
Sobre mi honor, sobre mi fe y mi espada,
De nuevo os juro.

TODOS.

Doblando una rodilla y extendiendo la mano derecha.

Y todos lo juramos.

INFANTA.

Con vehemencia.

Y yo lo acepto con el alma toda,
Y también juro al cielo que entretanto
Que mi pecho respire, nunca, nunca
Será Zamora presa de tiranos.
Y aunque débil mujer, á vuestro ejemplo,
Vestiré cota y ceñiréme el casco,
Y con vosotros guardaré mi herencia,
La vengadora lanza fulminando.

PEDRO.

¿Quién dudará, magnánima señora,
De triunfar en la lid, al escucharos?

Hace una profunda reverencia á la Infanta y vase,
y con él los demás.

## ESCENA V.

INFANTA. — ARIAS.

INFANTA.

Enternecida.

¡Qué valor!... ¡Qué lealtad!... ¡Qué noble pueblo!
Llena mis ojos delicioso el llanto
De ardiente gratitud, y el pecho mío
La digna admiración de tales rasgos.

ARIAS.

Fué vuestra duda de Zamora ofensa.

INFANTA.

Más que duda, fué amor de mis vasallos
El anhelar un fin á los desastres
De esta guerra feroz y asedio largo.

ARIAS.

Bien antes dije de aceptar, señora,
De tan inútil embajada el cargo,
Que á más de ser inútil, ofendía
El pundonor del pueblo zamorano.
Visto, Infanta, lo habéis. Las clases todas
De esta insigne ciudad acreditaros
Ansían su esfuerzo y su lealtad constante,
Y no sufrir el yugo de don Sancho.

INFANTA.

Sí, amigo, cuantos viven en Zamora
Merecen de lealtad la palma y lauro.

ARIAS.

Todos á vuestras plantas homenaje...

INFANTA.

Todos. Uno y no más, uno ha faltado
En día tan solemne.

ARIAS.

¿Quién?...

INFANTA.

Tu hijo;
El joven valentísimo Gonzalo;
Gonzalo en mi cariño predilecto,
El compañero de mis tiernos años,
El que yo misma caballero armara,
El que con tanto ardor...

ARIAS.

Señora, acaso
Con la gente de guerra allá en el muro...

INFANTA.

Siempre evita el venir á mi palacio;
Huye de mí en jardines y en muralla;
Jamás asiste á mi consejo.

ARIAS.

Es harto
Joven, acreditarse en armas debe.
Os sirve y os respeta. Pero vamos
A lo que más importa. El enemigo,
Cumpliendo su palabra, hoy dará asalto.
revenir es forzoso la defensa
el pueblo preparar. Vos, entretanto,
scribid á la Infanta doña Elvira,

Para que en Toro el estandarte alzando,
Distraiga al sitiador. Y el caballero
Nombrad que debe el enemigo campo
Cauteloso cruzar, y vuestro pliego
Entregar con grandísimo recato,
Y sin tiempo perder, á vuestra hermana.
Guárdeos el cielo.

INFANTA.

Adios, Arias Gonzalo.

**Vase Arias por la derecha y la Infanta por la izquierda.**

FIN DEL ACTO PRIMERO.





# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

GONZALO, solo.

Después de una breve pausa, dice con extrema agitación.

¡Cuánto tarda mi padre! ¿Qué desea
De mí en este lugar con tanto empeño?
¡Ah!... ¡Si supiera la escondida causa,
Que guardo en lo más hondo de mi pecho,
Por qué yo de este alcázar, donde toda
El alma mía cautivada tengo,
Huyo con tal tesón! ¡Cómo palpita
De verse aquí mi corazón deshecho!
Estas salas contemplan su hermosura,
La lumbre gozan de sus ojos bellos,
Lumbre en que toda el alma se me abrasa,
Sin esperar jamás ningún consuelo.
¡Desventurado yo! (Azorado.) Mas alguien viene...
¿Será la Infanta? ¡Oh Dios! Hüyamos... ¡Cielos,
Su presencia es mi vida, y su presencia
bravece el volcán en que me incendio!
.r de lo que adoro es mi destino,
ıi pasión ahogar en el silencio.

Sí, callar y morir: tal es la suerte
De un desigual amor. ¡Oh, cómo tiemblo!
Mas ya mi padre llega.

Se esfuerza en disimular su turbación.

## ESCENA II.

GONZALO.—ARIAS.

ARIAS.

Con cariño.

¡Hijo, Gonzalo!
Te convoco á este alcázar, porque anhelo
Que lo frecuentes más. Como en la guerra
Te ejercitas con honra, en el consejo
Debes también ejercitarte: siempre
Lustre ambas cosas dan á un caballero.

GONZALO.

Mi juventud es, padre, harta disculpa.
Al ejercicio de las armas debo
Dedicarme, y no á más, ya que experiencia
Para graves consultas no poseo.

ARIAS.

Los que nacen cual tú, Gonzalo, deben
Hallarse en ellas: no para, indiscretos,
Dar voto, proponer, abrir los labios,
Sino para imponerse del gobierno
En el saber difícil, escuchando
Á los que edad y estudio esclarecieron,
Y aprender cómo debe el que gobierna

Á las leyes guardar santo respeto,
Conservar el estado en paz honrosa,
La guerra prevenir, guardar los fueros
De cada clase, y repartir con pulso
Y equidad los castigos y los premios.

GONZALO.

Cuando libre Zamora de la guerra
Goce descanso y paz, tendré harto tiempo
De aprender á tu lado, padre mío.
Ahora sólo lidiar.

ARIAS.

Lidiar es bueno,
Mas no siempre lidiar. Si el ser tan mozo
Te excusa de asistir á los consejos,
No te excusa, en verdad, hijo querido,
De asistir de la corte á los recreos.

GONZALO.

Siempre...

ARIAS.

Siempre angustiado, taciturno,
Con dolor que aun de mí te alejas veo.

Con intención.

Tú, prenda de mi amor y mi ternura,
Tú el menor de mis hijos, que el consuelo
Debieras ser de mis cansados años,
Huyes de mí también. ¡Ah! ¿qué se han hecho
Tu alegre condición y tu dulzura?

GONZALO.

Tomándole una mano y besándosela.

ıdáis de mi cariño y mi respeto?...

ARIAS.

¿Qué he de hacer, cuando miro que afanoso
La muerte buscas con tenaz empeño?...
No excusar el peligro es de valientes;
De despechados anhelar los riesgos.
Que vigiles de noche en la muralla,
A todos dando de constancia ejemplo;
Que el primero te encuentren los asaltos;
Que en las salidas marches el primero,
Mi aprobación merece. Mas que solo
Este recinto dejes sin objeto,
A provocar inútiles combates
Y á matar ó á morir sin fruto, pienso
Que es de ferocidad seguro indicio,
Si no lo es de locura ó de despecho.
Por honra y libertad lidiar es gloria,
Mas por sólo lidiar, insano empeño.

GONZALO.

Mi destino, señor...

ARIAS.

Debe inclinarte
A ser aventajado caballero,
Hermanando el valor y la prudencia,
El dulce trato y el hablar discreto.
Desecha esa tristeza incomprensible,
Y de asistir á nuestra Infanta atento
Está á la obligación.

GONZALO.

Yo por la Infanta...

ARIAS.

Há poco que á este alcázar concurrieron
Las personas de cuenta, y renovaron
A sus plantas el santo juramento
De sostener hasta morir constantes
Su herencia, su justicia y su derecho.
Tú, tú sólo faltaste.

GONZALO.

(Con vehemencia.) ¡Oh padre mío!
¿Y quién puede anhelar cuanto yo anhelo
Morir por mi señora?

ARIAS.

Tu señora
No lo duda, Gonzalo.

GONZALO.

Plegue al cielo
Que yo su paz afirme y su dominio
Y de Zamora la salud, muriendo.

ARIAS.

Lo abraza con gran ternura.

¡Oh, cuánto gozo das al alma mía!
Así deben pensar, hijo, los buenos.
Pero á Dios plegue que por largos años,
De tu noble valor el fruto viendo,
De la Infanta el apoyo, y de Zamora
La gloria seas, y el mejor guerrero.
La Infanta sabe tu virtud y brío,
distingue con cariño tierno,
lo que extraña más que así te alejes
lado, y así...

GONZALO.

Turbado.

¡Yo!... ¡Padre!... ¡Cielos!...
¿De mí la Infanta, acaso?....

ARIAS.

Nunca olvida
Que fuiste de su infancia el compañero.

GONZALO.

¡Ay!... ¡Ni yo lo olvidé!... No, padre mío,
Y como la amo yo, cual la respeto,
Nadie en el mundo...

ARIAS.

Cuando, llena el alma
De gratitud, y de ternura el pecho,
Recibió há poco de tus dos hermanos
En este mismo sitio el juramento,
Notando que faltabas, preguntóme,
Y con elogio tal, y tanto empeño...

GONZALO.

¡Oh Dios!... ¿Notó mi falta?

ARIAS.

Sí, hijo mío;
Mucho cariño y honra le debemos.
Aquí se acerca.

GONZALO.

En la mayor confusión quiere irse.

Padre, permitidme...

ARIAS.

¿Así observas, Gonzalo, mis consejos?

## ESCENA III.

LOS MISMOS.—LA INFANTA.

INFANTA.

Arias...

*Se sorprende al ver á Gonzalo.*

¿Mas tú también en mi palacio?
¡Cuánto el mirarte en él place á mi pecho!

ARIAS.

Besa, besa la mano á tu señora,
Que premia tu lealtad con tanto afecto.
(*A la Infanta.*) Su juventud, Infanta, le disculpa.
Os sirve como honrado caballero,
Os ama como debe un hijo mío,
Y le aleja de vos sólo el respeto.
¿Escribísteis, señora, á doña Elvira?

INFANTA.

Ya Bellido partió llevando el pliego.

ARIAS.

*Sorprendido.*

¿Bellido?...

INFANTA.

Sí.

ARIAS.

¡Señora!... ¿y á Bellido
l eis encargo tal?...

INFANTA.

Dudas no tengo

De su lealtad. Su astucia es conocida,
Y para empresa de tan grave riesgo
Él mismo se ofreció.

ARIAS.

Si vos, señora,
Como siempre me honráis, á mis consejos
Dando acogida grata, en este caso
También me hubierais consultado, creo
Que el encargo Bellido no llevara...

INFANTA.

Bellido, á la verdad, no es buen guerrero,
Pero sí decidido zamorano
Y defensor ardiente de mis fueros.

ARIAS.

Es osado, señora, en demasía,
Ya que valiente no. Falso en extremo...
No dudo que sagaz del enemigo
La vigilancia burlará, y espero
Que á doña Elvira entregará el mensaje;
Mas la confianza del Señor es premio,
Y premiar al vicioso...

INFANTA.

Arias, acaso
Querrá lavar sus juveniles yerros.
Ofrecióse á prestar este servicio
Ante mis plantas y con tanto empeño,
Que resistir no pude. Y él, gozoso,
Que pronto alzado de Zamora el cerco
Por su valor é industria quedaría,
Juró al tomar el importante pliego.

ARIAS.

Él es activo, y como activo astuto:
Si es buena su intención, le ayude el cielo.
Ya también á Aragón partió el aviso,
El socorro urgentísimo pidiendo.
Y ésta la carta es que á don Alfonso
Deben llevar y al moro de Toledo.
Firmadla y partirá.

Da á la Infanta un pliego.

INFANTA.

Siéntase á la mesa y firma y permanece sentada.

Que alguno, amigos,
Auxilio al fin nos ha de dar espero.

ARIAS.

No lo dudéis, señora; en ayudarnos
Tiene interés el de Aragón, y empeño.

INFANTA.

¿Quién partió á Zaragoza?

ARIAS.

El bravo Núñez.

INFANTA.

¿Y quién debe salir para Toledo?

ARIAS.

Bermudo marchará.

INFANTA.

Dando el pliego firmado á Arias.

No se detenga.

ARIAS.

Irá de estas murallas al momento.

Vase.

## ESCENA IV.

GONZALO.—INFANTA.

INFANTA.

Permanece sentada, y dice á Gonzalo que hace ademán de seguir á su padre.

¿Tú me dejas también?...

GONZALO.

Confuso.

Señora...

INFANTA.

Espera.

GONZALO.

Á las murallas...

INFANTA.

Que te esperes ruego.
Ven... acércate más. Dime, Gonzalo,
¿Ignoras el cariño que profeso
Á tu familia toda? Arias, tu padre,
Es mi mejor amigo y consejero,
Como lo fué también del padre mío.
Sin su prudencia, su virtud, su celo,
¿Qué fuera yo, mujer desventurada,
Entre tanto peligro y contratiempo?
Tus dos hermanos, de lealtad y brío
Y de heroísmo y de constancia ejemplo,

Las dos fuertes columnas de mi estado
Son, y el firme sostén de mis derechos.
El uno, alcaide ilustre de Zamora,
El otro, capitán de mis guerreros,
Cuando dejan las bélicas fatigas
Y el cuidoso velar de sus empleos,
Me acompañan, me asisten, me consuelan;
Ora más leve mi penar haciendo,
Y animando mi espíritu abatido
De la espantosa guerra con el peso;
Ora brillando en mi palacio y corte,
O prestándome sabios sus consejos.
Tu anciano padre ni un instante solo
De mí se aparta, y á su amor le debo
Cuanto debiera al de mi padre mismo,
Como lo sabe el zamorano pueblo.
Y á ti, Gonzalo, á quien aclama el mundo,
Con sobrada razón, mi caballero,
Pues que yo misma te ceñí esa espada,
La espuela te calcé, y el juramento
Prestastes en mi mano; á ti que llevas
El nombre mío entre tus armas puesto,
Cual divisa en tu escudo; á ti, que siempre
Fuistes en mi cariño el predilecto,
Jamás verte consigo en mi palacio,
Cerca de mí jamás.—¿Por qué? dí...

GONZALO.

Abatido.

¡Cielos!

prosigáis, señora; no desgarren

Vuestras palabras mi oprimido pecho.
Sé cuánto nos honráis; sé los favores
Que yo el más joven de mi raza os debo.
Los sé, y consagro mi existencia toda
Á vos, aunque de vos siempre me alejo.

INFANTA.

Harto sé yo el denuedo con que lidias
De mi nombre en defensa y de mi pueblo:
Las cicatrices que glorioso ostentas,
Y que aún frescas se ven, lo están diciendo;
Y tanto más extraño es tu desvío.
Hoy mismo mis leales, con recelo,
Porque un mensaje dirigí á don Sancho,
De que cediese mi invencible esfuerzo,
Á mostrar su constancia en defenderme
Á este salón solícitos vinieron.
Tus dos hermanos, Vasco, Alfonso, Deza,
Cortés y Lara y otros caballeros
De sostener mi herencia y señorío
Renovaron há poco el juramento.
Sólo tú...

GONZALO.

Con vehemencia.

Basta. ¡Por piedad, señora!
¿Gonzalo há menester jurar de nuevo
Que cuanta sangre por sus venas corre
Derramará por vos?

INFANTA.

Así lo creo.
Pero acaso... No sé... Tal vez, Gonzalo,

Contra tu gusto y tu elección, siguiendo
La opinión de los tuyos, no la tuya,
Ó de un involuntario juramento
Compelido...

GONZALO.

¡Señora!!!

INFANTA.

Mis banderas
Defiendes...

GONZALO.

¡Santo Dios!..... ¿qué estáis diciendo?

INFANTA.

Por ventura Zamora es corto campo
De tu noble ambición y heroico esfuerzo;
Por ventura no piensas que acompañan
La justicia y razón á mis derechos,
Y á tu pesar...

GONZALO.

Con vehemencia y gran agitación.

¿Qué pronunciáis, señora?
El mundo, el mundo todo, sólo vuestro
Debiera ser. ¡Que yo del mundo el trono
Tuviera para vos pluguiese al cielo!...
Pero... nací infeliz. ¿Por qué el destino
No hace igual el poder al pensamiento?
¿Yo á mi pesar seguir vuestros pendones?...
¿Yo, no por mi elección, vuestro derecho
Sagrado sustentar?... ¡Ah!... Si la suerte
En la última región del universo
Me hubiera dado cuna, el alma mía,

Encantada al oir el nombre vuestro,
Arrastrado me hubiera á vuestras plantas
A seguir vuestra causa y defenderos.
Para morir por vos sólo respiro.

INFANTA.

Quien tal ardor por mí guarda en su pecho,
¿Por qué me evita con tenaz estudio?

GONZALO.

Porque nació infeliz.

INFANTA.

No te comprendo.

GONZALO.

¡Ah!... Si me comprendierais... Mas ¿qué digo?
Dejad que huya de vos, dejadme os ruego.

INFANTA.

¿Qué agitación, Gonzalo, te atormenta?
De tu extraño penar me compadezco.

GONZALO.

¿Vos me compadecéis?...

INFANTA.

Con ternura.

Sabes, Gonzalo,
Que casi al par nacimos, y que fueron
En fraternal unión creciendo juntos
Los dulces años infantiles nuestros.
Después á las Asturias te ausentaste,
Y que no fué sin lágrimas recuerdo.
Largos años sin vernos estuvimos,
Hasta que el Rey, mi padre, repartiendo
Entre todos sus hijos sus estados,

Voló cual justo á la mansión del cielo.
En herencia dejándome á Zamora,
Y á tu padre de apoyo y consejero,
Aquí con él, y no sin gozo mío,
Te volví á ver, Gonzalo. Á poco tiempo,
La profesión tomaste de las armas,
Y por mí fuiste armado caballero.
Afable y cariñoso, algunos días,
Solícito en mi corte y en mi obsequio,
Gustosa te encontré; pero muy pronto
Marcó tu frente el angustioso sello
De honda tristeza, y velador cuidado,
Á tu pesar, tus ojos descubrieron.
De mi alcázar las danzas y festines,
En vez de ser de tu aflicción remedio,
La furia, al parecer, acrecentaban
De tu dolor, pues tan tenaz empeño
Pusiste en evitarlos. De este modo,
Cuando esperaba del pasado tiempo
Ver la dulce amistad reproducida,
Hallé tan sólo en ti... ¿Qué nombre debo
Dar, Gonzalo, al afán con que procuras
De mí alejarte siempre, y de mí lejos,
Entregarte al dolor que te devora,
Siéndote yo de horror y asombro objeto?

GONZALO.

¿De horror, decís?... ¿De asombro?... ¡Oh suerte impía!
Y quién, y quién cual yo?...

INFANTA.

Ninguno, es cierto.

Desque nació esta guerra, valeroso
Me sirves, es verdad, con alto esfuerzo.
Mas crece, al par, tu atroz melancolía;
Y con disgusto, pesarosa advierto
Que buscas y te arrojas al peligro,
Como impulsado de feroz despecho.

GONZALO.

Y huye de mí la muerte, porque niegan
Todo descanso á mi penar los cielos.

INFANTA.

Con ternura.

¿Qué te atormenta?... Dímelo, Gonzalo.
Si la amistad de nuestros años tiernos
Del todo no olvidaste, en mí confía,
Descubre los abismos de tu pecho.

GONZALO.

Jamás. En el silencio del sepulcro
Se guardará conmigo este secreto.

INFANTA.

Horrorizada.

¿En el sepulcro?...

GONZALO.

Sí.

INFANTA.

¿Pues qué?...

GONZALO.

Haciendo ademán de irse.

Dejadme:
Ya para resistir fuerzas no tengo.
Lejos de vos...

INFANTA.

Levantándose del sillón y deteniéndole.

Espera. ¿Mi cariño
No podrá ser de tu penar consuelo?

GONZALO.

¿Vuestro cariño?... ¡Oh Dios!...

INFANTA.

Habla, sé franco:
¿Causa amor tu aflicción?... ¿Pudo en tu pecho
Su peligroso influjo...?

GONZALO.

¡Ay de mí triste!...
¡Amor!... Sí... ¿Qué decís?... ¡Amor! ¡Oh cielos!

INFANTA.

Que acerté con tus males imagino...
¿Y quién de tu pasión es el objeto?...

GONZALO.

¿Quién es?...

INFANTA.

Sí, dime...

GONZALO.

¿Me ordenáis que diga...?

INFANTA.

Lo exijo, sí.

GONZALO.

Hincando una rodilla y con la mayor vehemencia.

Vos sois el solo dueño
De todas mis potencias y sentidos;
Vos quien inflama el desastroso fuego
Que el alma me consume; vos, señora,

La causa celestial de mis tormentos.
Por vos, sólo por vos corro al peligro.
Soy infeliz y perecer anhelo.
Miradme con piedad... ¡Ah!... No... ¿Qué digo?
Derribad la cabeza de mi cuello,
Ya que de amaros tengo la osadía;
Mas lástima de mí tened al menos.

INFANTA.

Agitada.

¿Qué dices?... ¿Qué... ¡Gonzalo!

GONZALO.

Confundidme.
Nacido fuí para vasallo vuestro.
Mas no se manda el corazón, y el mío
Para amaros nació. ¡Pluguiese al cielo
Que yo un excelso príncipe naciera,
Que á vuestros pies pusiera el universo!
¡Ah!... No se elige cuna; y pues la mía
Me hizo á vos desigual, el brazo horrendo
De la muerte me vuelva aquel descanso
Que vos robasteis á mi insano pecho,
Y ponga fin á mi crüel martirio,
Y castigue mis altos pensamientos.

Alzase.

Dejadme ir á buscar la ansiada muerte,
Pues mi loca pasión rompió el silencio.

INFANTA.

Deteniéndole.

Detente... ¡Oh Dios!... Detente... ¿Á do, Gonzalo
Desesperado vas?... Ven... ¡Ay!... De acero
No tengo el corazón.

GONZALO.

¿Qué?...

INFANTA.

¿Tú la muerte
Buscas tan sólo de tu amor en premio?

GONZALO.

¿Qué más puedo esperar?

INFANTA.

Sorprendida.

Apresurado
Penetra en el salón tu hermano Diego.
Calma, ¡por Dios!, Gonzalo, tu semblante.

## ESCENA V.

LOS MISMOS.—DIEGO.

DIEGO.

Inclinándose con respeto.

Pensé que aquí mi padre...

INFANTA.

Inquieta.

¿Con qué objeto
Así á tu padre buscas?...

DIEGO.

Se ha notado
Repentino y extraño movimiento
n el campo enemigo: hasta aquí llegan
e los clarines y el tambor los ecos.
ordenan los contrarios escuadrones

Y lanzan altas voces los guerreros.
Sin duda el asaltar nuestras murallas
Es del altivo sitiador intento.
Ya acuden á guardar torres y fosos
Los zamoranos, y mi hermano Pedro
Prepara la defensa; pero quiere
Que mi padre á su lado...

INFANTA.

¡Oh Dios! No temo
El bárbaro furor del castellano,
Pues tales hijos que me guarden tengo.
Mi hermano sólo responsable sea
De tantos males cual provoca ciego.
Gonzalo, el rey don Sancho furibundo
De mi sangre infeliz está sediento.

Le alarga la mano.

Tú eres mi campeón. Combate y piensa
Que todo es del valor escaso premio.

GONZALO.

Besándole la mano.

¿Y qué valor resistiráse al mío,
Si osa á tanto elevar el pensamiento?

INFANTA.

Que Dios escude tu preciosa vida.

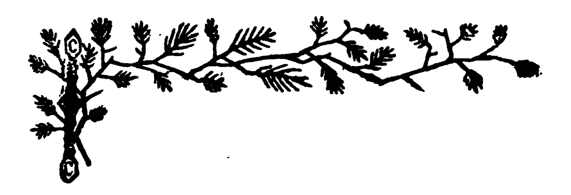
Vase.

GONZALO.

A morir ó triunfar corramos luego.

Vanse.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



# ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

ARIAS.—INFANTA.

Cada uno sale por distinto lado.

INFANTA.

*Agitada.*

Te llamo ansiosa de saber, don Arias,
Qué horrible estruendo y clamorosos gritos
De terror y de asombro el aire pueblan,
Llenando de inquietud el pecho mío...
¿Se ha trabado la lid?... ¿Ocupa el foso
Vencedor y soberbio el enemigo?...
¿Pereció algún ilustre caballero?.....
¿Están en salvo tus valientes hijos?
¿Acaso alguno...?

ARIAS.

Sosegaos, señora.
El extraño rumor que habéis oído,
Fué parte en los reales de don Sancho,
rte en nuestras murallas y castillos.
ordenarse las contrarias huestes
intentar el asalto daba indicios,

Si bien no se apartaban de su campo.
Y el pueblo zamorano, decidido,
Ocupaba en silencio las almenas
En igual inacción, cuando advertimos
Extraña confusión en los reales,
Y á toda rienda, alzando remolinos
De ardiente polvo, en busca de estos muros
Un jinete venir. Era Bellido...

INFANTA.

*Sorprendida.*

¿Bellido?...

ARIAS.

Sí, señora, que gritando,
Y un agudo venáblo, en sangre tinto,
Revolviendo en la diestra, de Zamora
Buscaba ansioso el resguardado asilo.
Cuatro ó seis caballeros castellanos,
Y entre ellos el fortísimo Rodrigo,
De cerca le acosaban; pero siendo
Más veloz el caballo de Bellido,
Logró salvar precipitado el foso
Y feliz ampararse del rastrillo.
Desde el muro con dardos y con piedras
A los que le alcanzaban contuvimos,
Y Pedro con escolta marchó al punto
A dar segura entrada al fugitivo.

INFANTA.

Al punto venga á la presencia mía.

ARIAS.

Aquí mandé, señora, conducirlo.

INFANTA.

Confusa.

¿Y por qué castellanos caballeros
Le acosaban así?... ¿Por qué el recinto
De Zamora buscaba de tal suerte?...
Por ventura... ¿mi pliego habrá perdido?...
¿Descubierto...?

ARIAS.

¿Quién sabe?... Extraño caso
Sin duda le ocurrió. Dirálo él mismo.

## ESCENA II.

LOS MISMOS. — PEDRO.

Mostrando gran dolor y abatimiento.

INFANTA.

Pedro, ¿supiste ya...? Mas ¡qué semblante!...
¡Qué extraña turbación!..... ¿Dó está Bellido?

PEDRO.

De sangre y de fealdad manchado viene.
De tal sangre, señora, que este sitio
Contaminara.

INFANTA.

¡Oh Dios!

ARIAS.

Asustado.

¡Pedro!... ¿Qué...?

INFANTA.

¿Acaso...?

PEDRO.

No es de venir á vuestras plantas digno.
De mirarle temblarais. A Zamora
Salvó, es verdad, mas fué con un delito.

INFANTA.

*Inquieta.*

Alcaide, acaba..... Incertidumbre horrible
Tan misterioso hablar da al pecho mío.

PEDRO.

Don Sancho, vuestro hermano, ya no existe.

INFANTA.

*Despavorida.*

¿Cómo?...

ARIAS.

¿El brazo de Dios...?

PEDRO.

El de Bellido.

INFANTA.

*Sentándose de pronto en el sillón con muestras de profundo dolor.*

¡Cielos!... ¡Qué horror!... ¡Oh guerra detestable!
Era mi hermano, aunque era mi enemigo.

ARIAS.

*Después de larga pausa.*

¿Qué mortal, oh justicia del Eterno,
Libre se juzgará de tu dominio?...
Mas ¿cuál fué el caso?... ¿Singular combate?...
¿Un hombre obscuro, y tal como Bellido,
Osó á un monarca provocar, y pudo
Un monarca abatir su orgullo y brío
Hasta aceptar tan desigual contienda?...

¿Ó acaso preso el zamorano altivo
Y ultrajado tal vez...? Pedro, dí.

PEDRO.

Escucha
Lo que refiere con jactancia él mismo.
Dice que desde el punto en que anheloso
A suplicar á nuestra Infanta vino
Que del mensaje á Toro le encargara,
Ocultaba en su pecho tal designio.
Y que sin descubrirlo á nadie, apenas
Dejó estos muros, fuése decidido
Al campo sitiador, y á los primeros
Que halló guardando el valladar les dijo
Que, huyendo de la Infanta y de Zamora
Y anhelando vengar odios antiguos,
Buscaba de don Sancho las banderas
Para prestarle fiel un gran servicio.
Y que al Monarca al punto lo llevasen,
Porque importaba darle cierto aviso,
Con el cual de Zamora la conquista
Segura estaba y terminado el sitio.
Dudaron los soldados; pero astuto
Ser llevado ante el Rey logró Bellido,
Cuando ordenando estaba sus escuadras
Para asaltar de nuevo este recinto.
En la regia presencia, sin turbarse,
Inventando sucesos peregrinos,
ersuadiendo al Rey que de la Infanta
: los zamoranos perseguido,
ı amparo y defensa se acogía

Huyendo de un injusto y vil suplicio,
Cautivar consiguió su confianza
Y verle á su favor grato y benigno.
Entonces, importancia aparentando,
Le pidió que en su tienda, sin testigos,
Le escuchase, y logrólo, aunque á despecho
De varios caballeros y caudillos.
Al verse á solas con don Sancho, aleve
A su infame intención dar cima quiso.
Mas los riesgos y azares de la fuga
Nuevo ardid le inspiraron, y al Rey dijo
Que de aquel campo se encontraba cerca
La descuidada puerta de un camino
Subterráneo y oculto, que á este alcázar
Daba seguro paso en tiempo antiguo,
Y que era fácil por allí al momento
Sorprender á Zamora sin peligro.
No recelando engaños el Monarca,
Por sí reconocer al punto quiso
Del subterráneo la supuesta boca,
Y salió de su tienda. Mas Bellido,
Para evitar que algunos caballeros
Le acompañasen al oculto sitio,
Encareció lo grave de la empresa,
Difícil quebrantándose el sigilo.
Y aun osó al Rey decir que había traidores
En sus escuadras y á su lado mismo.
Don Sancho, ó bien que le cegase el cielo,
Queriendo á sus violencias dar castigo,
O porque es propensión de los humanos

Correr á rienda suelta al precipicio,
Cuando corren en pos de sus deseos,
Pidió un caballo, y solo con Bellido,
Sin ceñirse coraza, sin escudo,
Sin yelmo, y ordenando que seguirlo
Nadie intentase, se alejó del campo.
Y en esas quiebras y erizados riscos
Que no lejos se encuentran, se introdujo
Del zamorano aleve conducido;
Quien, así que se vió solo, asestando
Al corazón del Rey con fiero brío
Un agudo venablo, por dos veces
Forzudo lo vibró, vertiendo un río
De regia sangre.

INFANTA.

Con gran desconsuelo.

¡Oh Dios!

ARIAS.

Pasmado.

¡Qué horror, señora!

PEDRO.

Cayó don Sancho. De la muerte el grito
Resonó en torno. Algunos caballeros,
Que contra su mandato, allí vecinos
Osaron esconderse, recelosos
De cubierta traición, al alarido
Acuden, ven la causa, y furibundos
C--ren en pos del matador, que asilo
có en estas murallas, y está en ellas.
el suceso fué.

INFANTA.

¡Qué horror!

ARIAS.

(Despechado.)

¡Dios mío!
¿Y la noble Zamora, ¡oh mengua! pudo
Albergar á un traidor entre sus hijos? (Pausa.)
¿Conque no mató al Rey cual caballero,
Siendo iguales las armas y el peligro,
Sino cual vil traidor?...

PEDRO.

Y aún orgulloso
Se jacta de su hazaña el asesino.
Dice que á él debe su salud Zamora.

ARIAS.

Indignado.

Nunca salvarse con deshonra quiso.

PEDRO.

No ha de manchar nuestra ciudad insigne
La afrenta de un menguado...

ARIAS.

Hay casos, hijo,
En que del pueblo la opinión se mancha
Con que uno, y nadie más, haga el delito.
Al extender la Fama por el mundo
La triste nueva con sonoro grito,
Dirá: Los zamoranos, no con armas,
Sino con vil traición se han defendido.
Y aunque insensata la noticia sea,
Queda empañado del honor el brillo,

Que luego apenas con fatiga y sangre
Se logra acrisolar.

PEDRO.

Don Sancho digno
Era por su ambición tirana y ciega,
Y por los desacatos cometidos
A la memoria de su augusto padre,
De recibir del cielo alto castigo.

ARIAS.

Mas con un rayo confundido fuera,
Ó en lid honrosa, por la mano herido
De un noble caballero; no engañado
Por la maldad de pérfido enemigo.

INFANTA.

¡Ay!... ¡Con cuánta razón, noble don Arias,
Del traidor recelaste!

ARIAS.

El que del vicio,
Sin pudor, yace en el inmundo lodo,
Jamás mi confianza ha merecido.
Del honrado son propias las hazañas,
Y propios del vicioso los delitos.
Y si á la patria sirve, la deshonra,
Pues sólo sabe usar medios indignos.
La razón de Zamora y la justicia
Con esa vil acción del asesino
Disminuyen, al par que se levantan
justicia y razón del enemigo.
hemos de libertarnos del asedio;
's si los castellanos tienen bríos,

Vengar deben la muerte del monarca;
Y los que no aprobaban sus designios,
Ser ya los más tenaces y valientes,
Ved qué gran diferencia, en proseguirlos.

INFANTA.

*Levantándose de la silla.*

Yo al mundo probaré que no Zamora,
Sino un aleve cometió el delito.
Alcaide, que al momento, de una torre
La más honda prisión guarde á Bellido.

*Vase Pedro.*

## ESCENA III.

INFANTA.—ARIAS.

ARIAS.

Señora, al punto á vuestro hermano Alfonso,
Que es de don Sancho sucesor, aviso
Debéis dar del suceso...

INFANTA.

*Volviéndose á sentar muy abatida.*

Arias, fiel Arias,
De amargura y horror el pecho mío
Tan lleno está, que disponer no puede
Lo que me cumple hacer en tal conflicto.
Tú, que siempre mi apoyo y consejero
Fuistes, y el más leal de mis amigos,
Manda y dispón por mí cuanto convenga.

ARIAS.

Hallándose en Toledo fugitivo,
Y á la dudosa fe de sarracenos
Entregado, tal vez con gran sigilo
Debe esta nueva...

## ESCENA IV.

LOS MISMOS.—DIEGO.

DIEGO.

Del contrario campo
Al pie de nuestros muros ha venido,
Tremolando en la pica un blanco lienzo,
Diego Ordóñez de Lara, aquel caudillo
Castellano que siempre en los combates
Y en los asaltos el primero vimos.
Y para entrar á hablarte, en altas voces
Pide seguridad y tu permiso.

ARIAS.

Con resolución.

Y al punto se le den.

INFANTA.

Asustada.

¿Qué dices?... Arias...
¡Pues qué pretende el castellano altivo?

ARIAS.

Reparo del escándalo y afrenta,
Sin duda, viene Ordóñez á pedirnos,

Y á indagar si Zamora y si vos misma
Tienen parte en el fiero regicidio.
No otorgarle el seguro que pretende,
De aprobar crimen tanto fuera indicio.

INFANTA.

Levantándose resuelta.

Entre, pues, Diego Ordóñez, y mirando
Mi luto, mi amargura, y de los míos
El honrado pesar, nuestra inocencia
Conozca y mida con sus ojos mismos.
Entre, pues, Diego Ordóñez, y al infame,
Que en sangre con horror bañado miro,
Le entregaré, porque presencie el campo,
Que crimen tan atroz pasmado ha visto,
En la justa venganza de Castilla,
Del delincuente bárbaro el suplicio.
Conozcan mi lealtad los castellanos,
Al traidor entregando...

ARIAS.

Precipitado.

¿Qué habéis dicho?...
De vuestro hermano la venganza, sólo
Á vos, y á nadie más, toca. Bellido
Es criminal, mas es vuestro vasallo.
Leyes y magistrados que el delito
Juzguen, tenéis aquí. Y aquí, en Zamora,
Legalmente pronúnciese el castigo:
Y tal, que siendo asombro al orbe todo
El nombre deje de Zamora limpio.
Mas entregarle á la venganza extraña,

Injusticia y flaqueza á un tiempo mismo
Fuera. Sus tiendas la enemiga hueste
Alce y se aleje, levantando el sitio;
Respeten vuestra herencia, y vos, señora,
Sin que extranjeros vengan á exigirlo,
Dad, en nombre de Dios, castigo ó premio,
Cual cumple á vuestro excelso señorío.
Éntre Ordóñez de Lara, mas no intente
Imponer degradantes desvaríos.

INFANTA.

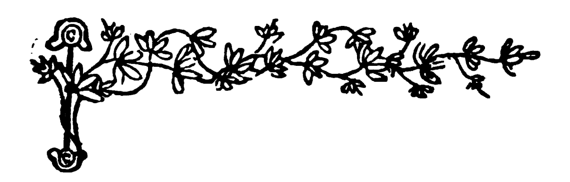
Entre, pues, Diego Ordóñez.

ARIAS.

Vos, Infanta,
Preparaos cual debéis á recibirlo.

FIN DEL ACTO TERCERO.





# ACTO CUARTO.

## ESCENA PRIMERA.

INFANTA, sentada en el dosel, y á su derecha, de pie, ARIAS, PEDRO, DIEGO, GONZALO, GÓMEZ y Regidores. A la izquierda, y á un lado y otro, damas, caballeros, pajes, guardias. Todos vestidos de luto.

ARIAS.

Viniendo al medio de la escena, seguido de GÓMEZ, dice en alta voz.

Audiencia al caballero castellano
La Infanta, mi señora, le concede:
No se detenga, pues.

Vuelve á su puesto, y GÓMEZ se va por la derecha.

## ESCENA II.

LOS MISMOS y ORDÓÑEZ, que sale con GÓMEZ.

ORDÓÑEZ.

Hincando una rodilla.

Infanta excelsa,
Que vuestras plantas generosas bese
Un vasallo leal de vuestro hermano,

Y que ante ellas se postre reverente
Permitid, y también que por sí propio,
Ó bien á nombre de las bravas huestes
Que esos campos dominan, y en el nombre
De tantos caballeros excelentes
Que en ellas ciñen del honor las armas;
Y en el nombre, por fin, de cuantos tienen
Honra y virtud y castellana sangre,
Justa satisfacción demande y ruegue.

INFANTA.

Alzaos, Diego Ordóñez, al asiento
Que vuestros nobles títulos merecen.
Y la demanda proponed.

ORDÓÑEZ.

**Se levanta y sienta en una banqueta sin respaldo que estará allí cerca.**

Señora:
El dolor que marchita vuestra frente,
Y los lutos y el fúnebre aparato
Que aquí mis ojos por doquier advierten,
Indicios son de que la misma pena,
Que el pecho mío destrozado tiene,
Y de asombro y terror llena á Castilla,
Y de justo furor á sus valientes,
No es tan ajena del cuidado vuestro,
Ni de los caballeros que sostienen
El empeño de ser vuestros vasallos,
Con armas, con tesón y aun con laureles.
Pero de un Rey excelso de Castilla
El vil engaño y la alevosa muerte,
Y el responder á generosa guerra



Con doble trato y con traición aleve,
Mal, tan sólo con lágrimas y lutos,
Satisfecho quedar, señora, puede.
Venganza crimen tal demanda al cielo,
Y tal venganza, que desarme y temple
La justa saña que á la fiel Castilla...
Á España toda, con razón, enciende;
Y tal reparación, que el nombre vuestro
Y el honor de Zamora limpios deje
De dudas, de sospechas y de indicios
Que los manchan, deslustran y ennegrecen.

INFANTA.

Diego Ordóñez de Lara: el pecho mío
Al ver tanta lealtad consuelo siente.
Fuisteis fiel servidor del rey don Sancho,
Y tan noble actitud os enaltece.
Siempre le amé: jamás como enemigo,
Aunque mi herencia firme defendiese,
Pude considerar vuestro Monarca,
De quien lamento la horrorosa suerte.
Las lágrimas que inundan mi semblante,
La indignación que en mis entrañas hierve,
Y mi conducta con el rey don Sancho
Testificarlo al universo pueden.
Y no es sólo, don Diego, el pecho mío
El que el tormento del dolor padece
Por el funesto fin del Rey mi hermano;
...ue cuantos mi estandarte siguen fieles,
...antos habitan á Zamora insigne,
...al yo le lloran y vengarle quieren.

Y estos lutos y fúnebre aparato
Señales son de lo que el alma siente,
No apariencia falaz, con que los hombres
Satisfacer al necio mundo suelen.
La fiel Zamora y la leal Castilla
La misma angustia de dolor padecen;
Y si pena común es firme lazo
Que opuestas voluntades entreteje,
Tendrán fin las discordias, que producen
Siempre desastres, y delitos siempre.
Es verdad que con guerra abierta y franca
Vino mi hermano y con bizarra hueste,
Aunque á razón contrario y á justicia,
Y á juramentos y á contratos fuese
Acometer mi herencia á mano armada,
Y á mi pueblo tratar como rebelde.
Mas también es verdad que yo y Zamora,
Los pactos recordándole solemnes,
Y con ruegos y lágrimas, tentamos
Su ambición sofocar y contenerle.
Y todo siendo en vano, á la defensa
También con hierro y con armada hueste
Apelamos, en guerra abierta y franca,
Como cumple á los buenos defenderse.
Díganlo cuatro lunas de combates
Y cinco asaltos rechazados siempre,
Que el triunfo á nuestro esfuerzo aseguraban,
Sin que traiciones necesarias fuesen.
Por desgracia, encontróse en estos muros
Un pérfido asesino, un hombre aleve.



Ese el crimen horrendo cometiera;
Mas no Zamora, que ni está ni puede
Contaminada estar. Y si es que el mundo
Lo osase sospechar, el mundo miente.
Mas porque yo, Zamora, vos, Castilla,
Satisfacción ansiamos, proponedme
Cuál ha de ser: mi espanto, mi amargura,
Con testimonio irrefragable quieren
Manifestar lo que á mi hermano amaba,
Y lo que crimen tan atroz merece.

ORDÓÑEZ.

Jamás dudé que vuestro noble pecho
Tan geniales impulsos conmoviesen,
Y que siendo una misma aquella sangre
Que derramó el traidor, y la que enciende
Vuestro gran corazón, que un mismo anhelo
Vuestro, señora, y de Castilla fuese.
Y pues vos, y Zamora, y yo, y Castilla
Venganza ansiamos del delito aleve
Y alta reparación, vos y Zamora,
Castilla, el mundo, yo, tan solamente
Lo podremos lograr, si á dos demandas
Os dignáis acceder, no de otra suerte.

INFANTA.

¿Es la primera?

ORDÓÑEZ.

Que el traidor inicuo
ue el regicidio perpetró se entregue
l punto á mi poder, para que luego
n él Castilla el atentado vengue.

INFANTA.

¿Es la segunda?

ORDÓÑEZ.

Que Zamora, hoy mismo,
Abra las puertas y las armas deje,
Dando entrada á las huestes castellanas
Y al cadáver del Rey, alto y solemne
Vasallaje prestando á sus cenizas.
Lo que en vida intentó lógrelo en muerte.

INFANTA.

Diego Ordóñez de Lara, harto habéis dicho;
Vuestra ardiente lealtad os desvanece;
Os he escuchado con sorpresa y pasmo
Imposibles pedir, dictarme leyes.
¿Que ponga en vuestras manos á Bellido
Pretendéis? Espantoso delincuente,
Horrendo regicida, infame reo,
Ese vil traidor es: tal que merece
Perecer en tormentos inauditos
Y de ejemplo servir su horrible muerte.
Mas, don Diego, Bellido es mi vasallo,
Y su castigo á mí sólo compete.
Leyes y magistrados y verdugo
La fiel Zamora en su recinto tiene.
¿Queréis que esta ciudad las puertas abra,
Que las armas deponga, y que se entregue
Al cadáver de un rey, á quien gloriosa
Resistió denodada cuatro meses?...
¿Qué os podré responder? Volved, don Diego,
Volved á vuestro campo; y á las huestes

Castellanas rogad, en nombre mío,
Que en mí á la hermana miren y respeten
Del sin ventura Rey que lamentamos,
Y del Rey que á heredar el trono viene.
Que renazca la paz, que alcen el sitio,
Que á Zamora y á mí tranquilos dejen:
Y entonces lloraremos de consuno
La terrible desgracia que nos hiere,
El brazo respetando del Eterno,
Que tronos hunde y que castiga reyes.

ORDÓÑEZ.

Conteniendo el furor.

Comprendo..., sí, comprendo. Yo harto dije,
Y vos, señora, más. Duda no tiene...
Estremézcase el mundo horrorizado;
Rásguese el velo que el delito envuelve.
Vos, y Zamora... sí, vos y Zamora
Sois del asesinato delincuentes.

TODOS.

Menos la Infanta.

¿Qué osa Ordóñez decir?...

Momento de confusión.

INFANTA.

A los suyos.

Callad.

ORDÓÑEZ.

Levantándose con resolución.

Lo digo;
Y mi brazo y mi espada lo sostienen,
Y aunque los zamoranos el seguro

Con que vine á este Alcázar atropellen,
Poco importa, pues nada me acobarda
Cuando razón y esfuerzo me defienden.
Así, escuchadme todos.

INFANTA.

Siempre conteniendo la gran agitación de los suyos.

Sí, escuchemos.

ORDÓÑEZ.

De traidores, de infames, y de aleves
Yo os reto á vos, Infanta; á los magnates,
Caballeros, hidalgos, y á la plebe
De esta inicua ciudad; á los mancebos,
Y párvulos, y ancianos, y mujeres;
Á los que aún no han nacido, y á los restos
Que en los sepulcros infamados duermen.
Y reto á estos palacios, á estos muros,
Á estas torres y altivos chapiteles;
Y al aire corrompido que respira
La vil Zamora, al pan que la mantiene,
Al agua que la riega, y á la lumbre
Que en sus hogares arde y resplandece.
Y á los árboles, riscos, flores, plantas,
Y á cuanto sobre sí mira y contiene
Este suelo de horror. Y en campo abierto,
Con cuatro zamoranos, sean quien fueren,
Uno del otro en pos, conforme al uso
Y fuero de Castilla, yo valiente
Lo sostendré con lanza y con espada,
A caballo y á pie.

TODOS.

Menos la Infanta.

Cualquiera...

ORDÓÑEZ.

Esperen.

ARIAS.

Conteniendo á todos.

Escuchemos.

ORDÓÑEZ.

Si alguno de los cuatro
Mi esfuerzo humilla y en la lid me vence,
Zamora libre de la negra mancha
Y del reto y del sitio al punto quede.
Mas si, al contrario, en mi triunfo el cielo
El crimen de Zamora hace patente,
Sin resistir se entregará al castigo
Que le darán las castellanas huestes.

TODOS.

Lo aceptamos.

ORDÓÑEZ.

Quitándose un guante y arrojándolo en medio del tablado.

¿Quién alza el guante mío?

ARIAS.

Arrojándose precipitadamente sobre el guante y recogiéndolo seguido de sus tres hijos.

Yo lo recojo, Ordóñez, y que mientes
Yo y mis tres hijos demostrar sabremos.

ORDÓÑEZ.

...ue son más culpados, Arias, deben
...s primeras víctimas.

ARIAS.

Ordóñez,
Las manos van á hablar, los labios cesen.

ORDÓÑEZ.

Al pie del muro espero.

ARIAS.

Al punto vamos.

ORDÓÑEZ.

Venid á hallar la merecida muerte. (Vase.)

## ESCENA III.

Los mismos, menos Ordóñez.

INFANTA.

¡Arias!... ¡esclarecidos caballeros!
¡Zamoranos insignes!... ¡hijos fieles!...
¿Qué es esto?... Estoy sin mí... ¿Cómo atrevido
Diego Ordóñez de Lara, de tal suerte
La afrenta y la calumnia...

ARIAS.

Noble infanta,
¿Qué os agita?... Dichosas son mil veces
La afrenta y la calumnia que con hierro
Purificarse y desmentirse pueden.
El cielo sabe la inocencia nuestra,
El mundo nuestro honor, y estos valientes



Hoy acrisolarán ambos tesoros,
A Zamora salvando para siempre.
Mas vamos á la lid, que urge el combate.
Al noble pecho que calumnia hiere
Son los instantes siglos. ¿Vos, señora,
Depositáis en nuestras armas fieles
Vuestros justos derechos?

INFANTA.

Sí.

ARIAS.

¿Y vosotros,
Hijos de esta ciudad, varones fuertes,
A la que tantas veces ilustraron
Vuestras virtudes y guerrero temple,
Os confiáis también á nuestro esfuerzo?

TODOS.

Sí; todos.

ARIAS.

Dirigiéndose á sus hijos.

Ya lo veis, hijos, su suerte
La egregia Infanta y zamorano pueblo
En nuestras armas ponen, y trasfieren
A nosotros su agravio y su venganza.
La voluntad de Dios está patente.

Hincan los cuatro una rodilla en tierra y desenvainan las espadas.

En manos de la Infanta, y de Zamora
Ante el pueblo, del modo más solemne,
amos por la cruz de estos aceros,
no buenos lidiar. Y si perece
~rimer campeón en la demanda,

Se lanzará el segundo á sucederle,
Y si éste cae también, saldrá el tercero,
Y el cuarto si el tercero feneciese.
Y sin ventaja oculta ó descubierta,
Juramos combatir de fuerte á fuerte.
Y juramos también que contra Ordóñez
Ni antigua enemistad ni rencor tienen
Nuestros hidalgos pechos, y que sólo
Combatir anhelamos y vencerle
Por dar respuesta á su orgulloso reto,
Para que nuestra fama limpia quede,
Para vengar la afrenta de su injuria,
Y por salvar la patria.

INFANTA.

Si así fuese,
El Dios de las justicias os ayude,
Y con el triunfo vuestras armas premie.

Se levantan Arias y sus hijos envainando las espadas. Y baja la Infanta del dosel apoyada en las damas.

ARIAS.

Infanta, permitid que vuestra mano
De este fiel servidor los labios sellen,
Para que nuevo aliento á la batalla
Y nuevo sér, á vuestro influjo lleve.

INFANTA.

¡Pues qué!... ¿tú, Arias Gonzalo, tú el primero
A responder á Diego Ordóñez quieres
Con las armas salir?...

GONZALO.

¿Cómo?... mi padre..

Hijos que en su lugar lidien no tiene?
Yo el primero seré...

DIEGO.

*Apresurado.*

Yo, que he nacido,
Gonzalo, antes que tú...

PEDRO.

*Alterado.*

Pues qué, ¿pretende
Acaso aventajarme?

ARIAS.

*Con entereza.*

Yo, señora,
El guante alcé el primero. Yo quien debe...

PEDRO.

¿Cómo?...

DIEGO y GONZALO.

¡Señor!...

INFANTA.

¡Oh noble Arias Gonzalo!

ARIAS.

*Resuelto.*

Por la patria y por vos ansío la muerte:
¿Quién de buscarla intentará privarme?

INFANTA.

Vencer y no morir es solamente
Lo que á Zamora de la injusta afrenta,
á mí salvar, Arias Gonzalo, puede.
o á morir, á vencer en el combate
el que salga en mi defensa debe.

No basta combatir, triunfar es fuerza.
Si bastara el valor, ¡ah! ¿cuál te excede?
Mas es el tiempo volador, y rompe
Los altos muros, los peñascos hiende,
Y á los cedros, que altivos despreciaron
La voz del huracán, marchita y vence.
El luchador de juventud lozana,
Más que de acero, armado resplandece.
Los hombres...

ARIAS.

*Abatido.*

¡Ah, señora! Ya os comprendo.
¡Oh vejez abatida!... ¿qué pretendes?
¡Dura ley de los cielos, conservarnos
En cuerpo ya sin fuerza un alma fuerte!
Antes de envejecer, fenezca el hombre,
Si para ser inútil envejece. (*Saca la espada.*)
Y tú, estorbo enojoso, pues ni brazo,
Ni quien abone tu pujanza tienes, (*La tira al suelo.*)
Vete lejos de mí; desdén y olvido
Armas que adorno son sólo merecen.

GONZALO.

*Enternecido.*

¡Padre!

INFANTA.

¡Amigo!

ARIAS.

*Con entereza.*

Ya basta. No, no es justo
Que de la patria la salud se entregue,

Y el honor de Zamora, y vuestro nombre
De un anciano infeliz al brazo endeble.
¿Por qué no son, ¡oh Dios! aquellos días
En que ese acero, que con mengua duerme,
Y este trémulo brazo, ya sin brío,
Fueron terror de las moriscas huestes,
Y de Toledo y de Aragón asombro,
Y del Rey, vuestro padre, apoyo fuerte?

INFANTA.

Si aquellos días venturosos fueron,
Dejáronte la gloria, que esclarece
Tu nombre, Arias Gonzalo, y que es eterna.
Y en estos tres el Cielo te concede
Nueva vida y aliento, y nuevas glorias:
Tu noble sangre su valor enciende.

ARIAS.

Entusiasmado.

¿Y qué pudiera consolarme, Infanta,
De que estas canas en el ocio queden,
Sino el pensar que al fin será mi sangre
La que hoy honre á la patria y la liberte?

INFANTA.

Tu sangre, sí, y tu espada; (Hace una seña á Gómez quien recoge la espada del suelo y se la da á la Infanta.)
que este acero
Que así desechas, y que injusto ofendes,
Será prenda segura de victoria,
de mi mano lo tendrá el valiente
ue al campo ha de salir.

ARIAS.

Decidido.

Y salga al punto
El que vos designéis.

GONZALO.

Quien salir debe
Soy yo, pues de la Infanta caballero...

DIEGO.

Alterado.

Entre los tres decídalo la suerte.

PEDRO.

Adelantándose á todos.

Yo tan sólo...

INFANTA.

Conteniéndolos.

Escuchad. Don Diego Ordóñez
Del castellano ejército es el jefe,
Y ha de igualarle en dignidad y mando
El que salga primero á responderle.
Alcaide es Pedro de la fiel Zamora,
Firme caudillo de mis bravas huestes,
Y es, á la par, vuestro mayor hermano:
Ved, pues, si la batalla le compete.

Le entrega la espada.

PEDRO.

Toma la espada, besando la mano á la Infanta.

¡Oh instante el más dichoso de mi vida!
Llegó á su cumbre mi felice suerte.

ARIAS.

Entusiasmado abrazando á Pedro.

Dame, dame los brazos, hijo mío.
Dichoso tú, dichoso tú mil veces,

Que á salvar á la patria eres llamado,
Y que el primero que despiertas eres
La noble envidia en mi ardoroso pecho.
Ven, que te quiero armar.

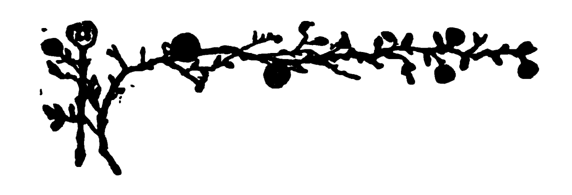
INFANTA.

¡Dios!... protegedle.

Vanse por un lado Arias y sus hijos con los regidores, caballeros y guardias, y por otro la Infanta, Gómez, damas y pajes.

FIN DEL ACTO CUARTO.





# ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

ARIAS.—GÓMEZ.

ARIAS.

Sale con muestras de resistir un profundo dolor y se sienta junto á la mesa.

Déjame, Gómez, deja que mis ojos
Puedan romper sin mengua en lloro amargo:
Pues á la patria con llorar no ofende,
Aquí escondido, un padre, un triste anciano,
A quien el cielo prolongó la vida
Para el tormento y el dolor. (Pausa.) ¡Aciago
Mil y mil veces el fatal momento
En que nació Bellido! ¡Cuánto y cuánto
Luto y afán á la infeliz Zamora,
Y á mí, aun más infeliz, su crimen trajo!
(Pausa.) ¡Hijo del alma mía!... Sí, mis ojos
Te han visto perecer... ¡desventurado!
Te han visto perecer.

GÓMEZ.

¡Ah! considera,
Señor, que por la patria, y sustentando
La razón y justicia...

ARIAS.

Con entereza.

¿Y yo á la patria
Dos hijos que me restan niego acaso?
Mueran, sí, todos por la patria, mueran:
Mas á un viejo infeliz dejadle el llanto.

GÓMEZ.

Si tú, señor, perdistes á tu hijo,
En él hoy pierde el pueblo zamorano
Su mejor caballero.

ARIAS.

¡Gómez!... ¡Gómez!...
¡Tú viste cuán valiente y cuán gallardo
Se presentó á la lid! ¡Destino injusto!
¿Quién pudiera pensar, cuando mis manos
Le enlazaban el yelmo y la coraza,
Palpitándome el pecho, que ya el brazo
De la tremenda, inexorable muerte
Sobre su cuello estaba levantado?
¡Cielos! Perdona, oh patria, mi flaqueza;
Mis lágrimas perdona: al grito santo
De la Naturaleza no resiste
La más alta virtud del pecho humano...
¡Oh desesperación!... ¿Qué la justicia,
Qué el honroso valor pueden, en tanto
Que la ciega Fortuna, á su capricho,

Reparta triunfos y conceda lauros?
¿Quién, Gómez, quién imaginar pudiera
Que guerrero tan diestro y esforzado,
Y que tan justa causa defendía,
No fuese el vencedor?... ¡Ay! del contrario
La horrenda lanza atravesó aquel pecho,
Dulce esperanza á mis caducos años...
Yerto el cadáver de mi Pedro yace...
Su sangre inunda ese funesto campo.
¡Pedro!... ¡hijo mío!... ¡Oh Dios!

GÓMEZ.

Sólo pudieron
Con ventaja vencerle. Su caballo
Rompiendo el freno, sin defensa...

ARIAS.

*Despechado.*

Amigo,
Si yo, cual debí hacerlo, despreciando
Súplicas y respetos y razones,
El primero en la lid hubiera entrado,
Tal vez...

GÓMEZ.

¿Pues qué..., señor...?

ARIAS.

*Abatido.*

Gómez, al menos,
De haberme dado muerte, el duro brazo
'el retador soberbio encontrarían
atigado mis hijos, y si acaso
iega fortuna les negaba el triunfo,

No sufriera el martirio de mirarlo
Este padre infelice.

GÓMEZ.

No extinguido
Con Pedro queda tu linaje claro.
Otros dos hijos aún te guarda el Cielo,
Otros dos hijos, cuyo ardor bizarro
Tu consuelo será, será tu gloria,
Y de la Infanta y de Zamora amparo.
En la honrosa palestra, en este instante,
El valeroso Diego está vengando
Tu aflicción, á la patria defendiendo,
Y pronto vencedor vendrá á tus brazos.

ARIAS.

Animado.

Así lo espero. La horrorosa vista
Del cadáver sangriento de su hermano,
Y el lloro del dolor y del despecho
Que Diego vió en mis ojos, inflamando
Su noble corazón, dará á su saña
Tan alto esfuerzo, que su espada el rayo
Será de mi venganza, y de Zamora
El honor y defensa. (Con gran sorpresa.) ¿Has escu-
[chado?

GÓMEZ.

Agitado.

Rumor de trompas...

ARIAS.

Y confusas voces...
¡Cuál palpita mi pecho!... ¿Venció?



GÓMEZ.

Parto
A saberlo, señor, y torno al punto
Con la nueva feliz.

Vase.

ARIAS.

¡Oh cielo santo!

## ESCENA II.

ARIAS.

Solo, levantándose.

Corro á abrazarte, Diego... ¡Cruda suerte!...
¿Por qué, Pedro infeliz, por qué, hijo amado,
No fuistes tú el dichoso, y de laureles
Ceñido, no te estrecho entre mis brazos?
¡Las trompas otra vez!... Diego, hijo mío...
Mas la Infanta... ¡Señora!

## ESCENA III.

ARIAS.—INFANTA.

INFANTA.

Con el mayor desconsuelo.

¡Arias Gonzalo!!!

ARIAS.

-ónde está el vencedor?

INFANTA.

Detente.

ARIAS.

Desasosegado.

¿Diego
No me viene á abrazar?... ¡Señora! ¿El llanto
Os embarga la voz?... ¿Calláis?

INFANTA.

Con gran dolor.

¡Amigo!...
Tu hijo tercero en este punto al campo
Sale á lidiar, á defender la patria,
Y á dar justa venganza á sus hermanos.

ARIAS.

Cayendo en el sillón.

¡Día de maldición!

INFANTA.

El más funesto
De cuantos respiré y el más aciago...

Larga pausa.

ARIAS.

¡A mi Diego también!!!

Apoya el rostro contra la mesa, sumergido en profundo dolor.

INFANTA.

¿Qué horrenda Furia
Presta el infierno al furibundo brazo,
Que así corta la flor de mis guerreros,
Y que la atroz calumnia sustentando
Vence á los invencibles? ¿Dónde, dónde
La justicia y razón tendrán amparo?

¿Y aun más víctimas? ¡ay! ¿aun otro cuello
El orgulloso tronchará?...

ARIAS.

Levantándose fuera de sí.

Un caballo,
Denme pronto un caballo y una lanza.
Yo seré el vengador, yo... aún este brazo...

INFANTA.

Conteniéndole.

¡Ah!... ¿Qué pretendes?... ¡Desdichado padre!

ARIAS.

¿Qué pretendo? Morir.

INFANTA.

¿Morir?

ARIAS.

La mano
Que romper pudo tan preciosas vidas
Dé con un golpe fin...

INFANTA.

¿Dudas acaso
De que el piadoso cielo dé su ayuda
Al tercer campeón?...

ARIAS.

Más reportado.

¡Ay, mi Gonzalo!
Suyo el triunfo será... (Cayendo en nuevo abatimiento.)
¡Vana esperanza!
)ué en mi desdicha y mi dolor aguardo?
ıfeliz resto de infeliz familia!...
n la sangre... ¡qué horror! de tus hermanos

Ya te están viendo mis marchitos ojos
Resbalar y caer.

INFANTA.

*Estremecida.*

Cesa: tu labio
Desgarra, sin saberlo, el pecho mío...
¿Qué has dicho?... ¡Oh funestísimo presagio!

## ESCENA IV.

LOS MISMOS.—GÓMEZ.

GÓMEZ.

*Apresurado.*

Venid, venid, don Arias, que á Zamora
Está nueva deshonra amenazando.
Al ver los dos cadáveres sangrientos
Yacer en medio del inculto campo;
El insultante orgullo y alegría
Que ostentan los guerreros castellanos;
El satánico ardor del fuerte Ordóñez,
Que más víctimas pide en gritos altos,
De sangre tintas las lucientes armas;
Y al ver que sólo ya queda Gonzalo,
Y que en la lid tan joven se presenta,
Enfurecido el pueblo zamorano,
Y en desesperación y en ira ardiendo,
Intenta ciego atropellar los pactos,
El seguro romper, y contra Ordóñez
En tumulto salir. De este palacio

El pórtico ya invade, en roncos gritos
Pidiendo... ¿No escucháis?

VOCES.

Dentro.

Venganza: al campo.

ARIAS.

Recobrando toda su entereza y con gran indignación.

¿Y donde vos mandáis, donde yo vivo,
Se podrá cometer tal atentado?
¿No sostiene la lid un caballero?
¿Quién osará faltar á nuestros pactos?
Llore yo; mas yo solo, que soy padre,
Sin que produzca crímenes mi llanto.
Mueran todos mis hijos, yo perezca,
Si los cielos así lo decretaron:
Mas no se cubra de ignominia horrible
La ciudad de Zamora. Gómez, vamos.

Vanse.

## ESCENA V.

INFANTA.

Sola. Queda sumergida en profunda meditación, y después de una larga pausa, dice como fuera de sí:

¡En qué mar de dolor mi alma se anega!
¿Qué importa? Salga el pueblo, haga pedazos
Al orgulloso Ordóñez... todo, todo
Se pierda, como viva mi Gonzalo.
¿Qué digo? ¡Oh Dios! (Pausa.) Ni sé lo que deseo,
Ni sé lo que me cumple... ¡Injustos astros!

Sí lo sé... El corazón y el alma toda
Anhelan ver á quien adoro en salvo.
¿Qué es todo lo demás?... Gonzalo viva,
Viva, y perezca el universo... ¿Acaso
Sin él puedo existir?... En él tan sólo
Concentro el mundo todo; mas (Pausa.) ¿qué insano
Frenesí de mi mente se apodera?
¡Qué horror!... ¡Qué horror!... ¿El furibundo brazo
De esa Furia infernal, que al fuerte Diego
Y á Pedro el invencible en el letargo
De la espantosa tumba hundió sañudo,
También tu cuello hermoso...? ¿Y yo qué aguardo,
Que no corro á poner el pecho mío
Entre tu vida y el furor contrario?
Sí, yo seré tu escudo.....

(Hace ademán de irse, pero se detiene.)

¡Ay desdichada!
¿Adónde, adónde voy?... (Pausa.) Fatal palacio,
Dosel, ya potro horrible de tortura,
Regia sangre infeliz, que palpitando
En este corazón eres veneno
De mi amargo vivir... ¡Afortunados
Los que en el bosque, en ignorada cuna
Nacen y crecen, y tranquilos años
Pasan felices en obscura suerte,
Del poder los desastres ignorando!

Queda sumergida en profunda meditación, y después de una pausa, al advertir que se acerca alguien, dice sobresaltada:

Alguien se acerca... ¡Oh Dios! ¿Qué horrible nu
Voy tal vez á escuchar?...

## ESCENA VI.

INFANTA.—GÓMEZ.

GÓMEZ.

De Arias Gonzalo
La presencia bastó, para que el pueblo
Á su furiosa empresa renunciando,
El éxito del duelo espere en calma,
Y respete la fe de lo tratado.
Tal fuerza tiene y tal valor inspira
La severa virtud del noble anciano.

INFANTA.

Agitada.

¿Y el hijo que le resta, dónde?...

GÓMEZ.

Ahora,
¡Favorézcale el cielo! en lid ha entrado
Con el altivo retador.

INFANTA.

Y el padre,
¡Oh padre sin ventura!... ¿querrá acaso
El incierto combate ver?

GÓMEZ.

Señora,
Si su virtud lo juzga necesario
Para animar al pueblo, irá sin duda,
Más que los bronces duro, á presenciarlo.

Tal es su fortaleza. Mas sus ojos
Hacia la liza ni aun volverse osaron.

INFANTA.

¿Y dónde está?...

GÓMEZ.

Con Lara y con Manrique,
Á quienes hizo rigoroso encargo
De guardar bien las puertas, porque nadie
Dé auxilio alguno al que sostiene el campo.

INFANTA.

¡Inflexible varón!

GÓMEZ.

Aquí ya torna.

## ESCENA VII.

LOS MISMOS.—ARIAS.

ARIAS.

Con gravedad.

Nada temáis. El pueblo zamorano
Honra tiene y virtud. Oyó mis ruegos,
Y oyó la voz de la razón. Los pactos
Respetados serán.

INFANTA.

Inquieta.

¿Y el hijo tuyo?

ARIAS.

Sé que combate, y con valor, Gonzalo;
Aunque verle no osé; (Enternecido.) no, que allí mi o

Yacen los cuerpos de sus dos hermanos...
¿Cómo mis ojos...?

INFANTA.

Marcha, marcha, Gómez;
El combate presencia... vé, y si acaso...

GÓMEZ.

Entiendo, entiendo.

Vase.

## ESCENA VIII.

INFANTA.—ARIAS.

ARIAS.

Aparentando gran entereza.

¿Y vos, ilustre Infanta,
Por qué no vais también á presenciarlo?
Id, id á contemplar cuán altamente
La familia infeliz de Arias Gonzalo
Os sirve y os defiende, y cumple y llena
De vuestro augusto padre los encargos.

Vuelve á su abatimiento y se sienta.

Id, y dejad á un infelice viejo,
Que esforzarse y luchar pretende, en vano,
Con el dolor que le destroza el alma,
Con el rigor del cielo despiadado.
Id, sí, dejadme solo, y vuestro esfuerzo,
Esfuerzo en el que manda necesario,
No enerven ¡ay! de un padre los gemidos

Y de un mísero viejo el débil llanto.
Rinda á naturaleza su tributo...

INFANTA.

¡Ay!.. Si vieras mi pecho destrozado,
Y que cual tú...

ARIAS.

*Con viveza.*

Señora, no sois madre:
Lo que en mí pasa, ni podéis soñarlo.

INFANTA.

*Turbada.*

¡Arias!... madre no soy... mas ¡ay! mi pecho...

*Resuelta.*

¿Por qué lo he de negar? Arias, me abraso
Por ese joven, por el hijo tuyo.
Para él sólo respiro, le idolatro.
En gran peligro está por defenderme.
¿Y negaré mi amor?... ¿Por qué negarlo
Cuando pasión tan noble me envanece?

ARIAS.

*Con gran sorpresa.*

¿Deliro yo?... ¡Señora!... ¿Mi Gonzalo?...

INFANTA.

Tu Gonzalo es mi amor. Dosel, Zamora,
Y mi alma entera y cuanto soy le guardo
Para premiar su esfuerzo y su ternura.
Me ama, y le adoro: sí.

ARIAS.

*Admirado y confuso.*

¡Dios soberano!



¿Qué pronunciáis, señora?... ¿Vos, nacida
En regia cuna, para ser encanto
Del primer rey del orbe, á un hijo mío,
Nacido para ser vuestro vasallo...?

INFANTA.

Con viveza.

Todo lo iguala amor.

ARIAS.

Lo iguala todo.
Mas ¡ay! que es funestísimo presagio,
Amor que rompe, esplende y se declara
Entre guerra, traición y asesinatos;
Entre los alaridos de la muerte
Y entre sangre y horror y acerbo llanto.

INFANTA.

Con vehemencia.

Si justo el cielo le concede el triunfo,
Premio de su valor será mi mano.
Si mi resolución es verdadera,
Si es fuerte mi pasión, puedes notarlo
Al ver que las declaro en este día,
Que solemnizan infortunios tantos.

ARIAS.

Confundido.

¡Señora!... ¿Y yo pudiera...?

INFANTA.

Sorprendida.

¡Oh gozo!... Escucha.

ARIAS.

Levantándose apresurado.

ctoria grita el pueblo?...

INFANTA.
Fuera de sí de gozo.

Resonando
Victoria el aire está... Triunfó, no hay duda,
Oye cuál cunde el victorioso aplauso.

ARIAS.

¿Me engaña ¡oh Dios! mi débil fantasía?

INFANTA.
Asiendo por la mano á Arias.

Cierta es mi dicha. Á coronarle vamos.

ARIAS.
Caminando lentamente.

¡Ay!... Aun no osa entregarse el pecho mío
Á tal felicidad. Me ataja el paso
Hielo espantoso.

## ESCENA IX.

LOS MISMOS.—GÓMEZ.

GÓMEZ.
Gozoso.

Libre está Zamora;
Y la gloria del triunfo es de Gonzalo.

INFANTA.

¿Vive?...

GÓMEZ.

Y ya viene aquí.

ARIAS.

Dolor y gozo
Tienen mi corazón hecho pedazos.



GÓMEZ.

Queriendo detener á Arias y á la Infanta.

¡Qué valor generoso! ¡Qué nobleza!
Terrible fué el combate, aunque no largo.
Con horrendo furor lanza con lanza
Dos veces los valientes se encontraron,
Y á la tercera vez, hechas astillas,
Las tajantes espadas desnudando,
Con nuevo empuje y con igual arrojo
Se embisten cuerpo á cuerpo. Tiembla el campo
Retumba el eco á los furiosos golpes,
Chispean los arneses acerados.
La fortuna indecisa se mostraba,
Cuando de Ordóñez tropezó el caballo
Cubierto de sudor. Nuestro guerrero,
Noble como valiente, en gritos altos,
Retirando la espada, dice: «Ordóñez,
Álzate y torna en ti, que no combato
Yo nunca con ventaja.»

ARIAS.

¡Ay, hijo mío!
Con ventaja á mi Pedro derribaron.

GÓMEZ.

Repuesto Ordóñez, se trabó de nuevo
La terrible contienda. Un fuerte tajo
De la espada enemiga, al hijo tuyo
Hirió, rompiendo su bruñido casco,
vaciló un momento.

INFANTA.

¡Oh Dios!

ARIAS.

Con inquietud.

¡Acaba!

GÓMEZ.

Y aun cayó sobre el cuello del caballo.
No sé si entonces recibió otra herida.
Mas de pronto, la frente levantando
Y esgrimiendo la espada vencedora,
Corta las riendas del corcel contrario;
Hiere en el cuello á Ordóñez, le derriba
Y queda la victoria por Gonzalo.

INFANTA.

¡Oh Dios!... ¿Pero está herido?...

ARIAS.

Á recibirle
Marchemos, sí, marchemos.

GÓMEZ.

Ya en palacio
Pienso que está. Sí, el pueblo le conduce.

INFANTA.

¡Ay!... Ya le veo... ¡Oh Dios!

ARIAS.

De horror me pasmo;
Apenas se sostiene...

INFANTA.

Apoyándose en la mesa.

¡Ay! desfallezco.

## ESCENA X.

INFANTA.—ARIAS.—GÓMEZ.—GONZALO (herido de muerte).—CABALLEROS.—REGIDORES.—DAMAS.—PAJES.—GUARDIAS.

ARIAS.

Corriendo á su hijo.

¡Hijo del alma! ven, ven á mis brazos.

GONZALO.

Desfallecido.

Sí, gozoso á morir.

INFANTA.

Sin poder contener las lágrimas.

¡Desventurada!...

GONZALO.

Moribundo.

¡Padre!... ¡Señora!... ¿Qué lloráis? Vengados
Mis hermanos están, libre Zamora;
Y yo soy venturoso, pues exhalo
El último suspiro á vuestras plantas.
Ante ellas pongo de mi triunfo el lauro,
Y de Ordóñez de Lara el fuerte acero.

Deja caer á los pies de la Infanta una espada que trae en la mano.

¡Padre!... ¡Señora!... ¡Amigos!...

Se desmaya.

ARIAS.

¡Mi Gonzalo!

INFANTA.

*Fuera de sí.*

¡Valiente campeón! ¡Héroe glorioso!
¡Oh injusta suerte! ¡Embravecidos astros!
Vive como mereces, y recibe
El galardón que á tu valor consagro.
¡Oh Dios!... el hielo horrible de la muerte...
Lo embarga ya... ¡Gonzalo, mi Gonzalo!

GONZALO.

*Haciendo el último esfuerzo.*

¡No me olvidéis jamás!...

*Expira.*

INFANTA.

*Cayendo desmayada en brazos de sus damas.*

¡Ábrete, oh tierra;
Confúndeme en tu seno!

GÓMEZ.

*Ayudando á Arias á sostener el cadáver.*

¡Cielo santo!
¡Funesto día!

*Larga pausa.*

ARIAS.

Libre está Zamora.
Mas ¡ay, cuánto le cuesta á Arias Gonzalo!

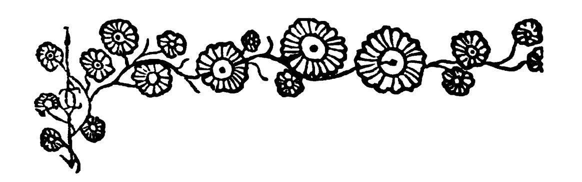
*Cae el telón.*

Malta, año de 1827.



# LANUZA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS



# PERSONAS.

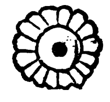
LANUZA, Justicia mayor de Aragón.
VARGAS, General del ejército de Felipe II.
ELVIRA, hija de Vargas.
HEREDIA, } Infanzones.
LARA, }
VELASCO, noble aragonés.

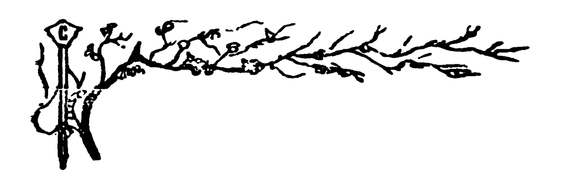
COMPARSAS.

Diputados de Aragón.
Conjurados.
Soldados aragoneses.
Pueblo.
Soldados castellanos.

La escena es en Zaragoza: los tres primeros actos y el quinto en un salón del palacio de Lanuza, y el cuarto en una plaza principal.

La acción empieza al amanecer y acaba al ponerse el sol.





# ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

LARA.—HEREDIA.

LARA.

Tornas, amigo, á esta ciudad, y tornas
A verla arder en sedicioso fuego:
Aun no aparece el sol en el Oriente,
Y ya reunido y agitado el pueblo,
De Zaragoza atruena los confines
Con ronca furia y pavoroso estruendo.
¿Cuándo la dulce paz, cuándo la calma
Volverán á Aragón?

HEREDIA.

Cuando sus fueros,
Cuando sus sabias sacrosantas leyes
Recobren el vigor que antes tuvieron.

LARA.

¿Y le han perdido acaso, Heredia?...

HEREDIA.

Amigo,
›ndo tú aragonés, ¿puedes no verlo?

¿Qué resta á nuestra patria sin ventura
De su antiguo esplendor? Sólo recuerdos
De grandezas pasadas, y una sombra
De sus instituciones y derechos.
Con astucia y con pérfidos halagos,
Y á fuerza de cautelas y de tiempo,
De nuestra libertad y nuestros usos
Los déspotas minaron los cimientos.
Pero, aunque desplomándose, existían,
Y jamás con el rostro descubierto
Osaron combatir por derribarlos,
Como ahora, Lara, atónitos lo vemos.
Las huestes numerosas que Filipo
En Tarazona tiene, so pretexto
De invadir á la Francia desdichada,
Que de guerra civil arde en el fuego,
Para oprimirnos son, para robarnos
De nuestra antigua libertad los restos.

LARA.

¿Y el alboroto de la plebe airada
Los puede contener?

HEREDIA.

No hay otro medio;
Cuando los magistrados corrompidos
Se venden al poder y aguardan premios,
Y son conspiradores los prelados,
Y los pudientes degradados siervos,
Y los que se titulan infanzones
Al déspota feroz doblan el cuello,
Entonces, Lara, entonces lo que plebe

Apellida tu labio por desprecio,
Incorruptible, decidida, pura,
Su libertad proclama y sus derechos.
Derechos que pisados y abatidos
Con la prisión de Antonio Pérez fueron.
Mas si lo toleraron los cobardes
Y aplauso mereció de los perversos,
Viólo Aragón con ira, alzó la frente
Y despertó del prolongado sueño,
Juró cobrar su libertad perdida,
Y reclamó sus derrocados fueros.

LARA.

Con razones reclame la justicia,
Mas con las armas... ¡Ah!...

HEREDIA.

¿Qué estáis diciendo?
¿Qué sirve la razón para un tirano?
¿Por ventura olvidasteis ya el respeto
Y la prudencia con que el buen Lanuza,
Anciano justo, de virtud modelo,
Apoyado en las leyes y en el voto
De todas las ciudades de este reino,
Patentes hizo al Rey en un principio,
Con reverentes súplicas y ruegos,
Las justas quejas que á Aragón turbaban
Alterando su paz y su sosiego?
¿Y qué logró?... decid... Nada; orgulloso
El rey Filipo, en su poder soberbio,
Del Justicia mayor á las demandas
Con amenazas contestó y desprecios,

Insultando su bárbara osadía
La gloria y majestad de todo un pueblo.
Mas temióle también. Y el fiel Lanuza,
De lealtad, de tesón, de canas lleno,
Rindió al injusto filo de la parca
El denodado y generoso aliento.
Y...

LARA.

¿Qué esperanza sin Lanuza queda?

HEREDIA.

Vive Aragón, aunque Lanuza es muerto.
Cual vos imaginaban los malvados,
Y tal vez un mortífero veneno...

LARA.

¿Tal osáis sospechar?... ¡Heredia! ¡amigo!

HEREDIA.

Cualquier maldad de los tiranos creo.
¡Mas cuánto se engañaron, si así fuese!
El patriotismo, la virtud, el celo
Del difunto Lanuza arden más vivos
Del joven hijo en el heroico seno.
En él cifra Aragón sus esperanzas:
De Justicia mayor el alto empleo,
Que su padre ejerció, le conferimos,
Y del bien general está sediento.

LARA.

Pero á su juventud é inexperiencia
Y á su carácter ardoroso temo.

HEREDIA.

El nos ha de salvar. Las canas frías

De la mustia vejez, el torpe hielo
Que de la edad el curso perezoso
Derrama tardo en los humanos pechos,
Apagan el valor y la energía,
Y engendran timidez y abatimiento.
El peligro es urgente: no aprovechan
Maduras reflexiones ni consejos:
Hierro sólo y poder, hierro y constancia,
Y virtudes y honor.

LARA.

¿Y tal denuedo
Tendrá un joven, que amor y amores sólo
Supo abrigar en su fogoso pecho,
Que adora á una belleza castellana
Que está albergada en su palacio mesmo,
Y con quien deben para siempre unirle
Los deliciosos lazos de himeneo?
¡Ay, Heredia!... Lanuza...

HEREDIA.

Basta, amigo;
No ofendas, no, su patriotismo excelso;
El amor de la patria es compatible
Con el de la beldad.

LARA.

Y si resuelto
Está el joven Lanuza y decidido
A alzar y sostener esos derechos,
Que idolatra Aragón; si convocado
Tiene á las armas y á la guerra el reino,
Usando del poder que le confiere

De Justicia mayor el ministerio,
¿Por qué en tal conmoción de Zaragoza
Arde en tumulto agitador el pueblo?
¿Qué más quiere?

HEREDIA.

No sé. Yo en este instante
De convocar á las ciudades vengo
En nombre de Lanuza y de las leyes.
Y todas á su voz y llamamiento
Juntan sus haces, sus pendones alzan
Y hacia aquí se encaminan, pues resuelto
Está todo Aragon. Pero á Lanuza
¿Dónde le encontraré?

LARA.

Donde el estruendo
Se advierte de la plebe amotinada,
Allí le encontrarás. Cuando los ecos
Oyó de sedición, voló animoso
A sosegar el conmovido pueblo
Y la causa á inquirir... Mas él se acerca.

## ESCENA II.

LARA. — HEREDIA. — LANUZA.

HEREDIA.

¡Lanuza!

LANUZA.

Amigos: espantoso riesgo

A la patria amenaza. Los traidores
Maquinan sin cesar su perdimiento;
Es preciso salvarla, y sólo pueden
Salvarla ya el valor y el duro hierro.
Ó muerte ó libertad.

HEREDIA.

Ese es el grito
Que da todo Aragón. Pero ¿qué nuevo
Peligro ves? ¿Las huestes orgullosas
Del rey Felipe?

LANUZA.

Heredia, yo no temo
Ni al rey Felipe ni al tropel de esclavos,
Que el nombre de soldado envileciendo,
Sirven á la opresión y tiranía:
Seres tan degradados los desprecio.
Sólo temo á los pérfidos traidores,
Hijos espurios de Aragón, que fieros
Se gozan en los males de la patria,
Y ocultos ansian desgarrarle el seno.
El oro corruptor, la atroz calumnia,
El disimulo astuto y el secreto
Las armas son con que nos hacen guerra,
Armas no conocidas de los buenos.
Refrenar es preciso su osadía.

HEREDIA.

¿Qué atroz conjuración has descubierto,
Lanuza?

LARA.

Acaba: dí.

LANUZA.

Cuando la noche
Tendió su manto por el ancho cielo,
Y los zaragozanos al reposo
Se entregaban tal vez, y al mudo sueño,
Creyendo asegurados de la patria
La santa libertad y antiguos fueros,
Al ver los aparatos de defensa
Decretados por mí; con gran secreto
Los traidores, que siempre vigilantes
Están en nuestro mal, se reunieron
Allá en la Inquisición. En ese inicuo
Bárbaro tribunal, apoyo horrendo
Del despotismo y la opresión, en ese
Tribunal espantoso que, á pretexto
De defender la religión augusta,
Como si no tuviera en nuestros pechos
Un alcázar fortísimo que basta
A mantener intactos sus preceptos,
Difunde el fanatismo y la ignorancia
Y á España agobia con pesados hierros.
Sus infames ministros, animados
Por los traidores que en su busca fueron,
Decretaron quedase en esta noche
Destrozado Aragón, por siempre opreso,
Sembrando en Zaragoza y su contorno
Discordia, muerte, horrores. Y resueltos,
De armas y partidarios prevenidos,
A favor de las sombras y el silencio,
Con gran recato á la vecina cárcel

De los manifestados dirigieron
Su bárbaro rencor. Rompen las puertas,
Y á Antonio Pérez con furor tremendo
Arrancan y en sigilo se lo llevan;
Y tornaban después con el intento
De sorprender á todos los valientes
Que el honor de la patria defendemos,
Y, ó cargarnos de horrísonas prisiones,
Ó, al hallarnos inermes y en el sueño,
Cebarse en nuestra sangre furibundos
Y sus dagas hundir en nuestros pechos.

HEREDIA.

¡Qué horror!... ¡Cielos!... ¡Qué horror!

LARA.

Mas dí, Lanuza,
¿Cómo saber pudiste?... ¿Estás tú cierto?...

LANUZA.

Cuando esos tigres con altivo arrojo
Se llevaban á Pérez, él, ardiendo
De justa rabia, en altos alaridos
Llamó en su ayuda al descuidado pueblo.
Algunos, que escucharon sus clamores,
Atónitos despiertan, el acero
Empuñan diligentes, sospechando
Que á la patria amenaza oculto riesgo.
«¡Venganza y libertad!», gritan; y al punto
Lanzan de Zaragoza el torpe sueño,
Y todos corren á las armas, corren
A Pérez á salvar. Mas no pudieron,
Que los traidores resistir osaron,

Y de la Inquisición en un horrendo
Calabozo le ocultan, y defienden
El lóbrego recinto, y combatiendo
Salen á completar su negra trama
Y á dar cima á sus pérfidos intentos.
Y trábase la lid, y en fiera lucha
Mézclanse los malvados y los buenos.
Y el pavor de la noche y las tinieblas
Aumentan el horror. El frío suelo
Se inunda en sangre. La ciudad retiembla
Al ronco són de temerosos ecos.
Llega el rumor á mí, corro anheloso
Y al combate feroz gritando llego.
Conócenme los fieles ciudadanos,
Anímanse, y desmayan los perversos
Y las armas arrojan, y vencidos,
Unos se acogen al palacio regio,
Do está la Inqnisición; otros, cobardes,
De este recinto con presura huyeron,
Y algunos que humillados á mis plantas
Imploraban perdón, todo el secreto
De la conjura atroz me revelaron,
Y los que la dirigen, y los premios
Que esperaban del Rey, y los horrores
Que iban á cometerse, y de que el cielo
Piadoso nos salvó. Ved si hay peligro.
Muchos y poderosos y de esfuerzo
Son los conspiradores; seducido
Tienen gran parte del incauto pueblo.
Ya han osado mostrarse frente á frente,

Y no desistirán de sus intentos.
¡Oh! Plegue á Dios librarnos de traidores,
Cuyas tramas y planes encubiertos,
Más que de las escuadras enemigas
Al bárbaro furor, amigos, temo.

LARA.

Frustrado ya su arrojo en esta noche,
No osarán otra vez acometernos.

HEREDIA.

Y si altivos lo osasen, su rüina
Encontrarán, Lanuza. De los buenos
El número es mayor. Si Zaragoza
Abriga tales monstruos en su seno,
Todo, todo Aragón á sostenerte,
Y á las leyes contigo, está resuelto.
Teruel, Albarracín, Huesca, Barbastro
Y las demás ciudades de este reino,
Se encaminan ya aquí. De recorrerlas
Y alzarlas todas, cual mandaste, llego.
Todas siguen tu voz.

LANUZA.

Valiente Heredia,
Jamás dudé que á defender sus fueros,
Barrera que contiene al despotismo,
Todo Aragón uniera sus esfuerzos.
¡Cuánto, al verte otra vez en Zaragoza,
Crecen mis esperanzas! En tu pecho
La libertad y el patriotismo arden,
Y tú me ayudarás, y tú...

HEREDIA.

Resuelto
A todo estoy: ó libertad, ó muerte;
Vida en la esclavitud yo no la quiero.

LANUZA.

Llega á mis brazos; mientras hombres vivan
Que alberguen tan honrados pensamientos,
Apesar de tiranos insolentes,
Ser venturosos lograrán los pueblos.
Ya los instantes urgen; ahora mismo
De esta ciudad los habitantes buenos
Van en mi nombre á rescatar á Pérez,
Y otra vez á la cárcel á traerlo
De los manifestados.

LARA.

¡Cuántos males
De Antonio Pérez á Aragón trajeron
Los crímenes tal vez... No sé, Lanuza,
Por qué demuestras tan osado empeño
En proteger á un criminal.

LANUZA.

Yo, Lara,
Al tal Antonio Pérez no protejo.
Protejo sólo de Aragón las leyes,
Protejo sólo de Aragón los fueros.
Si es Pérez criminal, terrible caiga
La segur de la ley sobre su cuello.
Pero sólo la ley ha de juzgarle,
No la arbitrariedad. Corre al momento,
Heredia: vuelva Pérez á la cárcel

De manifestación. Ordena el pueblo
En escuadras de guerra, armas reparte,
Vigila cuidadoso á los perversos:
De las altivas tropas de Felipe
Procura descubrir los movimientos.

LARA.

En Épila están ya.

LANUZA.

Lleguen: ¿qué importa?
Pronto, su orgullo á nuestros pies deshecho,
Conocerán la fuerza irresistible
De los que lidian por romper sus hierros.
Ó muerte ó libertad, el grito sea
De nuestras haces. Y el laurel eterno
Adornará nuestras gloriosas frentes,
Y ó dulce muerte ó libertad tendremos.

HEREDIA.

Gozoso marcho á obedecerte, amigo:
Gozoso en combatir seré el primero.

LANUZA.

Y en vencer y en triunfar.

## ESCENA III.

LARA.—LANUZA.

LARA.

Calma ese arrojo
: tu ardor juvenil, y los consejos

De mi experiencia y de mi amor escucha,
Que tal vez convendrán á ti y al pueblo.

LANUZA.

Á mí y al pueblo convenirnos sólo
Pueden la libertad y los derechos
Que, de la patria impenetrable escudo,
Fundaron nuestros ínclitos abuelos,
Cuando en Sobrarbe en su constancia heroica
La furia se estrelló del Sarraceno.
Si exhortarme pretendes animoso
Á jamás desistir de sostenerlos,
Habla pues, ya te escucho.

LARA.

No, Lanuza:
Sólo calmar tu agitación pretendo.
El reino de Aragón...

LANUZA.

Yace oprimido,
Y es preciso salvarlo y defenderlo.

LARA.

¿Y quién puede?...

LANUZA.

El valor y la constancia,
Y el voto general de todo un pueblo.

LARA.

¿Y en el pueblo confías?... ¿Tú no sabes
Que como arista á quien sacude el cierzo
Acá y allá se mueve, y varïable
Lo que ahora anhela lo aborrece luego,



Y que si ostenta un imprudente arrojo,
Pronto su furia se convierte en miedo?

LANUZA.

Sólo sé que la patria me ha encargado
El sostener sus vacilantes fueros;
Y mientras tenga encargo tan glorioso
Se sostendrán ó moriré con ellos.

LARA.

¿Y esperas que la próspera fortuna
Coronará, Lanuza, tus esfuerzos?

LANUZA.

Cuando por la razón y la justicia
Y por la libertad lidiar debemos,
Sé que es fuerza lidiar, y en las resultas
Ó prósperas ó adversas nunca pienso.

LARA.

¡Joven acalorado!... ¡Cuántos males!
¡Qué desastres sin fin, oh Dios, preveo!

LANUZA.

Cesad, Lara; no más; si el hielo frío
De la vejez cansada en vuestro seno
Derrama vil pavor, sellad el labio:
No intentéis con pronósticos funestos
Ahogar nuestro entusiasmo y bizarría.
Y advertid que el que siembra desaliento
Cuando para salvar la madre patria
Redoblar es preciso los esfuerzos,
Da sospechas tal vez...

LARA.

Lanuza, ¿acaso?...

LANUZA.

De estos muros salid si os turba el miedo;
De estos muros, do reina la constancia
Que admirarán los siglos venideros.

FIN DEL ACTO PRIMERO.





# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

VELASCO.—LARA.—Dos conjurados.

VELASCO.

¿Y de Lanuza en la mansión pretendes
Conferenciar conmigo, y...?

LARA.

Sí, Velasco.
¿Qué lugar más seguro? ¿Quién pudiera,
Quién, dime, recelar que en el palacio,
En la misma morada del Justicia
Altanero y feroz, tratando estamos
De humillar su poder y su altiveza,
Y de servir al Rey?... Los diputados
De Aragón ha reunido hace un momento:
Tal vez les estará manifestando
Sus necios planes y atrevido arrojo,
Que por nuestros esfuerzos serán vanos:
Nadie de mí sospecha, y el Lanuza,
Joven al fin, y como tal incauto,

Confía en mi amistad. Yo cuidadoso
Vigilo sin cesar todos sus pasos,
Y nada hay que temer. Aunque la suerte
Esta noche fatal haya frustrado
Nuestra combinación, no está deshecha:
Habla, nada receles; ¿dó su campo
Establece el ejército?

VELASCO.

Animoso
De Épila ayer partió cuando los rayos
Postreros daba el sol, con el anhelo
De llegar al momento concertado
De la conspiración, que en esta noche
Tan mal éxito tuvo; mas llegaron
Los fugitivos de ella, y el prudente
Don Alfonso de Vargas, informado
De que era ya imposible la sorpresa,
Mandó á la hueste suspender el paso
Hasta la nueva luz. Y esta mañana,
Luego que el cielo esclareció, tornaron
Las tropas á marchar, y pronto deben
Avistar estos muros.

LARA.

¿Conque el mando
Tiene ya Alfonso Vargas el valiente
De los regios pendones castellanos?

VELASCO.

Desde ayer que llegó.

LARA.

Ya nada temo.



Caerán Lanuza y Aragón, Velasco.
Si el animoso Vargas acaudilla
Las banderas del Rey, el Rey triunfando
Está de Zaragoza, no lo dudes.
Y á los invictos tercios veteranos,
Que tantas veces de laurel y palma
Su triunfadora frente coronaron,
No deberá este día la victoria,
Sino á la astucia y al amor.

VELASCO.

¿Acaso
Doña Elvira, de acuerdo con su padre,
Osará acometer?...

LARA.

No espero tanto.
Mas ella, sin saber la oculta trama,
Y á su pesar tal vez, ha de ayudarnos..
El corazón domina de su amante,
Es hija del caudillo castellano
Y adora al padre... Pero dime, amigo,
¿Vargas intenta?...

VELASCO.

Con ligero paso
En pos de mí se acerca á Zaragoza
El Maestre Bobadilla, con encargo
De pedir un seguro para Vargas,
Que está resuelto á entrar.

LARA.

Le será dado.
Yo se lo ofrezco, sí.



VELASCO.

De vos le espera,
Y estos pliegos me dió para entregaros.

LARA.

Serán de nuestro Rey.

VELASCO.

Tomad.

Le entrega dos pliegos cerrados.

LARA.

Conviene,
Amigo, en el momento examinarlos.

Abre un pliego en que vendrá otro cerrado. Lee atentamente y luego dice:

La generosidad del rey Felipe
Está nuestra ambición sobrepujando.
Tal es el alto premio que nos guarda,
Si de Aragón el reino le entregamos.
De Vargas el prudente, el animoso,
Es este otro papel.

Lo abre, en él vendrá también otro cerrado. Lee y luego dice:

Determinado
Está á hablar con Lanuza en estos muros
Antes de acometerlos. No perdamos
El tiempo, amigos. Vuela,

A Velasco antregándole el primer pliego.

y este pliego
Entrega sin tardanza y con recato
En manos del Virrey, y allí te queda
Hasta que me presente en su palacio,
Que muy luego será: Dile que al punto

Convoque al Arzobispo, á los Prelados,
Y á Magnates y á Jueces. Tú, Calero,

A un conjurado dándole el segundo pliego.

Sin detenerte y en veloz caballo,
Corre hacia Albarracín, y al fiel Azagra
Éste le entregarás. Y tú Gonzalo

Al otro conjurado.

A Teruel dirige tu camino,
Y¿al que su hueste venga comandando
De mi parte dirás que retroceda.
Marchad al punto, amigos; noble y alto
Galardón os aguarda: id al momento,
Y presteza y sigilo sólo encargo.
Lanuza viene ya, que no te vea;

A Velasco.

Yo prontamente seguiré tus pasos.

## ESCENA II.

LARA.—LANUZA.

Atraviesan el teatro doce diputados de Aragón sin detenerse en la escena, y con ellos sale Lanuza.

LARA.

Impaciente esperaba tu presencia,
Valeroso Lanuza, aunque alterado
gaste mi prudencia cobardía,
acendrada lealtad amancillando.
s porque adviertas que mi noble pecho

Rencor no alberga de tu injusto agravio,
Y que con ligereza me injuriaste
Cuando á la patria como tú idolatro,
Sabe que en su servicio noche y día
Vigilo sin cesar; que me es tan caro
Como á ti el nombre de Aragón, Lanuza.
Y he podido indagar há poco rato,
Por medio de mis fieles servidores,
Del ejército altivo castellano
Noticias y secretos importantes.
En movimiento está; cuando los rayos
De la luna esta noche aparecieron,
De Épila alzó con gran sigilo el campo,
Y á Zaragoza intrépido camina,
Y ufano llega...

LANUZA.

Aunque se acerque ufano
De Filipo el ejército, no importa:
Compuesto, Lara, está solo de esclavos,
Y temblarán al ver estas murallas
Defendidas por hombres. A esperarlo
Se halla resuelta Zaragoza. Hoy mismo
Deben llegar las huestes que aguardamos
De todas las ciudades de este reino,
Decididas...

LARA.

¿Y sabes quién mandando
Viene del rey Felipe las legiones?

LANUZA.

El Maestre Bobadilla.



LARA.

¡Qué engañado,
Lanuza, estás! El Maestre Bobadilla
De general desempeñaba el cargo;
Mas otro personaje en esta noche
De la corte ha venido á relevarlo.

LANUZA.

Siempre será algún vil, ministro infame
Del bárbaro rencor de los tiranos;
Algún cruel, vendido á la ignominia.

LARA.

¡Ah! No le insultes con ligero labio...
Cuando escuches su nombre...

LANUZA.

Por ventura...
¿El Rey?... Dime...

LARA.

Ni sólo imaginarlo
Pudieras. No es el Rey.

LANUZA.

¿Pues quién?...

LARA.

Tu brío
Va á desmayar.

LANUZA.

Jamás.

LARA.

En escuchando
én es el general.



LANUZA.

¿Quién es? Acaba.

LARA.

Don Alfonso de Vargas.

LANUZA.

¡Cielo santo!
¡Vargas! ¡Vargas!

LARA.

Sí, Vargas. El caudillo
Que tantas glorias y trofeos tantos
Ha dado á la nación. El que animoso
Domó al morisco agitador del Darro,
Y humilló de la Flandes orgullosa
Las rebeldes legiones, el que.....

LANUZA.

¿Acaso
Piensas que al escuchar de Alonso Vargas
El claro nombre, recordé sus lauros
Y sus hazañas, y temí su brío,
Y que de miedo y confusión me pasmo?
Son afectos más nobles los que agitan
Mi ilustre corazón al escucharlo.
¡Vargas! ¡Vargas ¡qué horror! ¡Vargas vendido
Á los viles caprichos de un tirano!
¿Vargas será opresor?... ¿Vargas la sangre
De un pueblo libre...? ¡Oh Dios!... ¡Qué emponzoñado
Puñal clavaste, amigo, en mis entrañas
Con nueva tan atroz!... El dulce lazo
De la santa amistad unió á mi padre
Con Alfonso de Vargas. A su lado

Pasé yo mi niñez... ¡Oh, cuál me amaba!
¡Cuánto le amé desde mis tiernos años!
En su casa mi pecho sin ventura
Por la primera vez el dulce halago...
Elvira...

LARA.

¡Qué recuerdos! ¡Ah, Lanuza!
Conozco tu dolor, pues sé los lazos
Que te estrechan con Vargas; sé que vive
Su hija, la hermosa Elvira, en tu palacio,
Entregada á tu madre. Sé que pronto
Va á coronar tu amor el nudo santo
Del himeneo... ¿y combatir pudieras
Con el padre?...

LANUZA.

¿Lo dudas? ¿Y tu labio
Se atreve á preguntar á mi denuedo
Si podré combatir?... ¡Ah! Con dudarlo
Me ofendes... Patria, sí, juré en tus aras
Defenderte y vengarte. A ti consagro,
A ti mi corazón. Librarte sólo
Anhelo y nada más... Si imaginaron
Los déspotas aleves seducirme;
Si mi constancia derrocar, tentando
Los resortes ocultos de mi pecho,
No lo conseguirán, no. Los tiranos
¡Qué astutos, Lara, son!... Mas dime, ¿es cierto?
...ıda del rey Filipo los soldados
Alfonso de Vargas?

LARA.

No lo dudes.

LANUZA.

¿Y pudo Vargas el horrible encargo
De combatir con la virtud de un pueblo,
Sin rubor aceptar? ¿Puede ser grato
A su pecho valiente y generoso
Lidiar para oprimir? ¿Su heroica mano,
El látigo afrentoso y no el acero
Podrá empuñar, y agostará sus lauros
Con tan torpe baldón?... ¡Ah!... ¿Por ventura
No cuenta el rey Felipe cortesanos
Sin honra, sin virtud, que sus decretos
De exterminio y horror ejecutando,
No tengan que perder, y elige á Vargas?

LARA.

De escuchar tu extrañeza no me pasmo;
Eres joven, Lanuza; aún no conoces
Cuál la ambición trastorna el pecho humano.
Del mismo Rey con afanoso ruego
Pienso que Vargas pretendió este cargo,
Esperando triunfar en Zaragoza,
Y de nuevos laureles coronado
A la corter tornar.

LANUZA.

Pues pronto, amigo,
Si piensa así, verá su desengaño:
Y yo el primero la robusta lanza
Fulminaré con vengativo brazo
Contra su aleve pecho, do creía

Que las virtudes y el honor moraron.
Si domó al moro vil, si holló inclemente
De Batavia infelice los pantanos;
Tal vez aquí no triunfará... Mas ¡cielos!
Su hija hacia este lugar dirige el paso.
Nada, amigo, le digas... ¡Cruda suerte!

LARA.

Déjote, pues, con ella solo, y parto
A activar la defensa de estos muros
Y á inquirir otras nuevas.

LANUZA.

¡Cielo santo!

## ESCENA III.

LANUZA.—ELVIRA.

ELVIRA.

¡Lanuza, oh mi Lanuza! ¡Al fin te encuentro!
¡Qué continuo afanar, qué sobresaltos
Mi congojado pecho han combatido
Desde que el sol en el remoto ocaso
Escondió ayer su postrimera lumbre!
¡Qué noche tan terrible! ¡Ay de mí! En vano
Procuré que el tranquilo y dulce sueño
Calmara mi penar y mis cuidados.
. confuso alarido, el eco sordo
:l agitado pueblo resonando
n cesar en mi mente congojosa,



Ahuyentaban el plácido descanso
De mi angustiado corazón... ¡Lanuza!...
¡Cuánto peligro imaginé temblando!

LANUZA.

¡Elvira!

ELVIRA.

¡Oh Dios!... Lanuza, ¿mis lamentos
Te importunan tal vez? Arrebatado
Del torrente fatal é impetüoso
De la revolución, que está agitando
Esta alterada capital, desdeñas
Mis caricias, mi amor y mis halagos;
Objeto más grandioso ocupa y llena
Tu corazón; y olvidas...

LANUZA.

¡Ah! tu labio
Me culpa injustamente. En tu cariño
Jamás ardí como al presente ardo.
Jamás. Yo te lo juro... Si la patria
Me llamó á sostener con fuerte brazo
Su libertad caduca y vacilante,
No me vedó el amarte, y los tiranos
Tal vez...

ELVIRA.

¡Lanuza! ¡Ay Dios!

LANUZA.

Ellos, Elvira,
Te arrancarán de mis amantes brazos.

ELVIRA.

¿Qué pronuncias?... ¿Qué temes?... ¡Ah!...

LANUZA.

¡Dichoso
Y mil veces dichoso aquel pasado
Tiempo, en que obscuro yo, jóven sin fama,
Pacífico y tranquilo ciudadano,
Pasé en tu hogar los apacibles días
Que para no volver, oh Dios, volaron!

ELVIRA.

¡De cuán funesto agüero mi presencia
Para ti y tu ciudad se ha declarado!
Muere mi madre, y vengo á estas murallas
De la tuya á buscar el dulce lado,
Y á coronar nuestra pasión constante
Del Dios eterno en los altares sacros,
Y á estrechar más y más con este nudo
De la santa amistad los firmes lazos
Que á nuestras dos familias siempre unieron;
Y al instante Aragón, la frente alzando,
Se agita y arde, y la feroz discordia
Reina do quier. Tu padre, de los años
Al grave peso, del sepulcro frío
Baja á buscar el eternal descanso:
Y le sucedes tú, y un pueblo entero
Por caudillo te aclama, y á tu cargo
Pone su suerte, y mírote de pronto
De cariñoso amante, trasformado
En guerrero feroz, que gloria y fama
Y victorias anhela, y triunfo y lauros.
n hondo olvido de la triste Elvira
ndona el amor, alarga el plazo

De la unión suspirada, huye su vista,
Y olvida la ternura y el contrato
De los amigos padres, y del mío
El cariño, el afán...

LANUZA.

Cesa; tu labio
Me hiere el alma... ¡Elvira, Elvira!

ELVIRA.

¡Oh cielos!...
Te comprendo, Lanuza; acaso, acaso,
Del pueblo aragonés caudillo excelso,
Tu mente ocupan pensamientos altos.
Por ventura...

LANUZA.

¡Cruel! Basta: no agraves
Las penas que me están atormentando.
¡Patria, cuánto me cuestas!... En tus aras
El sacrificio de mis dichas hago.
¡Suerte tremenda!... Sí, la tiranía
Va, Elvira, para siempre á separarnos...
Mas no será, si decisión encuentro
En tu ardoroso pecho... Ven, tus pasos
Dirige, oh dulce bien, en este instante
Conmigo á la capilla del palacio.
De un ministro de Dios en la presencia,
Sin pompa, sin inútil aparato,
Ahora mismo, mi Elvira, celebremos
El enlace dichoso que anhelamos;
Y tranquilo y feliz desde las aras
Volaré á defender los fueros santos

De mi patria adorada, y nuevo aliento
Dará el amor á mi robusto brazo.
Vamos, Elvira, pues. Siendo tú mía,
¿Qué tengo que temer de los tiranos?
Nada. Sígueme: ven.

ELVIRA.

¡Ah, mi Lanuza!
¡Tal precipitación!... ¿Qué sobresalto
Pintado miro en tu confusa frente?...
¡Me hielo de temor!... Cuando un asalto
Amenaza á estos muros, y á torrentes
La sangre va á correr... En tan aciago
Momento... tú, sin que tu anciana madre...
Y yo, sin que mi padre idolatrado...

LANUZA.

¡Oh! ¡qué dices, Elvira! ¿qué pronuncias?...
¡Infelice de mí!

ELVIRA.

De horror me pasmo.

LANUZA.

¡Ay!... ¡Yo la adoro, y el feroz destino
Va á robar á mi amor todo su encanto!

## ESCENA IV.

LANUZA.—ELVIRA.—HEREDIA.

HEREDIA.

ejad, señor, cuidados amorosos
á los muros volad, que ya llegaron

Los momentos de gloria y de venganza,
Que ansiosos los valientes esperamos.
Del opresor Filipo las legiones
Cubren ya en torno los vecinos campos,
Que el Ebro con sus ondas fecundiza.
Ondean los pendones castellanos
Agitados del viento. El sol relumbra
En las lorigas y bruñidos cascos:
Los relinchos, las trompas y atambores
Ensordecen el aire. El cielo vago
De ardiente polvo empaña densa nube,
Y los tercios y escuadras, ocupando
Las cercanas colinas, amenazan
Muerte y desolación. Mas los bizarros
Hijos de Zaragoza, con desprecio
Ven su orgullo feroz y sanguinario,
Y disponiendo tiros fulminantes
Las almenas valientes coronaron,
Y ocupan los robustos torreones,
Y lidiar y vencer sólo anhelando,
De muerte ó libertad el noble grito
Resuena por doquier. Lanuza, vamos.

LANUZA.

Vamos, amigo: aprendan hoy los pueblos
A defender sus fueros sacrosantos.

ELVIRA.

¡Lanuza!... ¡Oh Dios!...

HEREDIA.

¡Señora!



LANUZA.

Pronto, Elvira,
Con la victoria tornaré á tus brazos.

ELVIRA.

Tu vida el cielo salve...

LANUZA.

Y á mi patria:
O muera yo si triunfan los tiranos.

## ESCENA V.

LANUZA.—HEREDIA.—LARA.

LARA.

Esperad, esperad: aún el momento
De combatir, Lanuza, no ha llegado;
Aunque los tercios de Castilla ocupan
De Zaragoza los vecinos campos,
En cuanto vieron nuestros altos muros,
Ora al notar el bélico aparato
Y la actitud valiente y decidida
Del noble pueblo aragonés, ó acaso
Por no ser su intención el combatirnos,
Su marcha suspendieron. Yo, observando
Desde una torre estaba, cuando advierto
Que hacia estos muros con ligero paso
Un personaje, que en las altas plumas
en la armadura y andaluz caballo
ostraba ser de cuenta, se acercaba
a bandera blanca tremolando.

Desciendo al punto por aquella parte,
Con una escolta del rastrillo salgo,
Me acerco, y reconozco á Bobadilla.
Quiso ceñir mi cuello con sus brazos,
Pero yo lo rehusé. De su venida
Le pregunto el objeto, y extrañando
Mi desdén, dijo que tan sólo viene
De parte del caudillo castellano,
Que entrar en la ciudad y hablar contigo
Quiere, á pedir seguro. Y aguardando
Tu respuesta quedó.

HEREDIA.

No haya seguro,
Ni tregua, ni escuchemos de tiranos
Proposición alguna. Guerra y muerte
Y venganza y no más.

LARA.

Tu celo aplaudo,
Generoso infanzón; de Alfonso Vargas
Como á ti las propuestas me indignaron
En el primer momento, y decidido
Díjele á Bobadilla: «Hacia tu campo
Vuelve, pues el entrar en Zaragoza
Es de tu general intento vano.»
Mas él me contestó: «Modera, amigo,
Ese noble valor y ese entusiasmo,
Tal vez perjudicial; yo te conjuro
Por tu patria y honor, á que embarazo
No opongas á la entrada en estos muros
Del generoso Vargas, si es que salvo

Quieres ver á Aragón, sin que padezcan
Sus sacrosantas leyes menoscabo,
Y evitar mil horrores, mil desastres
Y guerra entre españoles, entre hermanos.»
Esto me dijo; y yo sobre mis hombros
De la repulsa el responsable cargo
No me atreví á tomar; y á ti, Lanuza
Me pareció debido noticiarlo.
Á ti te cumple resolver.

LANUZA.

Amigo,
Tu determinación prudente alabo.
Y si evitar se pueden los horrores
De la guerra civil, y si logramos
Salvar las leyes de Aragón sin sangre,
Entre, pues, el caudillo castellano:
Doy el seguro...

HEREDIA.

Insisto en oponerme:
Guerra, guerra y no más.

LANUZA.

Guardar intacto
De nuestras libertades el tesoro
Nuestro afán debe ser. Si conservarlo
No se puede sin guerra y sangre y muerte,
De guerra y sangre y muerte echemos mano.
Mas antes al broquel que de la espada
Echémosla esta vez, y concedamos...

HEREDIA.

Sólo lidiar...

LARA.

Permíteme repita,
Oh noble Heredia, que tu celo aplaudo,
Conoce, empero, que causar pudiera
Á España la repulsa graves daños.
¿Qué sabemos si el noble Alonso Vargas,
El nombre de Padilla recordando,
Seguir pretende sus gloriosas huellas,
Y en vez de combatirnos á ayudarnos
Viene, y á que Aragón se una á Castilla,
Causa común de libertad formando?
Y si tal heroísmo y fortaleza
No le es dado abrigar, ¿no puede acaso
Temer el embestirnos, y cobarde
Partidos ventajosos presentarnos,
Que de Aragón la libertad afirmen,
Y que fuera imprudencia no escucharlos?
Mas doy que ni seguir nuestras banderas
Quiere, ni hacernos ventajosos pactos,
Sino que sólo diferir procura
El momento dudoso del asalto.
Considerad, considerad os ruego
Lo que puede importar el dilatarlo.
Cortas las fuerzas son, aunque valientes,
Que á Zaragoza guardan; de Barbastro,
De Albarracín, de Teruel, de Huesca,
Las decididas huestes no llegaron:
Con ellas es seguro nuestro triunfo;
Sin ellas..... Mas amigos no perdamos
el tiempo inútilmente: la justicia,

La razón, la prudencia, aconsejando
Están dar el seguro.

HEREDIA.

Siempre temo
Ocultas tramas, encubierto engaño.

LANUZA.

Graves de Lara son las reflexiones:
Entre al momento el general contrario.
Tú, amigo, le conduce. En tanto, Heredia,
Convoca de Aragón los diputados,
Mientras yo corro en torno las murallas
La vigilancia en ellas aumentando.
¡Oh Dios, eterno Dios, benigno mira
A este pueblo valiente, y con tu amparo
Guarde su libertad, guarde sus leyes,
Sin que haya menester para lograrlo
Apelar á la guerra asoladora,
Azote atroz del miserable humano!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





# ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

LANUZA presidiendo á doce diputados, que estarán sentados por orden. Entre ellos LARA y HEREDIA. Guardia de soldados aragoneses, pueblo de pie al fondo del teatro.

LANUZA.

Representantes del heroico reino
Aragonés, apoyos de la patria,
De sus fueros valientes defensores
Y del pueblo consuelo y esperanza:
Si al ver nuestros clamores desoídos,
Y nuestras libertades ultrajadas
Por el pérfido arrojo de un tirano,
Que en vez de gobernar oprime á España,
Jurar supimos contrastar su furia,
Y sostener las leyes adoradas
Con que nuestros mayores nos dejaron
Libertad y poder, honor y fama;
Y jamás á afrentoso infame yugo
Tender el cuello y amoldar el alma,
Llegado es ya el momento venturoso

De que en obras se tornen las palabras,
Por nuestra decisión mirando el mundo
Las glorias de este reino aseguradas.
Hoy el cielo tal vez, oh aragoneses,
Benigno protector de nuestra causa,
Hoy quiera coronar nuestra justicia,
Sin que en sangre tiñamos las espadas.
Esas huestes altivas que nos cercan,
Y que á guerra feroz nos provocaban,
Parece que al mirar estos adarves
Que el patriotismo y las virtudes guardan,
Nuestro denuedo admiran y respetan,
Temen lidiar, y su valor desmaya.
Para hacernos propuestas importantes
Pidió su general Alfonso Vargas
Un seguro: seguro á que un momento
Dudé acceder; mas luego la esperanza
De evitar una guerra asoladora,
Si nuestro honor y libertades patrias
Nos es posible conservar sin ella,
Me movió al fin á permitir su entrada,
Y aquí va á aparecer. Representantes:
Escuchémosle, pues, y con la calma
Digna de un pueblo libre que defiende
Fueros sagrados, leyes sacrosantas.
Si propone dejar esta riqueza
Que tanto idolatramos, pura, intacta,
Y retirar al punto sus pendones
Del territorio aragonés, renazca
La dulce paz, conclúyase la guerra;



Vuelva Filipo á ser nuestro monarca,
Y no haya más discordia entre españoles,
Pues justicia queremos, no venganza.
Mas si intentare acaso seducirnos,
O astuto derrocar nuestra constancia,
O ministro de un déspota insolente
Insultarnos osare su arrogancia,
Proponiendo la afrenta y el oprobio
Como medio de paz, al punto salga,
Mas respetado y sin ofensa alguna,
Del recinto sagrado de esta plaza,
Y reciba en el campo, en noble guerra
El galardón de su imprudente audacia.
Póngase al frente de sus bravos tercios
Que el morado pendón viles infaman,
Y que olvidan sedientos de exterminio
Los duros hierros que á Castilla enlazan,
Y con ellos osado y ciego embista
De Zaragoza fosos y murallas:
Su arrojo en ellas mirará estrellarse,
Cual en escollos de la mar la saña.
Y si la suerte se nos muestra esquiva,
Y el iracundo cielo nos contrasta,
Muramos con honor, muramos libres,
Húndase Zaragoza en las entrañas
De la espantosa tierra, libre empero,
Antes que exista sin honor y esclava.
Si lo manda el destino, perezcamos;
[M]as encendiendo vengadoras llamas,
[Q]ue consuman á opresos y opresores

Y hagan gloriosa, eterna nuestra fama.
Sagunto así por sostener un pacto,
Por defender su libertad Numancia,
Son hoy escombros, de invasores miedo,
Son hoy cenizas y blasón de España.
Mas no temamos que de Dios el brazo
Así abandone nuestra justa causa,
Antes ufanos esperar debemos
Victoria, triunfo, inmarcesibles palmas.
Lara, conduce á este lugar al punto
Al jefe de las huestes castellanas.

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—LARA.—VARGAS.

*Al entrar dará muestras de turbación y sorpresa.*

LANUZA.

¿Qué, os turba, castellano, la presencia
De un pueblo libre que sus leyes santas
Jurado ha sostener? Habla; y al reino
Aragonés instruyan tus palabras
De tu intento, al pedir entrar seguro
Suspendiendo la furia de las armas.

VARGAS.

No este aparato imponedor me turba,
Aunque el mirarme en medio de él me pasma.
Yo he pedido una tregua y un seguro
Para hablar con Lanuza, y esperaba

Hallarle á solas, verle do mis brazos,
Mi cariño y mi amor le recordaran.
Donde pudiera...

LANUZA.

Basta: en este día
Ni Lanuza soy yo, ni tú eres Vargas.
Tú eres el adalid de un rey tirano
Que intenta esclavizar mi cara patria.
Yo el caudillo de un pueblo generoso
Que ama sus leyes y juró salvarlas.
Hoy nada tienes que tratar conmigo;
El reino de Aragón es con quien tratas.

VARGAS.

El reino de Aragón, modelo siempre
De lealtad, de prudencia y de constancia...
El reino de Aragón, que hasta Bizancio
Los pendones llevó de sus monarcas,
Rebelde ahora...

LANUZA.

Tan odioso nombre
Al reino de Aragón jamás le cuadra:
Sólo rebeldes son los orgullosos,
Que en contra de las leyes se declaran.

VARGAS.

¿Quién osa contra el Rey?...

LANUZA.

Ahora no tiene
Rey Aragón.

VARGAS.

Felipe.

LANUZA.

Sólo mandan
Los reyes por la fuerza irresistible
De la ley que juraron, si la guardan.
Mas al momento que la infringen pierden
Los derechos al solio, y lo profanan.

VARGAS.

Felipe, padre de la España toda,
Piadoso escuchará vuestras demandas!
Y el remedio...

HEREDIA.

¡Piedad!... Con los esclavos,
No con un pueblo libre debe usarla;
No una infame piedad, justicia sólo
Es lo que el reino de Aragón reclama.

VARGAS.

¿Y puede reclamarse la justicia
Al horrísono estruendo de las armas?...

HEREDIA.

Son el único apoyo de los pueblos,
Cuando el vil despotismo los ultraja.

VARGAS.

Orden, moderación, son las divisas
De aquellos que defienden justas causas.
Son el apoyo firme de los buenos.

HEREDIA.

¡Orden!... ¡Moderación!... ¡Vanas palabras
Con que los degradados, los cobardes
Su necedad y su pavor disfrazan!

LANUZA.

¡Orden! ¡Moderación! ¡Prendas divinas
Que los astutos déspotas profanan!
Orden á la quietud de los sepulcros
Y á la degradación de siervos llaman.
Moderación al sufrimiento indigno
Con que el esclavo á su señor acata.
Dejad reconvenciones, castellano,
Que no es dado á Aragón el tolerarlas.
Proponed, y no más.

VARGAS.

Zaragozanos:
Escuchad, pues, con reflexión y pausa,
Propias de generosos infanzones
Que sólo el bien anhelan de su patria,
Las propuestas de un rey, de un rey benigno
Que perdona extravíos, si dimanan
De valor y virtud; que olvida ofensas,
Y sólo quiere ver felice á España.
Si vuestras leyes menoscabo sufren,
Magnánimo os ofrece restaurarlas.
Como padre los brazos os presenta;
En ellos de Aragón la paz renazca.
Cese la agitación que hoy lo destroza:
Las huestes deshaced, dejad las armas.
Y vuestros fueros os serán guardados,
Las antiguas costumbres respetadas,
Justicia mayor el ministerio
ıdrá la autoridad que la ley manda,
ıer rey de Aragón libre y glorioso

Será el timbre primero del monarca.
En él su dicha y sus desvelos cifra:
Así os lo ofrece su real palabra,
Así os lo ofrezco yo. Mas prenda sea
De reconciliación, que al punto abra
Zaragoza sus puertas á las tropas
Del rey, y que al momento á mí entregada
De Pérez quede la persona infame,
Promovedor tal vez de estas desgracias.
Torne el virrey, los magistrados tornen
La ciudad á regir: no habrá venganzas,
No castigos: olvido solamente,
Generoso perdón...

LOS DIPUTADOS Y EL PUEBLO.

¡Perdón!... ¡Oh infamia!

HEREDIA.

Nosotros nunca fuimos delincuentes.

PUEBLO.

O muerte ó libertad.

LANUZA.

¡Oh voces santas,
Dignas de aragoneses, de hombres dignas
Que en su espléndido honor no sufren mancha!
Libres seréis, en vuestros pechos arde
Del patriotismo y del honor la llama:
Dignos sois de ser libres, seréis libres,
Que el cielo vengador el triunfo os guarda.
Y tú, audaz castellano, tú, caudillo
De las huestes de un rey, ¿con qué arrogancia
Osas proposiciones tan infames

Hacer á un pueblo decidido?... Marcha,
Torna á tu campo, ordena tus valientes,
Para el combate anima tus escuadras,
Y vengan á la lid esos guerreros
Que las cadenas sin rubor arrastran.
¿Nuestro valor, nuestro denuedo humillas
Y de Felipe la clemencia ensalzas,
Y cariño y bondades sólo ofreces,
Y gloria y paz y libertad proclamas?
¡Triste del pueblo que en halagos fía
Y en ofertas capciosas de un monarca,
Que lo que hacer le ordena la justicia
Lo ofrece altivo cual si fuera gracia!
Mil bienes nos presentas cauteloso,
Mas ¿qué prendas nos das de tus palabras?
¿Que tus tercios al punto recibamos
Dentro de Zaragoza?... ¿Que las armas
Dejemos de las manos?... ¿Que entreguemos
De Pérez la persona á la venganza
Del irritado rey? ¿Y así empezando
Por infringir la ley el restaurarla
Nos ofrece?... ¡Oh baldón! Sal de estos muros,
Donde obcecado yo te dí la entrada:
Que buenos todos son los buenos piensan,
Y yo pensé que bueno fuera Vargas.
Perdonad este error á mi deseo,
Pueblo zaragozano: imaginaba
e el fuego del honor que ardió en Padilla
y ardiera en las tropas castellanas;
ue siguiendo nuestro ejemplo heroico,

De Castilla romper sólo anhelaban
El yugo vil que en Villalar le impuso
De Carlos triunfador la adusta saña;
Y que para tan noble y digna empresa
Iban á proponernos alïanza:
Que á sospechar que en el cautivo pecho
De este adalid no cabe empresa tanta,
Y que sólo su afán era insultarnos,
No fuera Zaragoza profanada
Jamás con su presencia.

VARGAS.

Piedad sólo
Me estimuló á venir á estas murallas,
Donde insensible á ultrajes y á caricias
Opongo á vuestra furia noble calma.
Mas escuchadme por la vez postrera:
Vosotros provocáis vuestras desgracias;
Jamás me mire de ellas responsable,
Ni vuestra sangre sobre mí recaiga;
Que cuando rotos vuestros altos muros
Y en tierra hundidas vuestras torres altas,
En Zaragoza entraren de exterminio
Y confusión y horror acompañadas
Mis vencedoras huestes, y estas calles,
Pórticos y jardines y anchas plazas
De sangre y de cadáveres se cubran,
Y se hundan vuestros techos, y las llamas
Consuman los alcázares soberbios,
Los templos santos, las humildes casas,
Y párvulos y ancianos y mujeres

Pasados por el filo de la espada,
Todo sea mortandad, llanto, ruina,
Os arrepentiréis de vuestra infausta
Decisión, implorando vanamente
Mi piedad, la clemencia del monarca
Que ciegos insultáis.

LANUZA.

Cesa, guerrero;
De Aragón no conoces la constancia:
Si el cielo ha decretado su rüina,
Como salve su honor no le acobarda.
Retírate á tu campo.

VARGAS.

Antes permite
Que al reino de Aragón pida dos gracias,
Que si de generoso y de valiente
Tanto blasona, no podrá negarlas.

HEREDIA.

Escuchémosle, pues.

VARGAS.

Es la primera
Que la tregua prosiga hasta mañana
Al asomar del sol. No, aragoneses,
Juzguéis que es por temor de la batalla,
Ni porque espero reforzar mis tropas;
Solamente me mueve á dilatarla
El amor que me inspira vuestro aliento,
el conocer que acaso es vuestra causa
sta en el fondo, y con horror los males
r que á vuestra ciudad ¡ay! amenazan.

Hoy debe de tornar un mensajero
Que reverente dirigí al monarca,
Y que puede traer un resultado
Venturoso á Aragón, sin que las armas
Y los desastres de ominosa guerra
Hagan temblar á la afligida España.
Retárdese la lid, sí, yo os lo ruego,
Yo os lo demando en nombre de la patria.

HEREDIA.

Volemos al combate, no más tregua,
No haya más dilación.

PUEBLO.

Guerra y venganza.

LANUZA.

Cual vosotros la lid ansioso anhelo,
Y en contra de los déspotas la espada
Fulminante esgrimir. Mas, ciudadanos,
Aunque contemplo inútil la tardanza,
Y sé que los tiranos no transigen
Con los pueblos jamás, séale acordada
La suspensión que pide, y sepa el mundo
Que la española sangre nos es cara,
Que sólo combatimos provocados
De una injusta agresión. Hasta mañana
Se prolongue la tregua. Aragoneses,
Así obra un pueblo justo.

VARGAS.

La otra gracia
Es que en mí contempléis á un padre tierno,
Que una hija tiene dentro de esta plaza:

Permitidme el consuelo, aragoneses,
De verla un solo instante y de abrazarla.

DIPUTADOS.

Justa es su petición.

HEREDIA.

Justa; y al punto
Se le debe acordar. Pero que salga
Luego de Zaragoza.

LANUZA.

Castellano,
A tú hija abrazarás: luego (A Lara) á la estancia
Condúcele de Elvira, y al momento
Fuera de Zaragoza y sus murallas.
Y nosotros, valientes defensores
Del heroico Aragón, cuya constancia
Será ejemplo en el mundo eternamente,
Preparémonos, pues, á la batalla;
Que paces esperar del despotismo
Es un vano delirio. Nuestra causa
Es tan grande y tan justa, que respeto
Infunde aun á los mismos que la atacan.
La generosidad y la prudencia
La santifican más, y más la ensalzan,
Y con nuevo valor, con mayor brío,
Y con mayor justicia nuestras armas
Sabrán asegularla para siempre;
Pues cuando el nuevo sol sus luces claras
Tienda por estos campos, la victoria
Coronará las leyes de la patria.



## ESCENA III.

VARGAS.—LARA.—VELASCO.

LARA.

¿Su altivez y su arrojo no te irritan?

VARGAS.

Su noble decisión mi pecho encanta,
Y por salvarle...

LARA.

Es vano cuanto intentes.
Ni ya piedad merece su arrogancia.
A nuestro rey, amigo, obedezcamos,
Y sobre estos rebeldes luego caiga
El peso de su cólera. Dispuesto
Todo está; nada temas. Ahora abraza
A tu inocente Elvira, y sin demora
Parte á poner en orden...

VARGAS.

Tente... aguarda...
Verme á solas anhelo con Lanuza.
Él lo quiere evitar... Si tú...

LARA.

Me pasma
Tu flaqueza; no esperes que ese joven
Se rinda á la razón.

VARGAS.

Si tú encontraras
Medio de que le viese... Acaso...

LARA.

Suspenso.

Espera:
Que contigo se aviste en esta estancia
Nos es muy conveniente... Ya sé el modo
De obligarle á venir. Velasco, marcha,
Afán y gran secreto aparentando,
En busca de Lanuza, y dile: Vargas
De sacar á su hija de estos muros
Sin tu noticia, en este instante trata.

VELASCO.

Os comprendo... Seréis obedecido,
Y aquí vendrá Lanuza sin tardanza.

LARA.

Cuando tú adviertas que hacia aquí sus pasos
Cuidadoso dirige, de él te aparta,
Con el Virrey te avista, y de mi parte
Le encargarás que al arrabal se vaya.
Mas antes dile á Elvira, sin que sepa
Que su padre está aquí, que al punto salga.

## ESCENA IV.

VARGAS.—LARA.

VARGAS.

Tu intento no descubro...

LARA.

Pronto, amigo,
as á ver á Lanuza. De las gracias



De tu inocente hija y de sus ruegos
Válete, y puede ser que su arrogancia
Vacile y que le venzas. ¡Logra tanto
Con un joven el lloro de su dama!
Tú insiste en que pretendes de estos muros,
Para que á ellos jamás vuelva, sacarla.
Mas nunca te la lleves, nunca, amigo:
Tenerla en Zaragoza es de importancia.
Segura está; Lanuza... Mas ya viene
Tu Elvira. En breve torno, y nada, nada
Te asuste... mi prudencia me sugiere
Una trama feliz.

## ESCENA V.

VARGAS. — ELVIRA.

**Sale con Velasco, que al punto se va detrás de Lara.**

VARGAS.

¡Hija adorada!

ELVIRA.

**Arrojándose en brazos de Vargas con gran ternura.**

¡Padre! ¡Padre!... ¡Gran Dios! Mi padre. ¿Es cierto
¿Cómo dentro, señor, de estas murallas?

VARGAS.

Mi suerte inexorable, amada Elvira,
Me trae á combatirlas, á arruinarlas,
Por el ciego ardimiento de tu amante,
Insensible á mi amor y á mis plegarias.



ELVIRA.

¿Qué, le habéis visto ya?... ¿Ya en vuestros

VARGAS. [brazos...?

Sí, le vi, por mi mal.

ELVIRA.

¡Dios!... ¡Qué palabras!
¡Me hielan de terror!... Oh, padre mío,
Estando vos en Zaragoza, nada,
Nada me asusta ni asustarme debe.
Mi Lanuza os respeta, me idolatra.
¡Oh, qué dulces caricias y desvelos,
Qué ternura y afán su madre anciana
Sin cesar me prodiga!

VARGAS.

¡Ay, inocente!
Soy jefe de las huestes castellanas
Que á Zaragoza sitian. De mi airado
Rey me encuentro ministro de venganzas.

ELVIRA.

Con extremada agitación.

Lanuza... Mas él llega...

VARGAS.

Hija querida,
Une tu tierno llanto á mis plegarias,
Roguémosle...



## ESCENA VI.

VARGAS.—ELVIRA.—LANUZA.

LANUZA.

¿Quién es, quién el aleve
Que osa el dulce tesoro de mi alma
Robarme sin piedad?

VARGAS.

*Enternecido.*

¡Hijo!..... ¡Lanuza!

LANUZA.

Al momento salid de estas murallas,
Orgulloso adalid del despotismo.

VARGAS.

¡Ah! No ultrajes mi amor... Mira á tu amada...
Ve su pálida faz...

LANUZA.

Tiembla, insensato,
Y no esperes triunfar de mi constancia.
¡Elvira! ¡Elvira mía! Yo te adoro.

ELVIRA.

¡Lanuza!... ¡Oh Dios!... Tu aspécto me acobarda.
¿Y no conoces á mi amante padre?...
¿Al amigo del tuyo?...

LANUZA.

Elvira, calla;
Sí, calla por piedad. Ese guerrero
No es el noble, el ilustre Alfonso Vargas.

Mas dime: ¿me abandonas? ¿tú consientes
En salir para siempre de este alcázar?

ELVIRA.

Temblando.

¡Yo!...

VARGAS.

Elvira al punto se vendrá conmigo;
A seguir á su padre está obligada.

ELVIRA.

¡Señor!... ¡Oh padre mío!

LANUZA.

¡Monstruo horrendo!
No lo consentiré, no.

VARGAS.

Ya degradan
Mi carácter excelso y mis laureles
Tanto insulto y tan necia tolerancia.
Sí, soy su padre; de la atroz rüina
De esta infeliz ciudad, que por tu audacia
Va pronto á no existir, salvarla quiero.
Sígueme, Elvira, ven.

ELVIRA.

¡Desventurada!
¡Qué horror! ¡Padre! ¡Lanuza!...

LANUZA.

¿Y me abandonas?

ELVIRA.

ıuza!... ¡oh Dios!... mi padre me lo manda.

LANUZA.

yo te he de perder?



VARGAS.

Y para siempre.

ELVIRA.

Si con verdad me adoras...

VARGAS.

Conservarla
Está en tu mano.

LANUZA.

¡Oh seducción horrible!
Perdona mi dolor, soy hombre, ¡oh patria!
Mas no la robarán. Cruel verdugo,
Tiembla mi enojo y mi tajante espada.

ELVIRA.

Con gran temor conteniéndole.

¡Cielos! ¡Qué horror! ¡Lanuza!

VARGAS.

¿Y qué dominio
Tienes sobre mi hija?... ¿Y tú te jactas
De virtud y de honor?

LANUZA.

Abatido.

¡Elvira mía!
¿Mi amor olvidas?... ¿Huyes de este alcázar
Para siempre?...

ELVIRA.

Mi padre...

LANUZA.

¡Oh cruda suerte!
Por piedad, por piedad, Alfonso Vargas,
No me arranquéis...



## ESCENA VII.

VARGAS.—ELVIRA.—LANUZA.—LARA, con algunos del pueblo que habrán oído los últimos versos.

LARA.

Lanuza, el pueblo airado
En altas voces sublevado clama,
Porque al punto el caudillo castellano
Torne á su campo. De su ciega rabia
Temo que del seguro el fuero rompa;
Y acaso...

LANUZA.

Cesa, tu sospecha es vana;
Jamás un pueblo libre así atropella
La fe del pacto. Don Alfonso Vargas,
Salid de Zaragoza en el momento.
Yo os acompañaré.

VARGAS.

No me acobarda
De la plebe el furor... Pero mi Elvira...

LARA.

Segura queda aquí, podéis dejarla.
Vos marchad al instante.

ELVIRA.

*Abrazando á Vargas.*

¡Padre mío!
¡Oh discordia fatal!... ¡Oh guerra infausta!

FIN DEL ACTO TERCERO.



# ACTO CUARTO.

Plaza principal de Zaragoza.

## ESCENA PRIMERA.

LARA. — VELASCO. — Soldados aragoneses con banderas, pueblo, artillería, etc.

VELASCO.

A un lado del teatro y recatándose de la multitud.

Nuestro el triunfo será, ya nada temo:
Las torres, avanzadas y las puertas
Guarnecidas están cual nos conviene,
Y lo veréis en la ocasión primera.
De Teruel y Albarracín las tropas
Al punto obedecieron la orden vuestra.
Y ya están detenidas las escuadras
Que se alistaron en Barbastro y Huesca.

LARA.

¿Y dónde están nuestros amigos?

VELASCO.

Todos
ı muro y la ciudad partes diversas
ıpan con recato: en esta plaza
:hos están cual veis, y están alerta.

LARA.

¿Acompañaste á Vargas?

VELASCO.

Hasta el punto
Do avanzadas se ven sus centinelas,
Escoltándole fuí.

LARA.

Velasco, basta,
Que aquí ese joven altanero llega.

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—LANUZA.

Los soldados se ordenan y el pueblo se acomoda al fondo, y todos á la escena.

PUEBLO.

¡Viva la libertad!

LANUZA.

Amigos: ¡Viva,
Y los tiranos y traidores mueran!
¡Oh pueblo aragonés, siempre glorioso!
El ansiado momento ya se acerca,
En que al mundo valientes demostremos
Que es libre un pueblo cuando serlo anhela.
Del déspota las huestes orgullosas
Cobardes ya nos miran y respetan:
Compónense de siervos degradados,
Y almas esclavas el valor no albergan.



Ved cuál su insana furia se ha entibiado,
Sólo con avistar estas almenas.
Vedlos capitular, y temerosos
Dilatar el combate, pedir treguas...

PUEBLO.

¡No haya treguas.... la lid!

LANUZA.

¡Oh noble grito,
De victoria feliz segura prenda!
Mas contener debemos, ciudadanos,
El santo ardor que hierve en nuestras venas.
Si desechamos del contrario jefe,
Con justísimo enojo, las propuestas,
Hasta el próximo sol le concedimos
Las armas suspender. Y nunca sea
Por un pueblo valiente y generoso,
Que las virtudes y el honor profesa,
Rota la fe de un pacto. Los que lidian
Por la justicia y la razón, cubrieran,
Si la justicia y la razón hollaran,
Sus claros nombres de baldón y afrenta.
Los enemigos dilatar quisieron
El plazo de la lid: la gloria es nuestra.
No tememos que aumenten sus escuadras,
La dilación disminuirá sus fuerzas;
Pues si al primer momento no han osado
Acometer nuestras ferradas puertas,
ın menos lo osarán, mientras más piensen
› deshonroso de su inicua empresa.
mbién, aunque nosotros ya miramos

Seguro el triunfo, la victoria cierta,
No debemos privar de los laureles
A las valientes tropas que se acercan
De las ciudades. Lleguen, pues, y todos
Parte en la lid y en la venganza tengan.

## ESCENA III.

LOS MISMOS.—HEREDIA.

HEREDIA.

¡Quién en la fe de los tiranos fía!
¡Oh maldad! ¡Oh traición!

LARA.

¿Qué ocurre, Heredia?

HEREDIA.

Del arrabal en la almenada torre
Ya el pabellón del rey Felipe ondea.

LANUZA.

¡Amigo!... ¿Cómo? Dime...

HEREDIA.

En el momento
Que el jefe castellano á sus banderas
Tornó desde estos muros, con recato
Alguna parte de su gente ordena;
Y mudo el atambor, las tropas mudas
Y en gran silencio, y sin temor se acerca
Por aquel lado al elevado muro,
Donde ninguna oposición encuentra.

Allí el virrey estaba, allí el prelado,
Y con vil oro y seducción y ofertas
La multitud comprada ya tenían,
Y el adarve y las armas todos dejan
Al acercarse el castellano. Algunos
Gritan: ¡traición!, y pónense en defensa;
Pero pocos, sin plan, y divididos
Sólo la muerte ó el desprecio encuentran,
Y álzanse los rastrillos, y en los brazos
Reciben los traidores ¡vil afrenta!
Al bárbaro enemigo, que orgulloso
Ocupa el arrabal todo, y se ceba
En sangre, en muerte, en latrocinio infame.
Mas ya por la ciudad cunde esta nueva,
Y coronan el muro los valientes;
Las escuadras del Rey también se aprestan,
Y todo es confusión.

LANUZA.

¡Atroz perfidia!

LARA.

¿Y cómo pudo ser?...

PUEBLO.

¡Venganza y guerra!

LANUZA.

¡Guerra y venganza, sí, guerra y venganza!
¡Sangre, sangre tendrán, pues sangre anhelan!
Vamos á combatir; el alto muro
Guárdese con ardor, ilustre Heredia;
A ti te encargo á Zaragoza. Lara,
En este sitio un escuadrón reserva



Pronto para lidiar donde el peligro
Exija concurrir con nuevas fuerzas.
Y vosotros (A uno de los pelotones de tropa.) venid, se-
[guidme osados,
Que salir quiero de los muros fuera,
Y en campo abierto nuestro noble brío
Patentizar al orbe en la pelea,
Y aterrar esas huestes ominosas
Que no osan combatir en noble guerra,
Y vengar el engaño, la perfidia
Con que abusaron de la pura, excelsa
Virtud de un pueblo libre. Mas primero
Jurad (Tomando una bandera con las armas de Aragón.)
por el honor que arde y alienta
En vuestros pechos; por la cara patria,
Que su salud de nuestro esfuerzo espera:
O vencer ó morir.

SOLDADOS.

Los que siguen á Lanuza.

Sí, lo juramos.
O vencer ó morir.

LANUZA.

¡Oh Dios, que velas
Sobre los buenos! Oye nuestros votos.
Protege bondadoso nuestra empresa,
Y que al hundirse el sol en el ocaso
Libre por siempre á Zaragoza vea.

Sale Lanuza por un lado con el pelotón que eligió, y le sigue algún pueblo, y Heredia se va por otro lado con algunos otros y Velasco.

## ESCENA IV.

LARA.—SOLDADOS.—PUEBLO.

LARA.

Dice los cuatro primeros versos como hablando con los que acaban de salir.

Andad, andad..., ¡oh mísero destino!
¡Vuestro noble valor qué recompensa
Horrible va á tener! Sí; ese altanero
Joven voluble al precipicio os lleva.
Y vosotros venid, desventurados,
Aquí reuníos por la vez postrera,
Ya que queréis ser víctimas incautas
De una astuta traición, de una perversa
Trama que no alcanzáis. ¡Oh patria mía,
Digna de mejor suerte!... ¿Qué te espera
Después de tantos años de altas glorias?
Sólo torpe baldón, infamia eterna.
¡Infelices!... ¡Qué horror! No quiera el cielo
Que yo coopere á la desgracia vuestra...
¿Por qué la muerte perdonó mis días,
Cuando con fama y con honor muriera,
Y para presenciar tanto infortunio
Me conservó la mísera existencia?

ALGUNOS DEL PUEBLO.

¿Dudas del triunfo tú?

LARA.

¡Desventurados!

¿Quién es tan ciego que victoria espera?
¿Quién la debe esperar? Aragoneses:
¿No veis la horrible sima que está abierta
Bajo de vuestros pies?... Abrid los ojos,
Veréis cuán vana es toda resistencia
Contra el poder del triunfador Felipe,
Del bravo Vargas, de sus huestes fieras.
¿Qué recursos tenemos? ¿Con qué auxilios
Contamos para hacer una defensa,
Que os salve del rigor de un fiero asalto?
¿De Albarracín, de Teruel y Huesca
Confiáis acaso en las supuestas tropas
Con que os animan y que nunca llegan?
Lanuza, joven en su ardor primero,
Se envaneció sin consultar sus fuerzas,
Al ocupar el elevado cargo
De justicia mayor, que no debiera
Confiarse jamás ligeramente
A un mancebo sin canas ni experiencia.
Él de Aragón comprometió el sosiego,
Hizo odiosa la causa noble y buena
Que defender quisimos, y abusando
Del nombre de la patria, horrible guerra
Atrajo á Zaragoza, convirtiendo
En rebelión al Rey lo que defensa
Debiera ser de nuestras leyes sólo.
¿Qué personas, por dicha, veis de cuenta
Sus pendones seguir?... ¿Los magistrados,
Sacerdotes, prelados y nobleza
Los siguen por ventura? ¡Y la ignorancia



Apellida traición á la prudencia
De aquellos que evitar sólo pretenden
Los funestos horrores que nos cercan!
Volved atrás los ojos, ciudadanos;
Recordad el origen de esta guerra,
Y veréis que es salvar la infame vida
De Pérez, de un traidor, que es de la Iglesia,
Del Trono y del Altar vil enemigo.
¿Y hemos de perecer en su defensa?

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Por nuestra libertad, por nuestras leyes...

LARA.

Escuchad, escuchad. ¿Pensáis que intenta
Robároslas el Rey? ¿Pensáis, por dicha,
Que á intentarlo pudierais defenderlas?...

PUEBLO.

¡Lanuza!...

LARA.

¿Aun ciegos le aclamáis? ¡Lanuza!...
Toda vuestra esperanza tenéis puesta
En Lanuza... No debo, no, ocultaros
La alevosa maldad... la trama horrenda...
Estáis todos vendidos. Sí, vendidos...

PUEBLO.

¡Vendidos!

LARA.

¿No lo veis, oh gente ciega?

PUEBLO.

Y quién es el traidor?



LARA.

¡Temblad, cuitados!
Lanuza es el que os vende, y os entrega
Al justísimo enojo de un monarca
Poderoso, ofendido; él solo...

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Es negra
Calumnia.

LARA.

Sosegaos, oh compatricios,
Y no paguéis mi amor con tal ofensa.
Escuchadme y temblad. Y mis palabras
Desharán pronto la confianza necia
Que en un engañador tenéis cifrada,
Y que al desastre y perdición os lleva.

OTROS DEL PUEBLO.

Escuchémosle, pues.

LARA.

Sí; aragoneses:
Atentos escuchad, que os interesa.
Lanuza, si un momento pensó altivo
Defender á Aragón, ya no lo piensa.
Su pecho, que juzgabais duro bronce,
Se ha convertido pronto en blanda cera.
Y dió á la seducción grata acogida,
De una débil pasión infame presa.
Sabéis que adora á la gallarda Elvira,
Que en su palacio sin rubor se alberga;
Pues sabed que esa joven es la hija
Del caudillo sagaz que nos asedia.

Ahora patente miraréis la causa
De concederle entrar, de darle treguas,
De no impedir que el arrabal ocupe,
De retardar el paso á las banderas
Que alzaron las ciudades comarcanas;
Y de una vez oidlo, ¡oh trama horrenda!
Aunque visteis que habló con el caudillo
Manifestando arrojo y fortaleza,
En seguida con él y con la hija
Una entrevista celebró secreta,
Y yo le sorprendí, y otros conmigo,
Y que aquí mismo están.

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Estos serán los mismos que salieron con Lara en la última escena del acto anterior.

Amigos, ciertas
Son sus palabras.

LARA.

¿Qué esperáis ahora?

PUEBLO.

¡Es Lanuza traidor!

LARA.

¿Y duda os queda?
¿No escuchasteis há poco sus acentos,
Y cuál se opuso á quebrantar la tregua,
Como vos pretendisteis, disfrazando
Con capa de virtud y de nobleza
...s pérfidos intentos?... ¿No habéis visto
...mo ha salido de los muros fuera?
...ensáis que va á lidiar, á hallar la muerte?...

Sólo ponerse en cobro es lo que intenta,
Y dejaros expuestos á la furia
Y á los estragos de la horrible guerra.
Ya su dama tal vez está en seguro,
También Pérez huyó...; todos nos dejan,
Del temor del monarca, de la furia
De una tropa feroz mísera presa.

PUEBLO.

¡Qué horror!... Lara... ¿qué haremos?...

LARA.

¿Qué?... Ahora mismo
Abatir el pendón, abrir las puertas,
Al vencedor altivo humilde ruego
Rendidos dirigir. Dar la obediencia
Nuevamente al virrey y al arzobispo.
Podrá entonces el clero y la nobleza
Contener el furor de los soldados,
El perdón impetrar y la clemencia
Del gran Filipo, y Zaragoza salva
Y Aragón salvo de este modo sean.

UNOS DEL PUEBLO.

No corramos al muro.

OTROS.

Zaragoza
Ríndase al vencedor.



## ESCENA V.

LOS MISMOS.—HEREDIA.

HEREDIA.

¿Qué voz funesta
Hiere mi corazón, zaragozanos,
Y toda la ciudad confusa atruena?

ALGUNOS DEL PUEBLO.

¿A qué lidiar? Las armas arrojemos:
Ríndamonos al Rey.

HEREDIA.

¡Cielos!... ¿Qué aciertan
Á pronunciar vuestros infames labios?
¿Imagináis que un rey perdona ofensas?
¿Queréis vos mismos presentar el cuello
Al dogal del verdugo; entre cadenas
Ver los hijos, violadas las esposas,
En llamas la ciudad, casas y haciendas
Botín de forajidos, vuestra fama
En negro deshonor por siempre envuelta?
Ya no hay perdón. No le hay para nosotros,
Por más que los traidores nos le ofrezcan.
Sólo esperar nuestra salud nos cumple
De una firme y constante resistencia.

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Lanuza es quien nos vende.

HEREDIA.

Ciudadanos:

¡Qué horror!... ¿Tal proferís? Esas sospechas
De la misma virtud y patriotismo,
¿Quién es el alevoso que las siembra?
¡Lara, pérfido Lara!

LARA.

No me ultrajes:
El pueblo teme y con razón recela
De ese inconstante joven. Le hemos visto,
Con Vargas en oculta conferencia,
De su hija es amante... Su denuedo
Ha vacilado, consintió en la tregua.

HEREDIA.

Basta, basta, traidor; ya te comprendo.

LARA.

¿Te atreves?...

HEREDIA.

Por piedad no te atraviesa
El pecho vil, perjuro y delincuente,
El vengador acero, que en mi diestra
Arde para pavor de los traidores.
No le fulmino en ti, porque cubriera
Su lustre de baldón tu impura sangre,
Y mi cólera justa te desprecia.
Ciudadanos, seguidme al alto muro,
La lid y la victoria nos esperan;
Venid.

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Lanuza huyó.

HEREDIA.

¡Cuando afanoso

Vengo á que toméis parte en sus excelsas
Hazañas, le insultáis!... Él denodado
En ese campo con ardor pelea,
Y las contrarias huestes destrozadas
Huyen despavoridas y deshechas
Á su ilustre valor y noble brío,
Que todo lo destroza y atropella,
Y por su bizarría queda libre
Zaragoza ahora mismo; ¿y hay en ella
Quien mancillar pretende su heroísmo?...
¿Y prestáis atención á tan perversas
Sugestiones? Venid, tengamos parte
En la victoria. ¿No escucháis cuál truena,
En las murallas el preñado bronce,
El triunfo asegurando? No se pierda
Tan feliz ocasión...

## ESCENA VI.

LOS MISMOS.—VELASCO.

VELASCO.

En vano, amigos,
Es ya oponer inútil resistencia;
Por do quier la victoria se declara
En favor de Castilla.

HEREDIA.

¡Horrible nueva,
Velasco!

VELASCO.

Hace un momento que Lanuza
Arrollaba esforzado las banderas
Del Rey en la llanura. Mas de pronto
Envuelto se encontró por dobles fuerzas,
Y cargado y deshecho se retira
Á buscar en los muros su defensa;
Mas al verle desmayan las escuadras
Que ocupan temerosas las almenas.
Por toda Zaragoza el miedo cunde,
Y gritos lastimosos doquier suenan,
Y al paso que se aumentan las legiones
Del Rey cubriendo las cercanas vegas,
El horrendo cañón por todos lados
El muro rompe y la ciudad asuela.
Un espantoso asalto nos aguarda,
Y ya no hay salvación.

HEREDIA.

¡Suerte tremenda!

LARA.

¿Lo veis, lo veis?

PUEBLO.

Huyamos.

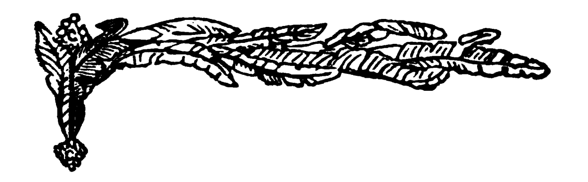
HEREDIA.

¿Qué es la fuga,
Ó por dónde pensáis el emprenderla?
Muramos con honor...; aún nuestro arrojo
Y desesperación tal vez pudieran
Arrebatar el lauro y la victoria
Al odioso enemigo; y si obtenerla

No pueden nuestros últimos esfuerzos,
El que valiente fuere, al campo venga,
Y sígame á cumplir su juramento
Y á morir como bueno en la pelea.

FIN DEL ACTO CUARTO.





# ACTO QUINTO.

Salón de la casa de Lanuza.

## ESCENA PRIMERA.

ELVIRA.

¡Qué lúgubre quietud, aún más horrenda
Que del combate el espantoso estruendo
Para mi corazón!... ¿Vive Lanuza?...
¿Vive mi padre?... De indagarlo tiemblo.
¡Ay! ¿á cuál de los dos verán mis ojos,
Tinto en sangre del otro el duro acero?
¿Ambos existirán?... ¡Plegue á la suerte!
Mas ¡ay, mísera yo! ¿qué es lo que espero
Si para mí, infeliz, ya no hay más dichas,
Ni calma, ni quietud para mi pecho?
Vencido ó vencedor en esta lucha
Ó el padre quede ó el amante... ¡Cielos!
Llorar y aborrecer es mi destino,
Y desesperación y luto eterno.
¿Mas quién se acerca?... ¿Quién por este lado
Se atreve á penetrar?... ¡Heredia!... ¿Es cierto?

## ESCENA II.

ELVIRA.—HEREDIA.

HEREDIA.

Cayó Aragón, Elvira; los cobardes
Aun antes de lidiar viles huyeron,
Los esforzados á la atroz cuchilla
Del vencedor audaz rinden el cuello,
Y triunfan orgullosos los traidores.
Ya no hay patria ni honor... ¡Ah!... ¡Y yo no
[encuentro
Honrada muerte!... En vano la he buscado
En la común rüina. Combatiendo,
La horrible confusión por estas calles
Me arrastró de la lid. Cuando me encuentro,
Rota la espada que arrancó cien vidas,
En el jardín de este palacio. Y vengo
Á buscar á Lanuza, y á su lado
Como noble á morir.

ELVIRA.

¡Oh Dios eterno!
¿No habéis visto á Lanuza?... ¡Heredia! ¡amigo!
Decidme... ¿Por ventura esperáis verlo
En este sitio... ó esperáis...?

HEREDIA.

Elvira:
Tener noticia de él esperé al menos.

Yo el adarve ocupaba con los viles
Que debieran morir ó defenderlos,
Cuando salió Lanuza denodado
Á trabar el combate en campo abierto;
Y al frente de los bravos escuadrones
Le vi blandir el refulgente acero,
Y sembrar el espanto y exterminio
En las haces contrarias, cuando el eco
De atroz conjuración, que reventaba
Por toda la ciudad, pasmado advierto:
Corro á la plaza, animo á los leales;
Al mirarme se aterran los perversos,
Un momento no más, y cuando al muro
La muerte ansiando apresurado vuelvo,
Ya no distingo amigos ni enemigos,
Y ni á Lanuza ni á los suyos veo,
Sino matanza, confusión, estrago.
La espada empuño con feroz despecho,
Y ni conozco contra quién la esgrimo,
Ni quién se me resiste, ni á quién hiero,
Hasta llegar aquí... ¡Dios! ¡Cruda suerte!
¿Por qué no he perecido entre los buenos?
¿Y vos no sabéis nada?... Que ha cesado
El combate, demuestra este silencio
Pavoroso, terrible... ¿Y de Lanuza
Noticia no tenéis?

ELVIRA.

En el momento
Que en las vecinas calles, de las armas
Escuché pavorosa el ronco estruendo,

De este palacio á la alta galería
Que da á esa plaza me asomé, y tendiendo
La ansiosa vista, muerte y exterminio
Y humo y ruina y espantoso fuego
Y polvo y confusión mire doquiera.
Mas distinguir apenas los objetos
Pudo mi turbación, cuando de pronto
Cesó el rumor y el humo, y sólo veo
Cadáveres horribles, negra sangre,
Y la plaza llenarse de guerreros
Castellanos en orden, que gritaban:
«Victoria, ¡viva el Rey! El triunfo es nuestro.»
Aterrada y exánime, los ojos
A todos lados trémula revuelvo,
Y ni entre los montones de difuntos,
Ni entre las huestes, á Lanuza advierto,
Cuando de pronto miro á los soldados,
De la ancha plaza levantar en medio
Un cadalso...

HEREDIA.

¡Qué horror!

ELVIRA.

Y estremecíme,
Y de horrible pavor y espanto lleno
Mi infeliz corazón, despavorida
Del alto corredor huyo, y desciendo
Á este lugar...

HEREDIA.

¡Gran Dios!... ¡Desventurada!
¿Un cadalso?... ¡Qué horror! ¡Ah! No, no ha mu[illegible]o

Lanuza en el combate... ¡A Dios pluguiera
Muriese en él!

ELVIRA.

Al escucharos tiemblo...
Mas ¿qué rumor...?

HEREDIA.

El vencedor altivo,
Vuestro padre, señora.

ELVIRA.

¡Oh cuánto temo
Su vista! Y vos, huid; huid, amigo:
Salvaos, por piedad.

HEREDIA.

¿Qué estáis diciendo?
Morir es un deber: huya el que estime
En más la vida que el honor. No quiero
Vivir para mirar mi patria amada
Opresa, esclava entre afrentosos hierros.

Se lo llevan los guardias.

## ESCENA III.

HEREDIA.—ELVIRA.—VARGAS.—LARA.—VELASCO.
Soldados castellanos.

VARGAS.

Que la vecina plaza en torno ocupen
Las tropas y cañones, sin que al pueblo
Se deje penetrar en su recinto.

Que en alcance de Pérez salgan luego
Seis veloces caballos escogidos:
En la vecina cárcel por momentos
La vigilancia auméntese, y á ella
Sean conducidos de cadenas llenos,
Como Lanuza, sus parciales todos.

HEREDIA.

Vedme, aquí me tenéis, contadme en ellos.

VARGAS.

¿Y qué hacéis vos aquí?

HEREDIA.

¿Qué?... Aborrecerte,
Y mi tajante espada echar de menos;
Que á tenerla en la cinta, ya estuviera
Teñida en sangre vil de esos perversos
Y en la tuya también.

VARGAS.

¡Traidor!

HEREDIA.

¿Me insultas
Cuando me ves sin armas?

VARGAS.

Y tu necio
Orgullo ¿qué pretende?

HEREDIA.

Morir sólo,
Con Lanuza morir sólo pretendo;
Ansío la muerte.

VARGAS.

La tendrás al punto:

A la vecina cárcel vaya preso,
Y al lado de Lanuza su altiveza
Yazca abrumada de pesados hierros.

## ESCENA IV.

ELVIRA.—VARGAS.

VARGAS.

Hija, llega á mis brazos.

ELVIRA.

¡Padre! ¡Padre!

VARGAS.

Tu parabién por mi victoria espero.

ELVIRA.

Tened piedad de vuestra triste Elvira;
No desgarréis su acongojado pecho.

VARGAS.

Hija, modera tu aflicción; triunfantes
Del Rey, nuestro señor, las armas vemos,
Y es un delito en tan glorioso día
Ostentar desplacer y sentimiento.

ELVIRA.

¿Y podéis exigir ¡ay! que renuncie
Mi triste corazón á los afectos
De sensibilidad y de ternura,
Que le inspirasteis en mis años tiernos?
Ianchado os miro en inocente sangre,
ebelador de un miserable pueblo;
Ialdito, odiado...

VARGAS.

Cesa: disculparte
Puede de tu dolor sólo el exceso;
El que á los Reyes sirve debe...

ELVIRA.

¡Oh padre!
Debe de ser cruel, ya lo estoy viendo,
Y sordo á la amistad y á la ternura,
Insensible...

VARGAS.

Modera tu ardimiento;
En mí respeta á un padre... que amoroso
Perdona tu imprudente desconcierto.
Elvira, torna á tu inocente calma,
Y tranquilice la razón tu pecho.
Considera las altas distinciones,
El favor, la riqueza con que espero
Recompensado ser. Todo, hija mía...

ELVIRA.

¿Qué pronuncias, señor? Yo lo desprecio
Todo. ¡Qué horror!... Sí, todo. Padre, padre,
¿Hablarme osáis de un galardón funesto?
Sólo quiero la muerte ó mi Lanuza.

VARGAS.

¿Y aún le nombras?

ELVIRA.

¿Y debe sorprenderos
Que mi labio le nombre, si le adora
Mi corazón amante y lo contemplo
Como un deber?...



VARGAS.

¡Oh Dios!

ELVIRA.

Sin él la muerte,
La muerte os pido... Recordad, os ruego,
Que vos para mi esposo le elegisteis:
Recordad que inspirasteis en mi pecho
Esta pasión por vos funesta ahora,
Y que va á hundirme en el descanso eterno.
¡Oh padre!... ¿No tembláis? Ved vuestra hija
Vuestras plantas regar con llanto acerbo.
¡Ah!... Volvedme mi bien ó dadme muerte;
Arrancadme esta vida que aborrezco...
Compadeced mi suerte.

VARGAS.

¡Hija adorada!

ELVIRA.

Recordad el cariño dulce y tierno
Con que la educación que os ha debido
Siempre os pagó, de gratitud modelo.
Recordad la amistad, la amistad pura
Que con su honrado padre tanto tiempo
Os estrechó, señor, y no en olvido
Dejéis que designado por vos mesmo
Para mi esposo fué. Ni la ternura,
El afán cariñoso y el desvelo,
Que desde mi venida á este palacio
su madre infeliz, yo, triste, debo.
ecordad sus virtudes.

VARGAS.

¿Por qué altivo
Contra su Rey...?

ELVIRA.

Un joven inexperto,
Zaragoza... Aragón... España toda...

VARGAS.

Sabes cuánto le amé... Mas yo no encuentro...

ELVIRA.

¡Sí! Recordad que mi adorada madre
En el fatal tristísimo momento
En que la muerte atroz nos la robaba,
Al darme el dulce abrazo postrimero,
Con labio balbuciente: «Esposo, os dijo,
Á la tumba conmigo el placer llevo
De saber que mi Elvira y su Lanuza
Serán de tu vejez dulce consuelo.»
Padre, padre, cumplid...

VARGAS.

Cesa, hija mía,
Voy á hacer por tu amor cuanto hacer puedo.
¡Hola, Rodrigo! (Entra un soldado castellano.)
Á este lugar conduce
A don Juan de Lanuza en el momento.

ELVIRA.

Ahora á mi amado padre en vos conozco,
Vos mi esperanza sois... ¡Oh, cuánto os debo!

VARGAS.

No tan pronto, mi Elvira, á la esperanza
Entrada des en tu angustiado pecho:



Tal vez tu amante mismo ¡ay, hija mía!
Hará inútiles todos mis esfuerzos
Por salvarle.

ELVIRA.

Si en vos consiste sólo,
¿Quién podrá contrariar vuestro deseo?...

VARGAS.

Sus virtudes.

ELVIRA.

¡Señor!... ¿Qué?... ¡Sus virtudes!

VARGAS.

Suele ser la virtud un dón funesto,
Tal es del mundo el mísero destino.
Tú sola acaso puedes con tus ruegos
Persuadirle á ceder. Pues si persiste
Rebelde y contumaz, nada hacer puedo:
Mi obligación primera es, hija mía,
Cumplir de un Rey airado los preceptos.

ELVIRA.

Allí viene... ¡Oh dolor!... Ved vuestro amigo,
Miradle entre cadenas.

VARGAS.

¡Dios eterno!
¡Cuál me turbo al mirarle!

## ESCENA V.

ELVIRA.—VARGAS.—LANUZA, con cadena.
Soldados castellanos.

ELVIRA.
Abrazándole.

¡Oh, mi Lanuza!

LANUZA.

¡Elvira!... ¡Oh Dios! Contén, yo te lo ruego,
Contén el llanto que ablandar pudiera
Un corazón de redoblado acero.
No enerves con tus lágrimas el mío,
Mansión de la constancia y del esfuerzo.

ELVIRA.

¡Lanuza!... ¡Oh Dios!

LANUZA.

¡Cuánto anhelaba verte!
¡Ya recibí tu abrazo postrimero.
Tranquilo moriré.

ELVIRA.

¡Ah!... ¿Qué pronuncias?
¡De horror me pasmo!... ¡De terror me hielo!

LANUZA.
A Vargas.

Y vos, ¿qué me queréis? Ya en esa plaza
He visto el sitio infame, que yo debo
Con mi sangre ilustrar. A él me conduce;

De morir por mi patria estoy sediento.
Sáciese del tirano la venganza,
Y despierte tal vez la de los cielos.
¿Por qué tardáis?

VARGAS.

Hace señas á los soldados y se retiran.

Lanuza, ¿has olvidado
Mi amistad, mi cariño, el dulce tiempo...?

LANUZA.

Sí, todo lo olvidé: sólo á mi patria
Opresa, esclava, entre cadenas veo.
Y si vuestra amistad, y si los nudos
Que nuestras casas enlazar debieron,
No quise recordar, como advertiste
Esta mañana, en este sitio mesmo,
Cuando muy superior á vos me vía,
Cuando os juzgaba honrado caballero;
Ahora que estoy cargado de cadenas,
Y que á mi vencedor en vos contemplo,
Y que os he visto pérfido y aleve,
Ministro al fin de un déspota soberbio,
Los pactos infringir, de las virtudes
Fiero abusar de un inocente pueblo,
Y sordo á la razón y á la justicia
Viles tramas urdir para vencerlo,
¿Me juzgáis tan indigno de mi nombre,
Que de vuestra amistad tenga recuerdos,
que apele á unos vínculos ya rotos
ra endulzar mi suerte y conmoveros?
esgraciado opresor!

VARGAS.

¡Hijo!... ¡Lanuza!
Compadece á tu amigo el más sincero,
Y no le insultes. De tu anciano padre
La íntima unión conmigo acuerda al menos.
Y si esto no bastase, que tu Elvira,
Que esa inocente es hija mía.

LANUZA.

¡Oh cielos!...
Cesad, cesad, señor; vuestras palabras
Derraman un mortífero veneno
Sobre mi corazón. Alfonso Vargas,
Respetad la virtud.

ELVIRA.

¿Y esperar puedo
Que mi constante amor y mi ternura
Y mis amargas lágrimas y ruegos
Logren de ti esta vez...?

LANUZA.

Elvira, Elvira:
Tu amor, tu dulce amor es el consuelo
De mi alma toda. Y á la tumba helada
Llevo el grato placer de merecerlo.

ELVIRA.

¡A la tumba!... ¡cruel!... ¿Y qué, bastante
Mi amor no podrá serte por lo menos
A hacerte la existencia amable y grata
Y á querer conservarla?... ¡Ah! Si mis ruegos...

LANUZA.

Si conservar la vida yo intentase



Por tu amor, fuera indigno de obtenerlo.
Si coronar pretendes mi ternura,
Si pagar fina de mi amor el fuego,
Debilitar mi decisión no intentes.
Respeta la constancia y el denuedo
Con que manifestar al orbe todo
Sin duda hoy mismo como noble debo,
Que los que lidian por la madre patria
Y por la libertad, aunque su esfuerzo
El destino contraste, nunca deben
Transigir con los déspotas, muriendo
Antes que sucumbir...

ELVIRA.

¡Basta, Lanuza!
Padre... ¿lo oís? ¡Oh Dios!

VARGAS.

*Para sí.*

¡Cuál me avergüenzo
De escuchar sus palabras!

ELVIRA.

¡Cruel estrella!
¿Con que anheláis la muerte?...

LANUZA.

Sí, la anhelo.

VARGAS.

Y yo salvar tu vida, cual merece
Tu virtud eminente; sí, lo quiero.

LANUZA.

¿Queréis mi vida conservar?...

VARGAS.

Lo juro,
Lo juro, hijo adorado, por el cielo,
Por los días preciosos de esta hija
Que á ser tu esposa destinó mi afecto.
Lo juro...

LANUZA.

Basta: retiraos al punto
De esta infeliz ciudad; vuelvan los tercios
Del rey Felipe á tierra de Castilla;
Quede libre Aragón; y los perversos
Traidores que os han dado la victoria
A mi enojo entregad: y al punto acepto
La vida que me dais.

VARGAS.

Joven Lanuza,
¿Estáis en vos?... Pensad.

LANUZA.

Ya nada pienso;
O hacer lo que os propongo, ó al cadalso
Llevadme sin tardar.

ELVIRA.

¡Oh Dios eterno!
Escuchad de mi padre las palabras
Si me amáis; escuchadle, yo os lo ruego.

LANUZA.

A Vargas.

Decid, pues.

VARGAS.

¡Oh Lanuza! No desprecies

Mi paternal cariño, y el deseo
Que de salvar tu inapreciable vida,
Y de enlazarte con mi Elvira tengo.
Calla, no me interrumpas, y un instante
El juvenil arrojo de tu pecho
Calma, y escucha, advierte lo imposible
De poder acceder yo á tus deseos.
Examina, examina tus propuestas
Y lo conocerás. Otro sendero
Más fácil y expedito de salvarte,
Si adoras á mi Elvira, te presento.

LANUZA.

¡Dios bondadoso!... ¡Elvira idolatrada!

VARGAS.

Tu virtud, tu valor, tu ilustre celo
No pueden ya empañarse. Si la suerte
Tan noble decisión miró con ceño,
No es culpa tuya, no. Tú combatiste,
Tú resististe con heroico esfuerzo,
Tú has defendido con ardor tu patria,
Tú has sido abandonado por el pueblo.
¿Te resta algo que hacer? Todo lo hiciste.
Pues ya de la prudencia los consejos
Debes seguir, y la prudencia manda
La vida conservar para otro tiempo.
Con tu muerte Aragón nada consigue,
Y sólo va á servir de horrible ejemplo.
Conserva, pues, tus días, que lograrlo
Puedes sin mancillar tu nombre egregio
El cargo de Justicia, que ejercías

Por voluntad de un sublevado pueblo;
Haz la renuncia en mí, y orden circula
A todas las ciudades de este reino
De hacer pleito homenaje al rey Felipe,
Renunciando las leyes y los fueros
Que ya estaban hundidas y olvidados,
Y que ahora por la fuerza los perdieron;
Y salvaré tu vida, y del Monarca
El perdón...

LANUZA.

¡El perdón!

ELVIRA.

Sí...

LANUZA.

Ya más tiempo
No me es dado sufrir vuestra osadía.
¡Perdón! ¿Y habláis conmigo! ¡Oh vilipendio!
¿En insultarme os complacéis, malvado?

VARGAS.

¡Lanuza!

LANUZA.

¡Monstruo!

ELVIRA.

¡Oh Dios! De verle tiemblo.
¡Padre!

VARGAS.

Cierta es su muerte, sí, hija mía.

ELVIRA.

¡Qué horror!... ¡Ay!



VARGAS.

Evitarla ya no puedo.

LANUZA.

¿Pretendéis que autorice del tirano
La vil usurpación?... ¿Queréis que el velo
De una inicua renuncia ante los ojos
Del mundo cubra la opresión de un reino,
Y la autorice? Ved, ved cuál vos mismo
Sentís un interior remordimiento
Que procuráis calmar, mi honor manchando
Y haciéndome á la par cómplice vuestro.

VARGAS.

Ved que al punto la muerte...

LANUZA.

¡Oh dulce muerte!
Conserve yo mi honor, y venga luego.
Impaciente la aguardo.

## ESCENA VI.

LOS MISMOS.—VELASCO.

VELASCO.

Ínclito Vargas:
¿A qué esperáis? Sus rayos postrimeros
unde el sol en ocaso. En Zaragoza
: advierte conmoción. Si algún ejemplo
e castigo y terror no la escarmienta,



Nuevos desastres esta noche temo;
Apresurad, señor...

VARGAS.

¡Ya no es posible!
El mandato del Rey cúmplase luego.

LANUZA.

Sí, llevadme al cadalso. ¡Noble muerte
Que va á poner á mi constancia el sello!
Y tú, traidor, dirásle de mi parte, (A Velasco)
Si osas nombrarme, al infelice pueblo,
Que, pues para morir como Numancia,
Como hombres libres les faltó el esfuerzo,
No acrecienten sus males por ahora
Y para otra ocasión guarden su aliento,
Pues al fin la virtud triunfará un día
Y no serán los déspotas eternos.

VARGAS.

¡Guardias!

Entran soldados castellanos.

ELVIRA.

¡Oh Dios! ¡Lanuza! ¡Padre mío!

VARGAS.

Hija, él lo quiere.

LANUZA.

Elvira, sí; lo anhelo.

A los soldados que acaban de entrar.

Vamos, llevadme, pues, fieros ministros
De la opresión. Llevadme do sereno
Mi vida dé á la patria, y á los hombres
De decisión y de constancia ejemplo.



Y tú, infeliz fautor del despotismo; (A Vargas.)
Tú, infame y degradado caballero,
¿Osas mirarme con tranquila frente,
Cuando me ves triunfar entre estos hierros
De Felipe y de ti?... Mas no, que tiemblas,
Y tiemblas de pavor y de despecho,
Y tu traición con mi lealtad comparas,
Y mi virtud veneras en silencio.
Llevadme. ¿Qué tardáis?

VARGAS.

Sí, con su muerte
Se asegure Aragón.

ELVIRA.

¡Oh Dios eterno!
Padre, ¿qué pronunciáis?... ¡Mísera suerte!
¡En un cadalso! ¡En un cadalso!... ¡Cielos!

LANUZA.

El cadalso es infame solamente
Para el que ante la ley se encuentra reo;
Pero cuando venganza de tiranos
El mundo le contempla, es monumento
De gloria, es un altar honroso y santo.

VARGAS.

Amigos, ya lo veis; aseguremos
Del Rey el Trono con su muerte. Sea.

LANUZA.

¿Piensas que, al morir yo, todos los buenos
[m]ueren también?... Al punto conducidme;
tú sal, y presencia cómo muero. (A Vargas.)
ve á decirle á tu feroz Monarca,

Para que tiemble en su dosel soberbio,
Que en mí no se concluyen los valientes,
Ni va á extinguirse, al dividir mi cuello,
La estirpe generosa de esforzados
Que ansían dar la libertad al suelo.
Si el fuego del honor que ardió en Padilla
Tornó á inflamarse en mi ardoroso seno,
También mi pura sangre derramada
Se verá renovada en otros pechos,
Que acaso lograrán la insigne empresa
De hacer á España libre. Sí, mis restos,
Mis restos gloriosos tal vez pueden
Germinar una raza de alto esfuerzo,
Que humille al ominoso despotismo;
Y un día llegará, ya lo preveo,
Que venzan la razón y la justicia,
Y en que de la maldad triunfen los buenos,
Y rotas las cadenas del oprobio
Goce la libertad el orbe entero.
¡Oh placer! Ya se acerca presuroso
Este anhelado y venturoso tiempo.
Y la gloriosa España la primera
Dará el grito que salve al universo.
¡Oh esperanza feliz y deliciosa!
Que cumplida serás, piadoso el cielo
Me lo asegura. Entonces, patria mía,
Recuerda que por ti gozoso he muerto.

VARGAS.

Al punto sea.



ELVIRA.

*Cayendo en brazos de Vargas.*

¡Bárbaro!

VARGAS.

¡Hija mía!

## ESCENA ÚLTIMA

VARGAS.—ELVIRA.

VARGAS.

¡Infelice de mí!... ¡Destino horrendo!
Del que á servir á la opresión se presta,
Este es el galardón, éste es el premio:
Ver la heroica virtud en el cadalso,
Y á la inocencia hundida en el despecho.

1822.



# LEYENDAS



# PRÓLOGO

LAS tres siguientes composiciones son las últimas que hasta ahora ha producido el fecundo ingenio poético del Duque de Rivas: una de ellas, la titulada *El Aniversario*, lleva la fecha de este mismo mes de Mayo, en que escribimos estas breves líneas para el tomo III de sus obras, que ya se está imprimiendo. Son, pues, estas leyendas la verdadera expresión, ó en otros términos, la medida exacta de lo que representa y vale *hoy* su autor, considerado como poeta; y el lector, que en los dos tomos anteriores ha ido siguiendo el sucesivo desarrollo de las facultades poéticas, del gusto y de las ideas del Duque de Rivas, puede ya abarcar de una ojeada el camino entero que han recorrido y las transformaciones todas que han experimentado aquellas facultades, aquel gusto y aquellas ideas desde los clásicos ensayos líricos de 1806, hasta las atrevidas concepciones de 1854. En este período de casi medio siglo, la diferencia entre las primeras y las últimas, literaria y filosóficamente consideradas, es todavía mayor que la distancia material que las separa en el or-

den de primogenitura: en nada, absolutamente en nada se parecen unas á otras. La inspiración del poeta ha tomado formas enteramente nuevas desde que, sacudiendo el yugo de la rutina y de las tradiciones de escuela, empieza á campear libre, altiva y ufana por los espacios de la fantasía, dirigida ya sólo en su rápido vuelo por el estudio directo de la Naturaleza y por el conocimiento práctico de la vida; pero en esta transformación, tan evidente que ni aun necesidad hay de hacerla notar, pues salta á la vista, y tan natural en sí misma, además, que de igual manera se observa en la mayor parte de los poetas de su tiempo, por lo cual no podemos considerarla como un rasgo característico en nuestro autor, hay sin embargo una circunstancia especialísima que debemos advertir; circunstancia tan marcada en él, que acaso en ningún otro poeta antiguo ni moderno aparece visible en tan alto grado. Hablamos de aquella facultad extremadamente rara en los dominios de la inteligencia, que nosotros llamaríamos de buena gana la *longevidad del ingenio*, y de la cual es el Duque de Rivas un ejemplo extraordinario. Por nuestra parte, y somos de los más sinceros aficionados de su talento poético, lo que sin embargo de todo nos parece más digno de admiración cuando consideramos el conjunto de sus producciones, es esa arrogante pompa, esa lozanía eminentemente juvenil que las caracteriza á todas de igual manera, lo mismo á las que datan de sus más verdes años, que á las que hoy, ya en edad por lo común cansada y estéril de flores literarias, brotan de su imagina-



ción con abundancia y espontaneidad verdaderamente pasmosas. La imaginación del Duque de Rivas tiene siempre veinte años: la misma savia circula hoy por sus venas, y con el mismo vigor que hace cincuenta años; el invierno de su vida es una feracísima primavera. No conocemos organización poética más completa, más rica y exuberante que la suya: su numen, en vez de decaer con el roce de los años, parece como que va adquiriendo de cada vez nuevos bríos y juventud nueva. El Duque de Rivas es el Ticiano de la poesía. Así, en las tres leyendas que, como hemos dicho, son hasta el presente sus últimas producciones, hay en nuestro sentir más calor de imaginación, más gala en el lenguaje, más sentimiento de la belleza, y, en suma, más *poesía*, más *inspiración* que en sus primeras obras, incluso el *Moro expósito*, que compuso siendo joven; incluso la *Florinda*, fruto aún más temprano de su fecundo estro.

La *leyenda*, en la acepción inmediatamente tomada del francés que hoy se da entre nosotros á esta palabra, cuyo significado en castellano no corresponde, según la Academía, al que en ella tiene, es un género de composición nuevo en España, ó, mejor dicho, es una forma poética recién importada, un *nombre* nuevo y nada más; pues en cuanto á la índole de las composiciones hoy designadas con él, no sólo fué conocida de nuestros poetas desde la formación del habla vulgar, mas constituyó en todo tiempo nuestra verdadera poesía nacional bajo el dictado de *romance*. ¿Qué otra cosa son, si no, nuestros romances, más que verda-

deras leyendas? ¿Qué son éstas, tales cuales hoy se usan, sino verdaderas novelas en verso, históricas ó fantásticas? Salvo la variedad de metros, no vemos la menor diferencia entre cualquiera de las antiguas historias ó de las tradiciones celebradas en los Romanceros, y la que con el título de *Maldonado* nos cuenta en preciosos versos el Duque de Rivas. Él mismo dió el título de *leyenda* á su célebre novela en romances del *Moro expósito;* siendo, si no estamos engañados, el primero que introdujo entre nosotros esta palabra en la acepción que hoy ha venido á ser de uso corriente. Sin vituperar la adopción del nuevo vocablo, porque, á más de expresivo y hermoso, es de buena formación, hagamos sólo constar que no era de necesidad absoluta, y que al cabo se ha abusado de él, como de todo, bautizando con este nombre insulsas y desatinadas consejas; y como sea muy cierto el proverbio francés que dice: *le nom ne fait rien à la chose*, pasemos en buen hora por el dictado exótico de *leyendas*, y convengamos en que, llámense como se quiera, son estas composiciones, en manos del Duque de Rivas, una de las más sabrosas lecturas con que puede recrear sus ocios un aficionado á la poesía. Interés grande en su argumento; escenas dramáticas preparadas con rara habilidad; descripciones llenas de vida; diálogos rápidos, discretos, apasionados; en suma, *todos* los atractivos juntos de *todos* los géneros de poesía coadyuvan á la sensación deleitosa que producen estas privilegiadas composiciones; privilegiadas, en verdad, porque semejantes á los ramilletes, se forman reunien



do para ellas lo mejor de cada una de las distintas especies de flores que crecen en los verjeles de la poesía. Si se nos preguntase cuál de estas tres *leyendas* nos parece la mejor, nos miraríamos mucho en ello antes de contestar, por cuanto las bellezas que respectivamente las avaloran en diferentes conceptos, están bastante equilibradas para que sea lícita la duda; mas si la pregunta fuese ¿cuál de ellas nos gusta más? responderíamos sin titubear: el *Maldonado*. En esta composición hay todo lo que puede y debe exigirse de las de su clase, en lo cual contamos por primeras condiciones, como en los dramas, el interés de la acción, y como en las novelas, la verdad de los caracteres. La acción de este poemita nos parece la mejor ideada de las tres: todo allí es natural y verdadero, lo que de ningún modo excluye el que todo sea poético; muy al contrario. El almirante Pérez de Aldana es una noble y hermosa figura, tipo excelente de la antigua caballerosidad española.

*La Azucena milagrosa* y *El Aniversario* son dos acabados modelos en el género fantástico, hábilmente mezclado con la vida real, á la manera que se ve en los poemitas de Walter Scott, donde reviven llenas de interés y de verdad las tradiciones populares de la Edad Media con todo su maravilloso aparato de fantasmas, duendes y aparecidos. Hablando de la primera, á los pocos días de publicada, decíamos en *La España* del 10 de Julio de 1851, al oncluir una breve reseña de su asunto y de us principales bellezas: «*La Azucena milarosa*, por su interesante y bien desarrollado

argumento, como por las galas y pureza de su dicción, descubre la mano de un maestro consumado. Creemos que sobrevivirá, entre otros méritos, por su elevado estilo y noble entonación, dotes preciosas y hoy harto olvidadas, como una de las más bellas flores que adornan la corona poética del Duque de Rivas.»

La tradición en que se funda la tercera de estas leyendas, la menos esmerada en su forma, es una de las más admirablemente bellas que conocemos: sacada de una antigua crónica de Badajoz, lleva en sí un carácter tal de grandeza y terror al mismo tiempo, que no es posible pensar en ella sin sentirse profundamente sobrecogido. Aquel templo lleno de improviso con las sombras de los antiguos conquistadores de la ciudad; aquel celebrante que, cumplida su misteriosa misión, cae muerto cual si le hubiera herido un invisible rayo, son imágenes cuya grandiosa novedad pasma y aterra: no tiene la Edad Media, tan rica de tradiciones poéticas, otra que lo sea más que ésta, ni acaso tanto. El contraste entre la última escena de este tremendo drama y las dos anteriores que preparan su desenlace, da á éste un realce indecible: desde el alcalde cogido y volteado por un novillo de cuerda, hasta el sacerdote que

«En la desierta catedral, en donde
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,
Y cuya soledad lo asombra y pasma,
Entra despavorido»,

hay toda la distancia que separa á la materi
del espíritu, á la tierra del cielo. Y hé aq



condensado, digámoslo así, en una breve composición, el carácter esencial de la poesía del Duque de Rivas, desde que empezó á campear libre de trabas y á vivir con su vida propia: esa poesía lo recorre, lo abarca todo; no reconoce límites convencionales ó de escuela, antes parece como que se complace en los *contrastes*, copiando en esto á su gran maestra la Naturaleza, ¡tan rica de ellos! Así le vemos mezclar en uno todos los géneros, emplear alternativamente todos los tonos: cuando pudiera creerse que de puro llano va á caer en prosaico, da un salto y se remonta al más delicado idealismo. Sus obras dramáticas, testimonio insigne de esta verdad, la atestiguan todavía menos que sus *leyendas*. Recórralas el lector y juzgue: de seguro nos dará la razón,

Mayo de 1854.

EUGENIO DE OCHOA.





# LEYENDA PRIMERA

## LA AZUCENA MILAGROSA

DEDICADA Á DON JOSÉ ZORRILLA

### INTRODUCCIÓN

Si envolviste mi nombre en el perfume
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (*),
En donde se compendia y se resume
Toda la gala de tu rica vena;
De agradecida mi amistad presume,
Y mi voz, aunque ya cascada suena,
El dón te ofrece de sabroso cuento,
A quien da otra azucena el argumento.
No es contender ni competir contigo,
En quien de Calderón arde la llama;
Que solamente admiración abrigo
Por tu renombre y brilladora fama:
Pues raros hay que desde tiempo antigo
Merezcan como tú la verde rama,

(*) Zorrilla había dedicado pocos meses antes al autor ı leyenda titulada *La Azucena silvestre.*

Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.
¿Ni cómo competir numen helado,
Que al occidente rápido declina,
Con el que joven en zenit sentado,
Bebe del sol la inspiración divina?...
Oiga tu acento el orbe entusiasmado,
Las nubes cruza, entre los astros trina;
Mientras tocando el fin de mi vïaje,
Doy tibia luz á un pálido celaje.
Fe santa y verdadero patriotismo
Dieron voz á los bélicos clarines,
Despertando el valor y el heroísmo
De los nobles hispanos paladines,
Para lanzar el torpe mahometismo
Que aun del reino asombraba los confines,
Y plantar de Granada en el turbante
La bandera del Gólgota triunfante.
Resonó por los ámbitos de España,
Que el mar circunda y el Pirene cierra,
Conmoviendo hasta la última cabaña,
El santo grito de tan justa guerra.
Y llegó pronto á una feraz campaña,
Que en torno abriga de León la sierra,
De Nuño Garcerán antiguo estado,
Por sus mayores con valor fundado.
Sobre gigante loma que domina
Obscuro el bosque, fértil la llanura,
Y un hondo y ancho valle, en que camina
Torrente fugitivo de la altura,



El almenaje carcomido empina,
Y timbres y follajes de escultura,
Como solo señor de aquel espacio,
Presumiendo de alcázar, un palacio.
Toscos los muros son, pero en su seno
Ofrecen comodísima vivienda,
Con jardín á su espalda tan ameno,
Como huerto de mágica leyenda.
Pues de arbustos y varias flores lleno,
Y cortado por una y otra senda,
Ostentaba á la vista y al olfato
Brillantes tintas y perfume grato.
Y el sabroso rumor de la sonrisa
De una fuente de mármol que chispea,
Y el murmullo apacible de la brisa,
Y el de las verdes ramas que menea;
Y Eco, que los repite en voz sumisa,
Y el ave que en los álamos gorjea,
Formaban deliciosa consonancia
Con selvas y torrentes á distancia.
Larga cadena de empinados riscos,
Ó más cerca ó más lejos del palacio,
Coronados de encinas y lentiscos,
Circundan de su término el espacio.
Y desnudas de chozas y de apriscos,
Mas no de nieves del invierno rehacio,
Cierran en derredor los horizontes
Rudas cervices de gigantes montes,
Que ofrecen en sus quiebras y recuestos
jercicio á los perros y neblíes;

Garzas y aves diversas para aquestos,
Para aquéllos cerdosos jabalíes.
Y para el cazador ocultos puestos
Do á palomas selváticas turquíes,
Y á tórtolas, amor de las florestas,
Redes tender ó disparar ballestas.
La llana y ancha vega parecía
En Marzo campo inmenso de esmeraldas,
Y cuando Abril en ella sonreía,
Alfombra de amapolas y de gualdas,
Que el rojo sol de Julio convertía,
Inundándolo todo hasta las faldas
De los montes, en mar de espigas de oro,
Cual no lo ven ni el Sículo ni el Moro.
Del otoño feraz frutos opimos
Ostentaban los huertos y cañadas,
Almíbares brotando los racimos
Entre pámpanos y hojas coloradas,
No inferiores en pompa á los que oímos
Que hallaron en las tierras fortunadas
De promisión las tribus israelitas,
Por la alta diestra de Jehová benditas.
Robustas vacas y lozanos chotos,
Blando trébol y pálida retama
Despuntan libres en los frescos sotos,
Que no agosta jamás del sol la llama.
Y allá por los ribazos más remotos,
Entre peñas buscando verde grama,
De ovejas un sinnúmero se mueve,
Sin lo que fueran reputadas nieve.



Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos
Á su señor y amparo bendecían,
Ricos, felices, prósperos, dichosos,
En tan fecundo suelo enriquecían.
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos
Timbres faltaran, que guardar sabían
La comarca de injustas agresiones,
Armas vestir y domeñar bridones.
Pero de aquella tierra venturosa
Era el mayor encanto y maravilla,
Una imagen antigua y milagrosa
De la madre del Verbo sin mancilla,
Que con ardiente celo y fe piadosa,
Del excelso palacio en la capilla,
Veneraban aquellos naturales,
Implorando las gracias celestiales.
Tal era el pingüe y decoroso estado
De Nuño Garcerán. En él moraba
Del mundo y de la corte retirado,
Y una dicha sin límites gozaba.
Cinco lustros su edad era, y casado
Con Blanca de Agramunt feliz estaba,
Amándola con vida y alma toda,
Aun muy reciente su anhelada boda.
De don Fortún, señor de Berindano,
Ricohome de Navarra esclarecido,
Por los reveses del destino insano
Á desdichada suerte reducido,
Y por civil discordia en el cercano
Reino francés oculto y retraído,

Era hija Blanca, y su consuelo todo
Tenerla establecida de tal modo.
Pues ella, y un mancebo de edad tierna,
Que lo sigue, consuela y acompaña
En peregrinación, que juzga eterna,
Seguridad buscando en tierra extraña
(Tal del astro indignado que gobierna
Sus contrarias fortunas es la saña),
Eran las solas prendas que tenía
De unión dichosa cuando Dios quería.
Blanca, mujer de Nuño, era un portento
De gracia, de beldad y gentileza,
De candor, de virtud y de talento,
Sin lo que vale poco la belleza.
Y en tierna edad sin otro pensamiento
Que amar y ser amada con terneza
Por su esposo feliz, le procuraba
Dichas que el mismo cielo le envidiaba.
¡Cuántas veces vagando entre las flores
Del ameno jardín la siesta ardiente,
De sus amantes labios los amores
Dieron regalo al sosegado ambiente;
Y de la hermosa Blanca los colores,
Y el fuego de los ojos refulgente
De Nuño deslumbraban los encantos
De rosas, azucenas y amarantos!
Cuando al primer albor de la mañana,
Al esmaltar el llano y la floresta
Los reverberos de carmín y grana
De nube junto al sol que nace puesta,



Si ella con un azor iba lozana,
Y él armando gallardo la ballesta
Á recorrer el soto, por deidades
Los tuviera el error de otras edades.
Y á los tibios y pálidos reflejos
De la luna en las noches del estío,
Quienes á ambos esposos á lo lejos
Vieran vagando por el bosque umbrío,
Y oyeran de su hablar los suaves dejos
Atravesar las alas del rocío,
Por almas venturosas los tendrían
Que el suelo aquel á bendecir venían.
En un mundo de amor dichoso y tierno,
Amor que concertaron las estrellas,
Y que se juzga durador, eterno,
Tan durador y eterno como ellas;
De los que sólo un monstruo del infierno
Puede intentar romper, ya las centellas
De los celos lanzándole, ó la nieve
De infames dudas esparciendo aleve;
Blanca y Nuño gozaban dulces días,
Teniendo de sus dichas por testigo,
Que á solas no hay completas alegrías,
Discreto confidente y franco amigo.
De un labrador de aquellas alquerías,
Cuando Nuño nació, nació Rodrigo,
Sin separarse de él desde la cuna,
Asegurando así mejor fortuna.
Pues desde el primer paso de la infancia,
De su señor asiduo compañero,

Entre los dos borrando la distancia
El poder de un cariño verdadero,
Á conseguir llegó tal importancia,
Que era administrador y consejero
Y confidente y necesario amigo
De Nuño Garcerán el tal Rodrigo.
¡Dichoso aquel que encuentra de la vida
En la difícil y áspera carrera,
Una existencia con la suya unida
Por firmes lazos de amistad sincera;
De amistad perdurable, no nacida
De interés vil ó cálculo cualquiera,
Sino de inclinación mutua, en los años,
Que de ficción no saben ni de engaños!
Blanca, tan tierna, candorosa y pura,
Tal vez al buen Rodrigo miraría
Con prevención pueril; que amor procura
Ser exclusivo en cuanto alumbra el día.
Mas del de Nuño hallándose segura,
Y que el tal confidente lo aplaudía,
Tratándola sagaz con tacto sumo,
Que al fin venciera su desdén presumo.
Con tal amigo, con tan tierna esposa,
Con alto nombre y con el rico estado,
La vida más feliz y deliciosa
Gozaba Nuño que al mortal es dado.
Cuando el són de la trompa belicosa,
Cual ráfaga de viento inesperado
Nubla el cristal de plácida laguna,
Vino á nublar tan plácida fortuna.

De Garcerán la noble sangre enciende
El llamamiento á tan cristiana guerra.
La obligación con que nació comprende
Como ilustre señor de aquella tierra:
La voz del Rey que lo convoca entiende,
Levanta su pendón, y de la sierra
Llamando á los hidalgos y pecheros,
Forma gallarda hueste de guerreros.
Ya el caballo que suelto la llanura
Tras las liebres y gamos recorría,
Bajo el bruñido arnés y la armadura
Generoso relincho al aire envía.
El arcabuz que al ciervo en la espesura
Fulminó, y la ballesta que solía
Un ánade matar, ó una paloma,
Van ya á extinguir la raza de Mahoma.
El hidalgo, que sólo de la caza
Se daba al ejercicio en ocio blando,
Ya vestida sobre ante la coraza
Se ejercita de escuadras en el mando.
Y el labrador plebeyo olvida el haza,
Que fecundó con su sudor, y ansiando
Moros matar, embraza la rodela,
Ciñe la espada, y alta gloria anhela.
Entusiasmado Nuño, alegre, activo,
De ocasión tal para mostrar contento
El noble esfuerzo y el valor altivo,
Propios de su encumbrado nacimiento,
Manifiesta que el cielo no fué esquivo
En darle el alto militar talento,

Y aquel que á pocos hombres les concede,
Sin el que gobernar ninguno puede.
También instinto bélico demuestra
Rodrigo en los aprestos diligente,
Ora pasando á las escuadras muestra,
Ora instruyendo la bisoña gente,
Ora con mano previsora y diestra
Mirando por su dueño cual prudente,
Tiendas, víveres, armas, municiones,
Procurando á los nuevos escuadrones.
Blanca sólo, si bien ufana mira
Bajo el bruñido arnés aun más gallardo
Al esposo gentil por quien delira,
Que vestido del rústico tabardo,
Con mil sutiles medios, que le inspira
Su anhelante pasión, busca el retardo
De ausencia, que la aterra y la confunde,
Y en un desconocido mar la hunde.
Viendo afanado siempre á su marido,
Sin pensar más que en la gloriosa guerra,
Teme que su ternura dé al olvido,
Y tal recelo sin cesar la aterra;
Que amor es siempre de recelos nido
(En serlo sin cesar tal vez no yerra),
Y exclusivo, absoluto, aislado, solo,
Quiere en las almas ser de polo á polo.
Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante,
Firme como del norte está la estrella,
Jamás la amó tan ciego y delirante
Como al tener que separarse de ella.

Y, cual siempre acontece, en el instante
De irla á perder hallábala más bella,
Por no afligirla su dolor infando
En semblante y palabras ocultando.
Viendo al fin terminados los aprestos
Blanca, y cercano de la marcha el día,
Infantes y caballos ya dispuestos
Á saludar la hermosa Andalucía;
Y agotados al cabo los pretextos
Con que aquella jornada suspendía,
Ruega á Nuño con lágrimas y abrazos,
Que el corazón hiciéronle pedazos:
Que espere á que perfile y que concluya
De bordar con sus manos una banda,
Que le prepara como prenda suya,
Y en que hace tiempo trabajando anda:
Para que este recuerdo disminuya,
Y ayude á hacer, si puede serlo, blanda
De ausencia tan atroz la amarga pena,
Á que el Destino infausto los condena.
Y que logre también ser el escudo,
De amor que la labró por la influencia,
Do flecha enherbolada y plomo rudo
Estrellen su diabólica violencia,
Si se mostrase el cielo tan sañudo,
Y á sus ruegos con tanta indiferencia,
Que del maldito infiel no ponga estorbo
Al tronante arcabuz y al arco corvo.
Nuño consiente, que es lo que desea,
Y Blanca en su labor no se apresura;



Pero toca el final de su tarea
Por más que dilatarla ¡ay Dios! procura.
Y coronando su amorosa idea,
Una cifra, prolija bordadura,
De perlas traza con los nombres juntos
De Nuño y Blanca en combinados puntos.
Pero ¡ay! al terminar labor tan rica,
Al dar temblando la última puntada,
La aguja aleve se resbala y pica,
¡Mal presagio! la mano delicada,
Y de encendida sangre se salpica
La banda del amor... Horrorizada
Lanza un grito la linda bordadora,
Y no el dolor, mas el agüero llora.
No estaba lejos el amado esposo,
Que vuelve de adiestrar los escuadrones,
Y herido del acento doloroso
Atraviesa anhelante los salones,
Y en alas del amor llega afanoso
Do sumida en funestas reflexiones
Halla á su encanto, y con el labio amante
Las lágrimas le enjuga del semblante.
Y aprecia más el dón porque el tesoro
De aquellas de su sangre gotas puras
Le dan valor, que por las perlas y oro
Que forman sus labores y figuras;
Y talismán seguro contra el moro
Lo estima, y prenda cierta de venturas;
Explicando entendido aquel agüero
De un modo para Blanca lisonjero.

Ella en los brazos del esposo ataja
El raudal de sus ojos, dichas sueña
Corto momento, y cíñele la faja,
Lazo que más y más su amor empeña.
Mas ¡ay! pronto su sangre toda cuaja
De las escuadras la última reseña,
Y de las trompas roncas la llamada
Para emprender, oh cielos, la jornada.
Es ya urgente. Ni lágrimas ni abrazos
La pueden retardar. Noticia llega
De que los Reyes, de la fe en los brazos,
Se acercan de Granada á la ancha vega;
Y que ya en sus recuestos y ribazos
El cristiano estandarte se desplega;
Y mengua fuera ya de los leoneses
Llegar tarde á los triunfos ó reveses.
Los afanes, las ansias, las ternezas
De ambos esposos, al adiós postrero;
Los encargos, palabras y finezas,
Que son de amor tesoro verdadero;
El trastorno común de ambas cabezas,
Y de ambos corazones el esmero,
Quede en su punto aquí: pintarlo excede
Del poder que al ingenio se concede.
Formados en gallardos escuadrones
Los há poco labriegos y villanos,
Desplegados al aire los blasones
De Nuño Garcerán en fieles manos,
ando atabal y trompa con sus sones
ida y voz á los ecos más lejanos,

La hueste al cabo rumorosa marcha
Un pardo amanecer, hollando escarcha.
  Viejos, niños, mujeres, que formaban
Diversos grupos, con los ojos fijos
En las tropas que lentas caminaban
De esposos y de padres y de hijos,
Rostros y manos al Señor alzaban,
Con los fervientes ruegos más prolijos,
Para que salvos de la cruda guerra
Los restituya á su nativa tierra.
  En la eminente torre del palacio
Blanca, convulsa, muda, helada, yerta,
Ve el escuadrón marchar por largo espacio,
Y ni aun á respirar su labio acierta.
Y Nuño Garcerán, confuso y lacio,
Que el peso del dolor lo desconcierta,
Torna, y mil veces repitió el saludo
Con penacho, con lanza y con escudo.
  El bosque al fin y una importuna loma
Cubren el escuadrón... un parasismo
Á la infelice doña Blanca toma,
Y húndese del dolor en el abismo.
Nuño aún vuelve á mirar... mas ya no asoma
Ni la alta torre; y fuera de sí mismo
Se torna en hielo, un alarido exhala,
Y la visera hasta los pechos cala.
  Consuélale con cuerdas reflexiones
Y lágrimas también el fiel Rodrigo:
¡Gran cosa es escuchar en ocasiones
El dulce acento de afanoso amigo!

Pero para calmar sus aflicciones,
¡Ay! no lo lleva Garcerán consigo,
Pues en la ausencia déjale el cuidado
De su adorada esposa y de su estado.
Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,
Después de arreglos varios preventivos,
Uno al otro los brazos le rodea,
Empinados los dos en los estribos.
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,
Y Nuño con mil gestos expresivos
Le grita ahogado: «Cuídame á mi Blanca»,
Y á las lágrimas da salida franca.

## PRIMERA PARTE

Los pendones triunfantes
De la cruz soberana
Ya respetoso desplegaba el viento
En las torres gigantes
De esmalte y filigrana,
Con que Granada toca al firmamento;
Torres eternas, cuyos altos muros
Labrados entre mágicos conjuros,
Presagios, influencias, profecías,
Y consultas de signos y de estrellas,

Lograban ya los venturosos días
Para que tal poder les dieron ellas.
  El sol desde el oriente,
Al perfilar de grana y de topacio
Celajes que bordó la blanca aurora;
Y al ocupar el trono refulgente
Del zenit en la cumbre del espacio,
Derramando á raudales
Vida, riqueza y luz á los mortales;
Y al declinar, tras nube que trasflora
De morado y de jalde, al occidente,
Saluda los católicos pendones,
Y en ellos los castillos y leones
Y aragonesas barras ondeando,
Y la fe pregonando
De Alhambra y de Albaicín en las almenas,
Do antes volaban lunas sarracenas.
  Genil, entusiasmado
Del triunfo de las armas españolas,
No envidiaba del mar las crespas olas,
Después de haber tal gloria presenciado.
Y al través de la vega apresurado,
Dejando atrás sus bosques y repechos,
Gozoso á relatar tan altos hechos
Iba al Guadalquivir, cuya memoria
Conserva otros tan grandes de su historia.
  De la Sierra Nevada
Sonreía la cumbre,
Porque en su hija Granada
Brillaba ya la bienhechora lumbre

Del lucero del Gólgota, y veía
A la grande Isabel y al gran Fernando
La garganta pisando
Del islamismo con tan firme planta,
Que jamás volvería
El brillo á obscurecer de la fe santa,
Ni á profanar la hermosa Andalucía.
Segura, en fin, España
De la estirpe agarena, tanta hazaña
Famosa y nunca vista,
Con que sus héroes la feliz conquista
Lograron del imperio granadino,
Celebraba gozosa:
Aun sin saber que Dios iba el camino
Con mano poderosa
Abrirle de otro mundo,
Por favor de su gracia sin segundo.
Y ya la fama con su trompa de oro,
Eterna voz y cántico sonoro,
Cruzaba mares, taladraba nubes,
Prestándole sus alas los querubes,
Y la insigne victoria difundía
Por cuanto alumbra el sol y el mar enfría.
Y el español denuedo
Sembraba en los paganos
Terror y helado miedo,
Y gozo y nuevo aliento en los cristianos,
Pasmando al orbe todo
El triunfo audaz, con que el linaje godo
La lucha de ocho siglos coronaba,

Y con que aseguraba
La fe de Cristo, y su blasón triunfante
Desde el Tirreno mar al mar de Atlante.
  Sí: de doña Isabel, de don Fernando,
Católicos monarcas españoles,
De alta prudencia y de denuedo soles,
Que hoy en gloria sin fin están brillando,
Despojo era Granada.
Mas dije mal, porque despojo no era;
Sino la más preciada,
Y la joya más rica, y la primera
De la diadema espléndida española,
Entre cuantas respeta el orbe, sola
De otras muchas formada por el cielo,
Con incesante anhelo,
Para en la augusta frente colocarla
De tan egregios reyes,
Y en ella asegurarla
Por las humanas y divinas leyes.
  Magnífico diamante,
Rico joyel de la diadema augusta
Del imperio español era Granada;
Con su cielo radiante
Que rara vez el huracán asusta;
Con su sierra, pirámide de nieve,
A quien ni el cancro abrasador se atreve;
Con su vega encantada,
De deleites tesoro;
Con su Darro y Genil, que arrastran oro
En los raudales fríos;



Con sus cármenes verdes y sombríos;
Con sus palacios mágicos de encajes
Y frágil filigrana;
Con sus torres ligeras cual plumajes,
Que el soplo de la cándida mañana
Entre vapores húmedos parece
Que blando agita y que risueño mece.
Si hurí inmortal, si reina de odaliscas
De alas de leve niebla y pie de espuma,
Con las galas espléndidas moriscas,
Fué la hechicera juvenil Granada;
Ya por la gracia de los cielos suma
Se mira transformada
En augusta matrona,
Orgullosa, triunfante,
Y con la frente de real corona
Ceñida en vez del bárbaro turbante:
Viéndola con profundo
Respeto, absorto el admirado mundo,
Ya con la fe católica en el seno,
Antes manchado del inmundo cieno
De torpes ceremonias y de ritos
Por el cielo malditos;
Y oyendo en sus mezquitas,
Del báratro tremendo con espanto,
Las palabras benditas
Del Evangelio santo,
Que alienta al siervo y al tirano doma,
En vez de las blasfemias de Mahoma.
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,

Y plácidos jardines
Las danzas castellanas y festines,
Mucho más nobles que agarenas zambras;
Y en vez de Abencerrajes
Y Zegríes traidores,
Poblada de linajes
Más altos y mejores,
Más bravos y hazañosos,
Y mucho más antiguos y gloriosos.

---

Todo era, pues, contento y alegría,
Justas, banquetes y vistoso alarde,
Desde el primer albor del nuevo día,
Hasta expirar los plazos de la tarde.
Y de danzas y orquestas,
Regios convites y costosas fiestas
El plácido rumor y los concentos
Daban vida á los vientos,
Las sombras de la noche regalaban,
Y el sueño de los astros arrullaban:
Y alboradas risueñas
Felicitaban á la blanca aurora,
Cuando las altas peñas
De excelsos montes con su luz colora.
Tan sólo Nuño Garcerán hundido
En afán melancólico se esconde,
Y ni al aplauso universal responde
A su valor egregio conferido;



Pues su esfuerzo bizarro
A la vega encantó y admiró al Darro,
Siendo sus estandartes,
Y sus bravos leoneses
Nuncios de la victoria en todas partes,
Sin temer de fortuna los reveses.
Y él, en el duro asalto
Del regio alcázar colocó tan alto
Su nombre, que la fama,
La flor de los guerreros le proclama.
  Mas ¡ay! que de su patria, de su estado,
Y de su tierna esposa separado,
No puede tanta ausencia
Soportar de su pecho la vehemencia.
Y ni ostenta su gala en los salones
De los reyes, ni asiste á sus funciones,
Ni luce en los jardines,
Ni brilla en los festines,
Ni en Vivarrambla en pisador ligero
Ensangrentando el acicate de oro,
Justa, ostentando su saber guerrero,
Lidia, mostrando su destreza, un toro.
  Y lejos del bullicio y los festejos,
Como está de placer y calma lejos,
Solitario pasea
Entre los altos olmos que menea
El céfiro en la orilla
Del Genil. Y en la noche triste vaga,
uando la luna entre celajes brilla,
la corriente cristalina halaga,

Por los campos desiertos
De tibia luz y de vapor cubiertos:
Y allí repite el nombre de su Blanca,
Y hondos suspiros de su pecho arranca.
  Há tiempo que carece
De nuevas de ella, y cuando no hay noticias,
Ya infaustas, ya propicias,
La ausencia se parece
Al sueño eterno de la tumba helada;
Pues ó malas ó buenas, son sustento
De un alma enamorada,
Y dan vida á la ausencia y movimiento.
A su tierra ha enviado
Uno y otro criado,
Que no tornan jamás, cual si un conjuro
Allá los detuviera,
Ó cual si á su regreso se opusiera
Un encantado impenetrable muro.
  Confuso entre afanosos pensamientos
El triste se perdía,
Amante firme y tierno enamorado,
Creciendo los tormentos
De su angustiado pecho cada día,
De toda nueva de su bien privado.
Cuando á mirar acierta
Que llega una mañana ante su puerta,
En rocín sudoroso y anhelante,
Un villano leonés; en el tabardo
De tosco paño pardo
Conoció que lo era,



Como en las bragas y amarilla cuera.
Un vuelco dióle el corazón; se lanza
A salirle al encuentro sin tardanza,
Y sin preámbulo alguno le pregunta,
Latiente el pecho, la color difunta,
Por carta y nuevas de su esposa amada.
El villano la mano venerada,
Que es aquel su señor reconociendo,
Le besa, de este modo respondiendo:
«Mi alta señora, vuestra esposa bella,
De las montañas de León estrella,
Salud cumplida tiene;
Aunque siempre afligida la mantiene
Vuestra ausencia, señor, y noche y día
Pide llorosa, y con ferviente anhelo,
Que os torne salvo á vuestra patria el cielo.
Yo habito la alquería
Que está de la cañada en los alcores,
Entregado á las rústicas labores.
De allí el señor Rodrigo con gran priesa,
Sin duda porque mucho os interesa,
Partir mandóme, y con premura harta
Poner en vuestras manos esta carta.»
Confuso, Nuño Garcerán la toma
Con temblorosa mano,
Y aunque lo que le ha dicho aquel villano
De doña Blanca, centro de sus dichas,
Le asegura, tal vez al rostro asoma
Inquieta turbación; pues que un arcano
De míseras desdichas

En sí contiene el misterioso pliego,
Le dice el corazón. Se encierra luego,
Ábrelo palpitante,
Y estos renglones se encontró delante:

«Don Nuño, tan larga ausencia
Empieza á perjudicaros,
Y es mi obligación llamaros,
Que importa vuestra presencia.
»Pues se alcanzó la victoria
Y se conquistó Granada,
Donde veis acrecentada
De vuestra casa la gloria,
»Á librar á ella y á vos
De un abismo que está abierto,
Y que yo á evitar no acierto,
Venid, y pronto, por Dios.
»Venid, que os llama un amigo...
¡Quiera el cielo no sea tarde!...
El os ayude y os guarde,
Vuestro servidor, *Rodrigo*.»

---

En tormentoso mar de confusiones,
Que envuelve noche ciega,
Leyendo estos renglones
El desdichado Garcerán se anega.
Dice poco, es verdad, aquella carta;
Mas también harto dice,

Para que hienda y parta
El alma y corazón á un infelice.
  Y en el conjunto vago y sin colores
Del obscuro compendio
Se ven los resplandores
De un infernal, aterrador incendio;
  Cual se ven en el fondo de los mares
En confusión las rocas,
Y sin forma, á millares
Cruzar los tiburones y las focas;
  Ó cual tras negro tronador nublado
Se ve que arde y que gira
Meteoro encapotado,
Nuncio fatal de la celeste ira.
  Doquiera que el discurso vacilante,
Buscando conjeturas,
De Nuño, acude errante,
Ve un piélago sin fin de desventuras.
  Y espectros y fantasmas espantables
Le revuelan en torno,
Mucho más formidables
Por no tener ni forma ni contorno.
  Y de aquellos fatídicos renglones
De tan infausto arcano,
Consuelo en las razones,
Quiere encontrar su mente, del villano.
  Sí, nuevas favorables de su Blanca
Le ha dado cual testigo;
Mas el alma le arranca
Notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.

Aquél le dijo que constante llora
Su ausencia, y éste calla:
¿Será que el uno ignora
Lo que otro el modo de decir no halla?
¡Ay! este pensamiento le horroriza,
Y arde en un fuego interno,
Que envenena y atiza
Una mano invisible del infierno.
Y destrozado y roto en el combate
De temor y de duda,
Se anonada, se abate,
Sin luz los ojos y la boca muda.
Mas una pronta decisión estalla
En su cabeza ardiente,
Cuando en la cruel batalla
Iba á doblar exánime la frente.
La de volar en busca de Rodrigo
Á la nativa sierra,
Y ver cuál enemigo
Allá le mueve tan extraña guerra.
Y las alas envidia voladoras
Del águila altanera,
Que cruza en pocas horas
Todo el cóncavo espacio de la esfera.
Escondiendo á los suyos el viaje,
Veloz caballo ensilla,
Y con humilde traje
Y con sólo su afán vuela á Castilla.
Ya deja atrás las torres de Granada,
Y la encantada vega,

Y la Sierra Nevada,
Y al confín andaluz rápido llega.
  Y lo ve galopar sin un respiro
El sol desde el Oriente
Hasta acabar su giro,
Apagando en el mar la crencha ardiente.
  Y la luna y las trémulas estrellas
Alumbran su viaje,
Luciendo sus centellas
Al través del vapor y del celaje.
  Atraviesa Castilla, montes, ríos,
Valles profundos; nada
Disminuye sus bríos,
Ni detiene la rápida jornada.
  Y al rojo esclarecer de hermoso día,
Principio del verano,
Cuando la aurora abría
La puerta de oro al astro soberano,
  Vió Nuño aparecer azul un monte
Aún de nieve vestido,
Allá en el horizonte,
Y dióle el corazón hondo latido.
  La sierra es de León, donde su estado
Tiene, y su dicha asiento;
Y hacia ella arrebatado
Lanza el corcel, más rápido que el viento.
  Á cada nueva y conocida loma
Que descuella de lejos,
Y cuando un punto asoma
Que blanquea del sol á los reflejos,

Sensaciones tan fuertes é indecibles
El corazón le agitan,
Y tan indefinibles
Pensamientos le hielan ó le irritan,
Que ya para sufrir tanto martirio
Sin fuerzas, espolea
En insano delirio
El alazán, que sin vigor jadea.
¡Oh, cuán breve y cuán largo es el camino
Que corre un desdichado,
Si va donde el destino
Le tiene algún desastre preparado!
Al cabo, Nuño, en férvidos vapores
Que del valle se elevan,
Descubre los alcores
De los estados que su nombre llevan.
Y al fin del sol, que baja lentamente
Al confín del espacio,
No lejos ve á su frente
La mole desigual de su palacio.
Y le parece aterrador coloso
Que lo amenaza y mira,
Y crespón doloroso
La leve niebla que en sus torres gira.
Y detiene de pronto la carrera
Con toque tan forzudo,
Que el caballo cayera,
Á no sentir el acicate agudo.
Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,
Que el corazón hinchado



Le da un vuelco en el seno,
Como si en él hubiera reventado.
  Una encendida bomba es su cabeza
Que á estallar va al instante,
Y en toda su grandeza
La boca del infierno ve delante.
  ¡Mísero!... las fantásticas visiones
Le cercan de su mente,
Piérdese en ilusiones,
Y no ve la verdad que está presente.
  No ve á su encuentro, por la misma senda,
Un hombre y un caballo
Venir á toda rienda,
Ni oye el recio pisar del duro callo.
  Ni sale del delirio hondo, morboso,
Hasta que el brazo amigo
Le estrecha cariñoso
De su buen servidor, del fiel Rodrigo.
  Reconócelo, abrázalo, suspira,
Y, la color difunta,
Con hondo afán lo mira,
Sin osar producir una pregunta.
  Y Rodrigo también, mudo, turbado
Y la color de cera,
La mirada, espantado,
De aquellos ojos evitar quisiera.
  Descabalgan entrambos, y Rodrigo
trechando la mano
su señor y amigo,
sienta al pie de un álamo lozano,

Cuando en un mar de fuego en Occidente
Pálido el sol se hundía,
Su faz velando ardiente
Sangriento nubarrón, tumba del día.
Á la luz del crepúsculo borrosa,
Mientras la suya daba
La luna candorosa,
Que entre cumbres obscuras asomaba;
Tras de silencio breve, pero horrendo,
Solos, y sin testigos,
Tal diálogo tremendo
Tuvieron entre sí los dos amigos:

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo,
En León me tienes ya.
¿Qué males, pues, me amenazan?...
Dilos, dilos, sin tardar;
Dilos, porque el alma tengo
En tan angustioso afán,
Que de tus palabras pende
Mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor, mi confuso labio
No sabe cómo empezar;
Pues hay cosas cuyos nombres
No acierta el bueno jamás,
Y acaso es más infelice,
En mayor angustia está,

Que el que infortunios aguarda,
Quien los debe revelar.

. . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . .

DON NUÑO.

Apresura mi tormento,
Ten de tu amigo piedad.
¿Vive Blanca?... Si ella vive,
¿Qué me importa lo demás?

RODRIGO.

¡Ay, que has pronunciado el nombre
Que no osaba pronunciar!
Vive doña Blanca, vive...
Vive, sí, vive... ¡ojalá
Que nunca vivido hubiera
Para tu nombre afrentar!!!

DON NUÑO.
*Furioso.*

¿Qué supones, miserable?...
¿Qué alientas, furia infernal?...
Prueba, prueba lo que dices,
O mi furia probarás.
Mi Blanca es como el sol pura,
Es un ángel celestial.

RODRIGO.
*Turbado.*

Doña Blanca... es...

DON NUÑO.

¿Qué es?... acaba...

¿Te se pega al paladar
La lengua?... ¿Qué es, dí, mi esposa?

RODRIGO.

¡Infiel!

DON NUÑO.

*Poniéndose de pie.*

¡Mentira!

RODRIGO.

*Resuelto.*

¡Verdad!

DON NUÑO.

*Cayendo convulso.*

¡Abrete, tierra, á mis plantas
Y sepúltame voraz!

---

Como de rayo tronador herido
Cayó convulso en tierra,
Y lanzó un alarido
Que estremeció los riscos de la sierra.
Y el confidente mudo y aterrado,
Hecho estatua de hielo,
Inmóvil quedó á un lado,
Fijos los turbios ojos en el suelo.
Don Nuño, destrozándose furioso
La túnica y el pecho,
Revuélcase anheloso
Sobre la hierba, de dolor deshecho.



Rodrigo al cabo á su socorro viene,
Levanta al infelice,
Lo anima, lo sostiene,
Y con voz balbuciente así le dice:

---

RODRIGO.

Volved en vos, señor mío.
¿Dónde vuestro esfuerzo está?
¿Queréis morir sin venganza?

DON NUÑO.
*Reanimándose.*

¡No, Rodrigo, no, jamás!
Cuéntame, cuéntame todo,
Tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros?...
Vuestros ojos mismos van
A decíroslo al momento.
Y pues nadie sospechar
Puede, señor, vuestra vuelta,
Y la noche y el disfraz
Esconden vuestra persona,
Venid tras de mí y callad.

---

Como al conjuro de potente mago
Un cadáver camina,
Así con paso vago
Va Nuño entre la niebla blanquecina,
Atravesando el bosque con su amigo
En silencio profundo,
Mas llevando consigo
Todo un infierno aterrador del mundo.
Y su planta vacila á cada instante,
Y no más firme acaso
Es la que de él delante
Tiende Rodrigo con incierto paso.
Y no se escucha más que el rumor leve
De espesos matorrales,
Que su marcha remueve
Al través de barrancos y eriales.
Y la respiración de ambos viajeros
Estertor parecía,
Del que ya en los postreros
Afanes juzga escasa el aura fría.
Iban como al través de honda cañada
Entre encinas y pobos,
Buscando la manada
De ovejas, van dos carniceros lobos.
Y los ojos de Nuño relumbraban
Cual brasas encendidas,
Y acaso espanto daban
A las aves del todo aún no dormidas.
Y lumbre azul, cual arde sobre un muert
Los ojos de Rodrigo

Daban en el desierto,
Sin osar revolverlos á su amigo.
A poco tiempo llegan á una puerta
Del jardín del palacio,
Que sin rumor abierta
Da entrada franca al encantado espacio.
Y enfrente allí de un cenador de hiedra,
Do una lámpara ardía,
Y una mesa de piedra
Refrigerios y frutas ofrecía;
Entre las murtas, troncos y follaje
Quedan entrambos bultos,
Por fin de su vïaje,
En gran silencio, sin moverse, ocultos.
Tal se esconde alevoso en la enramada
El cazador, y espera
La cierva descuidada
Que baja por la noche á la ribera.
¡Ah, buen Rodrigo!... Tu amistad constante,
Tu gratitud ardiente
Te arrastran tan distante,
Que no hallarán disculpa en el prudente.
De honradez y lealtad tan alta prueba,
¿No ves, oh fiel Rodrigo,
Que al precipicio lleva
Al que proclamas protector y amigo?
¿Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,
Si impedir no pudiste
El mal, ó que ignorarlo
Por largo tiempo consiguiera el triste?

¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,
Los míseros mortales,
Por imprudente anhelo,
Pueden mina fecunda hacer de males!

---

¡Cuán clara y refulgente,
Espléndido topacio,
En el celeste espacio
Ostentaba la luna su esplendor,
Con sonrisa inocente
Dormida entre celajes,
Delicados encajes
De leve niebla y cándido vapor!
Y su luz argentina
Por lomas y collados,
Y silenciosos prados
Se gozaba apacible en resbalar;
Y la pomposa encina,
Y el contorno del monte
En el vago horizonte,
De nácar sobre nube, en dibujar.
Dejando al valle hondo
Tiniebla misteriosa,
Que nadie mirar osa
Temiendo algún fantasma descubrir;
Y sólo, allá en el fondo,
Dejaba en la corriente

Del rápido torrente
Breve y fugaz destello relucir.
En calma estaba el viento,
Y el aura revolando,
Y en silencio besando
Las soñolientas flores del jardín,
Robábales su aliento,
Y con él perfumaba
Y en bálsamo tornaba
El ambiente hasta el último confín.
El silencio profundo
Tan solo interrumpía,
La fuente que corría,
Y el acento de un tierno ruiseñor:
Dijérase que el mundo,
En sueño regalado,
Dormía reclinado
En el inmenso seno del Criador.
¡Ah! noche tan hermosa,
Tranquila y apacible,
Que encubra no es posible
Perfidia, engaño, crimen y traición.
Si alma hay tan horrorosa
Que á turbarla se atreva,
Sobre su frente llueva
El fuego de la eterna maldición.
Mas ¡ay! que la influencia
De su apacible calma
No tranquiliza el alma
Del furibundo Nuño Garcerán.



Y cuando su impaciencia
A atropellar por todo
Iba, y de cualquier modo
A dar un fin á su angustioso afán;
Y apenas ya podía
La mano de su amigo,
El ejemplar Rodrigo,
Contener su impaciencia y su altivez;
En lejana abadía
El reloj resonando,
Que el tiempo iba ajustando,
Dió con gran pausa campanadas diez.
Y á la puerta aparece
Del vecino palacio,
En el obscuro espacio
De pronto una hermosísima mujer.
Mujer que resplandece,
Aparición divina,
De aquellas que imagina
La inocencia en ensueños de placer.
Talle esbelto, elegante,
Y formas delicadas,
Que lucen adornadas
Con veste de blancura virginal.
Y un pálido semblante
Sobre el cuello flexible,
Tan bello y apacible,
Y de expresión tan noble y celestial,
Cual rara vez el suelo
Ve, cuando de belleza



Quiere Naturaleza
Darle un tipo ostentando su primor;
Y que tan sólo el cielo
Reveló al soberano
Ingenio, y á la mano
Del grande Urbino, el inmortal pintor.
Toda ella iluminada,
Sobre aquel fondo obscuro
Encuadrado en el muro,
Por la luz de la luna vertical,
Con el claror mezclada
De la llama, que brilla
Oscilante, amarilla,
Dentro del cenador en un fanal,
Parece la figura
De la divina maga,
Aparición tan vaga
De misterioso y singular color,
Que no humana criatura
Del mundo se creería,
Sino una fantasía,
Un conjunto de luz y de vapor.
Don Nuño arrebatado
Por tal visión divina,
Casi la frente inclina,
Casi olvida su furia y su ansiedad;
Cuando ponerse al lado
Ve de aquella belleza,
Con familiar franqueza,
Un mancebo gentil de corta edad.

De risueño semblante,
De noble corpulencia,
De gallarda presencia
Brotando actividad, vida, expresión;
Y con traje elegante
De rojo terciopelo,
Y sobre el rubio pelo
Una toca adornada de un airón.
Lanzó Nuño un rugido
Profundo, ahogado, interno,
Que se oyó en el infierno,
Aunque apenas se oyera en derredor.
Y ciego, enfurecido,
Con el hierro desnudo,
Iba... Pero forzudo
Sujetó el fiel Rodrigo su furor.

---

El joven y la hermosa,
Alegres, descuidados,
Y del brazo enlazados,
Discurren un momento en el jardín.
Y su charla amorosa
Esparciendo un murmullo
Como apacible arrullo,
Dentro del cenador entran al fin.
Ella en rica almohada
De brocado se sienta,

Y de pie le presenta
Frutas y flores el gentil garzón.
 Quien, viendo preparada
Arpa sonora á un lado,
Púlsala arrebatado,
Y entona esta dulcísima canción:

«En noche tétrica
De desventura
Y de amargura
Me iba ya á hundir;
»Cuando la fúlgida
Luz de una estrella
Benigna y bella
Vi relucir:
»Y eras tú, Blanca mía,
La estrella de consuelo y de alegría.

»En negro vértigo
Agonizaba,
Mi pie tocaba
Ya el ataúd,
»Y un dulce bálsamo
Bebí anhelante,
Y hallé al instante
Vida y salud:
»Y eras tú, Blanca mía,
El bálsamo que tanto conseguía.

«Blanca, sí,
Todo á ti
De polo á polo
Lo debo solo.
»Sin tu amor
Y favor,
Fuera mi suerte
Mísera muerte:
»Porque eres, Blanca mía,
Bálsamo de salud, sol de alegría.»

Aquí llegaba en su canción, mirando
Con arrasados ojos y semblante
Á la dama el doncel, cuando anhelante
Ella, el rico almohadón abandonando,
Se acercó á él con cariñoso exceso,
Y en la mejilla juvenil y hermosa,
Con la emoción del canto ardiente rosa,
Le imprimió un blando y delicioso beso.
Rodrigo suelta entonces á don Nuño,
Que como flecha despedida arranca,
Y en el seno infeliz de doña Blanca,
Hundió la daga hasta el dorado puño.
El mancebo de pronto en su defensa,
Tarde era ya, sacrificarse quiere,
Y el mismo acero lo recibe, y hiere
Y abre en su tierno pecho herida inmensa.
Al desplomarse en brazos de la muerte
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,

Cuando juzgó que la mataba un rayo,
Quién es su matador ¡mísera! advierte.
Y «¡oh Nuño!» exclama en el postrer aliento;
Y Nuño, redoblando con oirla
Su furor infernal, torna á embestirla,
Que sólo de su muerte está sediento.
Y cébase, cual hiena furibunda,
En el cadáver con horrible estrago,
Bañándose frenético en el lago
De sangre, que el jardín cálida inunda.
Cuando huracán horrísono rugiente
Baja de pronto desde la alta sierra,
Los árboles altísimos aterra
Y el cenador y lámpara eminente.
Embiste silbador con recio empuje
El palacio, y lo mece, y lo fulmina,
Las gigantescas torres arrüina,
Y el muro roto se desploma y cruje.
Y la luna purísima envolviendo
En borrascosas nubes espantables,
Con espesas tinieblas impalpables
Cubrió aquel espectáculo tremendo.
Nuño, de un trueno al espantoso grito,
De sí mismo medroso y aterrado,
Y creyendo que el orbe ha caducado,
Del Sumo Sér, que lo formó, maldito,
Por el áspero monte huye cobarde,
De cuando en cuando deslumbrado y ciego
De súbitos relámpagos al fuego,
En que juzga que el globo todo arde.

Así recién formado, con profundo
Terror, vagar por anchas soledades,
Envuelto en espantosas tempestades,
Al primer homicida miró el mundo.



## SEGUNDA PARTE

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta
Con su apacible són mi mente toda,
Y de recuerdos plácidos circunda
Mi helado corazón y mi memoria!
Sevilla, reina del ameno clima
En que Guadalquivir su regia pompa
Ostenta, caminando hacia los mares
Do el sol se esconde al desdeñar á Europa.
Sevilla, que gallarda señoreas
De olivo y de laurel con la corona,
La parte más risueña de este mundo,
Y do ingenio y valor la tierra brota:
Mientras más lejos de tus altos muros,
De tu inmensa basílica grandiosa
Y de tus odoríferos verjeles,
Más te tengo presente á todas horas.
En ti pasé mi juventud florida,
Y el balsámico ambiente de que gozas

Me restauró la sangre, que en los campos
Por mi patria y mi rey vertí con honra.
  Y en ti gocé de deliciosos días,
Y del amor los bienes y zozobras,
Y recogiendo aplausos y laureles,
De la felicidad bebí en la copa.
  ¡Qué entusiasmado, viendo de Murillo
Y Zurbarán las encantadas obras,
Admirando tu alcázar y tu templo,
Y oyendo hablar á Herrera y á Rïoja,
  Me elevé de las brisas en las alas,
Cual del jazmín y azahares los aromas,
Y el fuego celestial de la poesía
Ardió en mi mente, y aspiré á sus glorias!
  Jamás, jamás te olvido, insigne emporio
De ingenio y gracia y de beldad; y ahora
Mientras de ti tan separado escribo
En alto verso esta olvidada historia;
  Á la orilla de un mar que de esmeralda
Revuelve alegre las risueñas olas;
Inmediato al flamígero Vesubio,
Y admirando su cumbre tronadora,
  Que humo y ceniza lanza contra el cielo,
Y forma espesa nube, que el sol dora;
Cercándome, de flores coronadas,
De Posílipo y Vómero las lomas;
  Y en Nápoles, en fin, la que en el mundo
anto renombre esclarecido goza;
ti, y tan sólo á ti tengo delante,
en ti ¡grata ilusión! mi mente mora.

Y miro alzarse tu Giralda esbelta
Entre vapores de color de rosa,
Y oigo la voz de sus sonoros bronces,
Que retumba en los montes de Carmona.
Y que estrecho á mi seno me figuro
Las dulces prendas, que de mí remotas
Allá anhelan tan sólo mis noticias,
Y sin cesar me llaman y me nombran.
Y escenas ocurridas en tus campos
Voy á contar, para aclarar la historia,
Que de la tumba de la edad pasada
El sacro numen, que me inspira, evoca.

---

Poco después que en la morisca Alhambra
La cruz de Cristo derrocó á la luna,
Triunfó de la espantosa idolatría
En el bárbaro harén de Moctezuma.
Pues el Reparador del universo
Dió de extender su nombre y la fe suya
La alta misión á los esposos reyes,
Que á Aragón y Castilla unen y juntan.
Y abriendo las barreras de los mares
A las osadas españolas fustas,
Regidas por un hombre extraordinario,
Domador de huracanes y de furias,
Ofreció un nuevo mundo á su grandeza,
Do la gloria aumentar que los circunda,

Y do la santa luz del Evangelio
Su influjo bienhechor muestre cual nunca,
  Disipando las bárbaras tinieblas
De las espesas infernales brumas,
En que el rebelde Arcángel envolvía
Las regiones del globo más fecundas.
  Allí pocos valientes humillando,
A fuerza de constancia y de bravura,
El poder de cien bárbaras naciones
Y del tenaz infierno las astucias,
  Dieron á los católicos monarcas
Cien coronas riquísimas, que ocultas
Para España guardó siglos y siglos
En tal región la Omnipotencia suma.
  Mas de tantas conquistas milagrosas,
Que aún la envidia por fábulas reputa,
Como hicieron los bravos españoles
Allá en ocaso en incesante lucha,
  La más alta, admirable y portentosa,
La colmada de gloria cual ninguna,
Fué el imponer Hernán Cortés, el grande,
Al mejicano imperio la coyunda.
  ¡Hernán Cortés!... coloso que descuella
Entre los héroes que la fama adula,
Como gigante pino en los jardines
Se alza soberbio entre la humilde murta.
  ¡Hernán Cortés!... cuyo glorioso nombre
El primer puesto de la Historia ocupa,
Entre cuantos alzarse ha visto el mundo
En brazos de la bélica fortuna;

El que llevó la cruz de su estandarte
De triunfo en triunfo, vencedora, augusta,
Desde la fértil vega de Tabasco
Hasta las altas torres de Cholula;
Tan sólo con seiscientos españoles
De guerreros cien mil domó la furia,
A fuerza de constancia y de denuedo,
En los valles hondísimos de Otumba.
Y plantó audaz el pabellón hispano,
Con gloria eterna de la patria suya,
En la opulenta Méjico, que el orbe
Del Occidente emperatriz titula.
¡Ay!... al trazar estos sonoros versos
Con noble orgullo la entusiasta pluma,
De tanta gloria mis ardientes ojos
En aquella región el templo buscan.
Y la ven ¡oh dolor! presa infelice
De raza infiel, advenediza, obscura,
Que á la fe del glorioso Recaredo
Con sus dogmas heréticos insulta.
Raza de mercaderes... ¿Y no queda,
Y allí no queda ya gota ninguna
De castellana sangre, que valiente,
Tan horrenda agresión pasme y confunda?
...Queda, sí, y se derrama valerosa,
Mas sin fuerza y poder. La desvirtúan
Rebeliones, discordias, impiedades,
Delirios, ambiciones y disputas,
Que pérfida Albión, con larga mano,
Hundiéndolos en mar de desventuras,

Sembró en aquellos pueblos infelices,
Que niños son, y adultos se figuran.
¿Y por qué España, la ofendida España,
No alza la frente, y sus valientes junta,
Y á la venganza y al socorro vuela,
Perdonando cual madre las injurias?
¿Mas qué pronuncio? ¡Oh Dios! basta, y un velo
Impenetrable las miserias cubra,
Que el poder roban á la patria mía,
Y que la gloria de su nombre anublan.
Y volvamos la mente á aquellos siglos,
Para consuelo de tan grande angustia,
En que su fe y lealtad la colocaron
Más alta que ese sol que nos alumbra.

---

Triunfantes los castillos y leones
En la regia mansión de Moctezuma,
Y la insignia del Gólgota humillando
Del ídolo infernal la frente inmunda,
Ya recibía el mejicano imperio,
Sumiso, reposado y con fe pura,
Las suaves leyes y los santos ritos
Que paz y eternas dichas aseguran.
Y el grande Hernán Cortés, modelo insigne
De lealtad española cual ninguna,
A poner de su Rey ante las plantas
Aquella gran conquista se apresura.

Y cargada de bálsamos y aromas,
Perlas, tejidos y esmaltadas plumas,
Oro, alimañas de pintadas pieles,
Indios guerreros, y exquisitas frutas,
Mandó partir una ligera nave
Desde las playas de San Juan de Ulúa,
Que lleve á España y al Monarca ofrezca
De aquel Imperio la diadema augusta.
Mar bonancible y favorable viento
Halagan al bajel, que la fortuna
Conduce hacia el Oriente, y que gallardo
Las crespas olas sin peligro surca.
Ya mira desde lejos coronadas
De olivos las montañas andaluzas,
Y sin temer escollos ni bajíos,
Y humillando la barra de Sanlúcar,
Del gran Guadalquivir las dulces aguas
Riza y encrespa de argentada espuma,
Y entre olorosos, verdes naranjales,
Pomposa pasa y presurosa cruza.
Ya ve de la Giralda desde lejos
Alzarse altiva la delgada aguja,
Y del coloso que en su cumbre gira
Los fúlgidos destellos la deslumbran.
De Sevilla las torres y atalayas
Que nave llega de Occidente anuncian,
Y á muelles y á riberas acudían
A saludarla las curiosas turbas.
La nave majestosa, cuyas velas
Las frescas brisas de la tarde empujan,

Con flámulas jugando y gallardetes
Que en los ingentes mástiles ondulan,
De la torre del Oro á los pies llega,
Las pardas lonas en la verga anuda,
Y rompe con las áncoras el río
Que fondo en que cebar el diente buscan.
Y con alegre salva, que un momento
En blanco humo la envuelve, y que retumba
De los lejanos montes en los valles,
A la ciudad clarísima saluda.
El sol en el ocaso se escondía
Entre vapores férvidos, que ofuscan
Su deslustrada faz, y en el Oriente
Se alzaba rica de esplendor la luna.
Del principio dichoso del verano
Una noche tranquila, hermosa y pura
Empezando á lucir, de calma llena,
Anunciando reposo y faz profunda,
Ríndese al sueño la cansada gente
De la nave, ya inmóvil y segura,
Y la gente de tierra se retira
Ansiando sólo que la aurora luzca.
Rayó por fin en el remoto Oriente,
Aún de celajes y vapor desnuda,
Y el sueño desterrando de Sevilla,
A la Giralda con su luz saluda.
Cuando enjambre de lanchas y bateles,
De barcazas, de botes y falúas
Cercan la gruesa nave, y las riquezas
Ansian de que preñada la reputan.

Y entre el común estruendo y algazara,
Y voces diferentes y confusas,
A la radiante luz del nuevo día
El desembarque ansiado se apresura.
Y ya van á los muelles y riberas
Pesados fardos de riqueza suma,
Aves que nunca el cielo aquel cruzaron,
De verdes, rojas y amarillas plumas;
Maderas exquisitas, que la cara
De los bruñidos mármoles ofuscan;
Especias del sabor más delicado,
Que olfato y paladar á un tiempo adulan;
Barras de oro y de plata refulgentes,
Armas de pedernal y de tortuga,
Coseletes y escudos con labores
Que á las del gran Celini sobrepujan;
Tejidos de algodón cual blanca nieve,
Ó teñidos de grana que deslumbra;
Plantas de pomposísimos follajes
Con prodigiosas, odorantes frutas;
Gruesas perlas, espléndidos penachos,
Copal y aromas, y con rara industria
Cueros, búcaros, cobres, filigranas
Labrados en fantásticas figuras;
Gomas medicinales, y hasta hierba
Cuyo humo el marinero aspira y chupa,
Lanzándolo después en blanca nube
Que el ambiente en redor llena y perfuma;
Y hombres de otro color, y de un lenguaje
Que aullido de las fieras se reputa,

Y, aunque lampiños, sus feroces rostros
Audacia y furia bárbara denuncian.
En fin, las producciones exquisitas
De un clima remotísimo, que ocultan
Hinchados mares; producciones raras
Que hasta entonces la Europa no vió nunca.
Tan extraña riqueza y tanto objeto
Admirable y magnífico deslumbran
A los entusiasmados sevillanos,
Y su imaginación rica y fecunda
Ve aún mucho más de lo que ve delante,
Y pondera, engrandece, aumenta, encumbra
El bajel, y la carga y la conquista,
Y alto portento cuanto mira juzga.
La ribera tocar los pasajeros
Entre tan grande confusión procuran,
Y en los ligeros botes y en las lanchas
Saltan, y se acomodan y se agrupan.
Y en llegando á los muelles, de rodillas
Con gran fervor y con las manos juntas,
Dan gracias al Señor omnipotente,
Que en tan extenso mar les dió su ayuda.
Y abrazan de la infancia á los amigos,
Y noticias solícitos escuchan
De la corte, y las grandes novedades
En su ausencia ocurridas los conturban.
Y luego satisfacen como pueden,
Oyendo atenta una curiosa turba,
A mil necias cuestiones inconexas
Y á disparatadísimas preguntas.

Unos cuentan hazañas portentosas,
Otros riquezas sin reparo abultan,
Otros muestran horrendas cicatrices,
Y todo es confusión y baraúnda.

---

Tan sólo un pasajero no demuestra
Para desembarcar priesa ninguna,
Y á todo aquel bullicio indiferente,
Se apoya á un mástil con la boca muda.
Y ya entrada la noche, por la escala
Desciende y toma asiento en la falúa,
Y manda que á la orilla más distante,
No al bullicioso muelle, lo conduzcan.
En sitio solitario en tierra salta,
Nadie repara en él, y no tributa
Gracias al cielo, hincada la rodilla,
De que en la tierra firme el pie asegura.
Vaga un momento de uno al otro lado,
Y párase después. Los brazos cruza,
Con horror la ciudad cercana mira,
Y torna el rostro á la creciente luna.
Parece que al poner el pie en España,
Y al mirarse en su tierra le atribula
Algún grave recuerdo, ó que le espera
Alguna miserable desventura.
Sesenta años de edad manifestaba;
Era su complexión árida y dura,

Que peregrinaciones y trabajos
Hicieron aún más fuerte y más robusta.
Su calva frente, erguida y altanera,
Surcaban profundísimas arrugas,
Huellas de violentísimas pasiones,
Dando á su faz una expresión adusta.
De los ardientes soles tropicales
Mostraba en el semblante las injurias,
Y en los brazos y pechos cicatrices,
Que de bravo guerrero lo gradúan.
Era su porte majestuoso y noble,
Aunque pobre y vulgar su vestidura,
Y su aspecto total era de aquellos
Que miedo y compasión á un tiempo inculcan.
Sin nombre, obscuro, aventurero y pobre,
Con Cristóbal Colón se lanzó en busca
Del ignorado mundo: acaso, acaso
Anhelando que el mar fuera su tumba.
Mas no lo consiguió, sí los portentos
Ver, y en las prodigiosas aventuras
De aquel descubrimiento y gran conquista
Parte tomar con importancia suma.
Y tal vez por su arrojo y fortaleza
La frágil carabela logró alguna
Borrasca superar, y de bajíos
Y escollos salva continuar su ruta.
Y le vieron también la isla española
Y los manglares ásperos de Cuba
Romper con duro pecho las corrientes,
Y de saetas despreciar la lluvia.

Y más tarde, en el río de Grijalva,
De aquel caudillo la infeliz fortuna
Corrió, y con riesgo, á nado y mal herido,
Pudo al cabo salvarse en las falúas.
Y después las macanas de Tabasco
Le abollaron el yelmo y la armadura,
Y de las flechas de Tlascala luego
Pudo probar la envenenada punta.
Y combatió á los rudos Totonaques,
Y venció las traiciones de Cholula,
Y regó con su sangre las calzadas,
Y lidió con despecho en las lagunas.
Y al lado de Cortés el estandarte,
De oro tejido y de rizadas plumas,
Del imperio de ocaso vió rendirse
En la victoria espléndida de Otumba.
Y por fin prosternarse el señorío
De la estirpe feroz de Moctezuma,
Por favor especial del cielo santo,
A los pies de la hispánica fortuna.
Pero siempre escondido guardó el nombre,
Y envuelta de misterio en noche obscura
Su condición. Hablaba raras veces,
Y jamás recompensa admitió alguna.
Ni se sabe por qué regresa á España,
Y se ignora también si es patria suya,
Pues en treinta y dos años á su boca
No se ha escuchado recordarla nunca.
Y no faltó tampoco quien tuviera
De si era el tal ó no cristiano duda,



Pues blasfemias y horribles maldiciones
Lanzaba en los momentos de gran furia.
  Y en los grandes apuros y desastres
Jamás pidió devoto al cielo ayuda;
Antes bien con sonrisa del infierno
De los que la impetraban hizo burla.
  Mas por el alto esfuerzo y bizarría
Conque arrollaba las indianas turbas,
Y porque acaso se debió á su arrojo
Glorioso triunfo en ocasiones muchas;
  Y porque desdeñaba generoso
Tomar de los despojos parte alguna,
Ni tener tierras, ni adquirir esclavos,
Y en juego y embriaguez no se halló nunca,
  Tuvo en los capitanes indulgencia,
Y sin horror la soldadesca ruda
Le miraba, cual flor de los valientes,
Llamando extravagancia á su locura.
  Personaje tan raro y misterioso
Es el que mira á la argentada luna
Del gran Guadalquivir en la ribera,
Y que acercarse á la ciudad repugna;
  Pues la espalda volviéndole, camina
A buscar de Tablada la llanura,
Y sin senda la fresca hierba hollando,
Ni fija dirección, lento la cruza.

---

Era una noche serena
Del principio del verano,
Cuando tan rico y lozano
Se muestra el suelo andaluz.
Y de encanto y plata llena,
El cielo señoreaba
Y en la tierra derramaba
La luna su blanca luz.
El puro ambiente dormía
En el sueño delicioso,
Que da el bálsamo oloroso
Del jazmín y el azahar.
Y Tablada parecía,
Sin árbol, casa, ni sombra,
Una inmensa, verde alfombra
Tendida de mar á mar.
Y en ella sola y aislada
Aquella extraña figura,
Que se dibujaba obscura
De la luna al resplandor,
Alguna sombra evocada
Parecía por un mago,
Ó fantasma incierto y vago
De congelado vapor.
Hondo silencio reinaba
Do solo, como un arrullo,
El apacible murmullo
Del manso Guadalquivir,
Ó algún rumor que llegaba
Confuso incierto, lejano,

Del gran pueblo sevillano,
Se dejaba percibir.
Cuando la torre eminente
De lejos, con diez pausadas
Y sonoras campanadas,
Las tinieblas conmovió.
Y oyéndolas aquel ente
Misterioso, cual si oyera
Rugidos de oculta fiera,
Sus pasos aceleró.
Y la hierba larga hollando
Empapada de rocío,
En su seno húmedo y frío
Algo tocó con el pie.
Algo que salió rodando...
Redonda piedra sería,
Pues que tanto se movía,
Y corto el impulso fué.
Mas torna á hallar el estorbo,
Que otra vez rueda delante,
Y que un ruido semejante
A cosa hueca formó.
A tropezar vuelve, y torvo
Quiere ver qué le importuna,
Y al resplandor de la luna
Blanca calavera vió.
Obsérvala horrorizado,
Y en las órbitas desiertas,
Y de carne no cubiertas,
Ve dos chispas relucir:

Dos ojos ¡desventurado!
Que lo miran y confunden,
Y tal desmayo le infunden,
Que no puede el triste huir.
Y crece su angustia fiera,
Cuando en sepulcral acento
A la boca sin aliento
Oyó *¡Nuño Garcerán!!!*
Su nombre de tal manera
Pronunciado lo anonada,
Y, con la sangre cuajada,
Faltándole fuerzas van.
Pero en mármol convertido,
Inmoble, insensible, yerto,
Para escuchar á aquel muerto
Allí plantado quedó;
Y tras lúgubre gemido,
La ya monda calavera,
De esta terrible manera
Desde la hierba, le habló:

«Escúchame atentamente;
Oye, Nuño Garcerán,
Qne te está hablando Rodrigo,
Aquel tu amigo leal.
Y este triste resto suyo
Veinte años hace que está,
Esperando tu regreso,
En aquesta soledad;
Conservando, como notas,

Por decreto celestial,
Ojos con luz para verte,
Lengua fresca para hablar,
Y revelarte un misterio
De tanta importancia, y tan
Interesante á tu alma,
Como tú mismo verás.
»A diez horas de la noche,
Hoy treinta y tres años há
Que á tu esposa doña Blanca
Diste muerte sin piedad,
Juzgando que te ofendía,
Y hasta viéndolo, que es más.
»Pero es falso muchas veces
Lo que se ve, Garcerán;
Pues te amaba delirante,
Con pasión y con lealtad,
Y era tan santo y tan puro
Su pecho como un altar.
»Cuanto vistes fué mentira,
Fué trama vil y falaz,
Que me sugirió el infierno,
Que me inspiró Satanás,
Para vengar rencoroso
El desdén y el ademán
Con que desdeñó orgullosa
Mi seducción pertinaz.
Y temiendo de una parte
Que os revelara quizá
Los atrevidos intentos

De inicua deslealtad;
Y por otra de venganza
Ardiendo en la ansia voraz,
Sólo, sólo su exterminio
Fué ya mi anhelo y mi afán.
»Yo detuve los correos,
Yo astuto nunca tornar
Dejé, Nuño, á los criados,
Que tú mandastes allá.
Y poco después, viniendo
De Provenza y Perpiñán
De doña Blanca el hermano
Su tierno amparo á buscar,
Porque del padre de entrambos
Iban los negocios mal,
Intercepté yo las cartas
En que de esta novedad
Cariñosa te dió parte,
Y tracé el horrendo plan.
»Te llamé, volaste ciego
Donde te esperaba ya,
Y hasta el jardín te conduje
Como puedes recordar.
»Allí á tu esposa miraste,
Sol puro, ángel celestial,
Con su hermano don García
En inocente solaz;
Y creyendo ofensa tuya
El cariño fraternal,
De tus celos furibundos

Reventó el hondo volcán.
»Yo la maldición oyendo
Sobre mi frente tronar
De los cielos, por el monte,
Del horrendo temporal
Envuelto en las densas sombras,
Y huyendo de mi maldad,
Perdíme; y diez años luego
Vagué por el mundo, tan
Perseguido de fantasmas,
De despecho, de ansiedad,
Que anhelaba del sepulcro
El hondo sueño y la paz.
»Al cabo vine á Sevilla,
Sin propósito y sin plan,
Y en su muelle una mañana
Vi un hombre, cuyo ademán
Me ofreció vagos recuerdos
De otro tiempo y de otra edad.
Y clavando en mí los ojos,
Y nombrándome además,
Con irresistible fuerza
Me arrastró hasta este lugar,
En donde nuestras espadas
Lucha trabaron mortal.
»Era el mismo don García,
Tu cuñado, que escapar
Logró, bien que mal herido,
De tu cólera infernal.
Y no aquel tierno mancebo

Lindo y débil era ya,
Sino hombre de fortaleza,
Valiente, orgulloso, audaz.
»Muy poco duró el combate,
Pues su espada atravesar
Logró mi pecho; y al punto
Que en este mismo lugar
Cayó sin vida mi cuerpo,
En el báratro infernal
Se precipitó mi alma
Por toda la eternidad.
»Mas Dios en su omnipotencia
Dejándome para hablar
Lengua, y ojos para verte,
Porque así te convendrá,
Mandóme en aqueste sitio
Firme tu vuelta esperar,
Y descubrirte el misterio,
Como lo he cumplido ya.»

Dijo, y la lengua en polvo convirtióse,
Los fosfóricos ojos se apagaron,
Á don Nuño las fuerzas le faltaron,
Y en tierra como muerto desplomóse.

---

Bañó la fresca aurora
En púrpura el Oriente,
Y en pos el sol ardiente,



Entre celajes que perfila y dora,
Alzó con majestad la augusta frente.
Del soñoliento río
Tornó el raudal en oro,
Y nítido tesoro
En los prados las gotas de rocío,
Y saludó á la torre obra del moro.
Y vió sólo y desierto
El campo de Tablada,
De la noche pasada
Con el vapor levísimo aún cubierto,
Y su abundante hierba, aljofarada.
Y de través derrama
Por la inmensa Sevilla,
Del orbe maravilla,
La pura lumbre de su hermosa llama,
Que en altas torres y en palacios brilla.
É hiriendo de soslayo
Una alta vidriera,
Do ardiente reverbera,
En una pobre celda metió un rayo,
De un monasterio de los muros fuera.
Y dentro de ella, hundido,
Casi fuera del mundo
En letargo profundo,
Alumbró á Nuño Garcerán, tendido
En pobre lecho, inmóvil, moribundo.
Y á un monje venerable
De rodillas al lado,
Que, el rostro al cielo alzado,

Ruega por aquel ente miserable
Al Supremo Señor que lo ha criado.
Volviendo el religioso
De lejana alquería,
Donde auxiliado había
A otro infeliz, cruzaba presuroso
El campo de Tablada antes del día;
Y aquel hombre tendido,
Sin herida, en el suelo
Halló, y con santo celo,
De que aún no estaba muerto convencido,
En salvarlo cifró todo su anhelo.
Y de temor desnudo,
Y tan sólo ayudado
De su fervor sagrado,
Lo transportó á su celda como pudo,
Mas ya reputa inútil su cuidado;
Cuando el rayo amoroso
Del sol bañó el semblante
Del enfermo, y triunfante
De aquel febril letargo soporoso,
Tornó la vida al seno palpitante.
Que el calor es la vida,
Y el del sol reanimando
A Garcerán, y dando
Movimiento á su sangre detenida,
Fué sus inertes miembros restaurando.
Y al que lloraba muerto
Viendo de pronto vivo,
El monje compasivo,

Y que torna á mover el cuerpo yerto,
Prodígale el socorro más activo.
  Abre Nuño los ojos,
Sus mejillas de nieve
Toman color, y mueve
Los labios, de la parca antes despojos,
Y á raudales respira el aura leve.
  Hondamente suspira,
Al cabo se incorpora,
Dónde se encuentra ignora,
Asombrado en redor los ojos gira,
Y del benigno Dios la ayuda implora.
  El religioso en tanto
Su caridad duplica;
En dónde está le explica,
Y con santo fervor y celo santo
El más vivo interés le testifica.
  Y Nuño, compulsado
Acaso del tremendo
Espectáculo horrendo,
Que Dios en el letargo le ha mostrado,
Y en lágrimas amargas prorrumpiendo,
  Confesión con ferviente
Voz demanda anheloso,
Y viendo el religioso
Que ya el menor retardo no consiente,
En confesión le escucha silencioso.

Con nueva vida y restaurado aliento,
Y revolviendo Nuño la memoria,
De tantos años la terrible historia
Al santo cenobita reveló.
Al cenobita, que escuchóla atento,
Y que el nombre al oir del penitente,
Cubrió de horrenda palidez la frente,
Y cual de mármol gélido quedó.
Y de la confesión en el discurso,
Ya las lágrimas queman su semblante,
Ya el corazón del pecho palpitante
Parece va á salir con ansiedad,
Ya da á suspiros dolorosos curso...
Mas tranquiliza la virtud su alma,
Y en su rostro renuévase la calma
Que dan la abnegación y caridad.
Nuño, convulso, ronco, anonadado,
De aquellos largos años, que pasara
Blasfemando de Dios con furia rara,
Cual pudiera un espíritu infernal;
En la incredulidad precipitado,
Abiertamente con el cielo en guerra,
Maldiciendo frenético á la tierra
Y ansiando ver su destrucción final;
Como si el santo cielo bondadoso
Para el acto solemne le volviera
De su antiguo vigor la fuerza entera,
Hizo la más completa confesión.
Demostrando al prudente religioso,
Que Dios su corazón tocado había,

Y que en él á raudales difundía
El bálsamo de humilde contrición.
Y cuando al concluir la penitencia
Esperaba en la tierra prosternado,
De su pasada vida horrorizado,
Dispuesto á renunciar al mundo atroz,
De pie el monje, mostrando en su presencia
Noble que el cielo santo le ilumina,
Que arde en su mente inspiración divina,
Así prorrumpe con solemne voz:
«¡Oh admirable, oh magnífica
Omnipotencia suma!...
¿Hay mortal que presuma
Tus ocultos arcanos penetrar?
»¡Oh adorable, oh santísima
Misericordia!... ¡Cuánto
Es inmenso tu manto!
¿Quién no debe en tu amparo confiar?
»La gloria más espléndida,
Oh Garcerán, te aguarda,
Si es que no te acobarda
La penitencia que te impone Dios.
»Corre, corre solícito
De León á la sierra,
A tu patria, á tu tierra
De bienaventuranza eterna en pos.
»Allí del hondo báratro
Todo el poder confunde,
Sus asechanzas hunde,
Y gánate la palma angelical.

»Con penitencias ásperas,
Con oración constante,
Con fe perseverante,
Implora la clemencia celestial.
»Y señal segurísima
Será de que la obtienes,
Y que su gracia tienes,
Del cielo santo singular favor.
»De una joya riquísima
El hallazgo impensado,
Joya que de tu estado
Restaurará la fama y esplendor.
»En cuanto brille fúlgida,
El cielo serenarse
Y el suelo engalanarse
De hermosos dones súbito verás.
»Y luego una flor cándida,
A tus plantas nacida,
Te anunciará otra vida,
Y con ella á la gloria volarás.
»Porvenir tan magnífico
El Señor te reserva,
Si en penitencia acerba
Persistes largos años de expiación.
»Y en el nombre santísimo
Del Dios omnipotente
Doy á tu humilde frente
De tu pasada vida absolución.
»Y ahora en tu seno estréchame
Y al cielo bendigamos,

Porque aquí nos juntamos,
Desventurado Nuño Garcerán.
»Llega, sí; reconóceme;
Soy de Blanca el hermano,
Y de tu hierro insano
Aún las señales en mi pecho están.
»¡Oh juicios del Altísimo!...
Yo soy, yo, don García,
Que de tu saña impía
Logré salvarme en noche tan fatal;
»Porque Dios piadosísimo
Me eligió en el momento,
Para humilde instrumento
Que te abriera el camino celestial.»
Diciendo así aquel monje venerable,
En cuyo labio Dios hablado había,
El macilento pecho descubría
Con cicatriz en él honda, espantable:
Y Nuño, en llanto de dolor deshecho,
En su seno se lanza confundido,
¡Perdón!... ¡Perdón!... gritando arrepentido,
Y quedan mudos en abrazo estrecho.

## TERCERA PARTE

¡Ay qué aspecto tan triste y desolado
Presenta el sitio, un tiempo delicioso,
Do Nuño Garcerán tuvo su estado!
Desde el momento aciago y espantoso
En que de sangre pura fué inundada,
Por la trama infernal de un alevoso,
Y por la injusta mano emponzoñada
De un mortal fascinado y delirante,
¡Cuánto la tierra aquella está mudada!
Del sañudo huracán, que en el instante
Dé perpetrarse el crimen, repentino
Descendió de los montes resonante,
En el confuso y raudo remolino
Huertas, mieses, jardines perecieron,
Y la alta encina y el robusto pino.
Y las nubes tronantes, que envolvieron
En ciega obscuridad toda la sierra,
Con rayos el palacio confundieron.
Y con hondo bramar tembló la tierra,
Y el torrente del valle á los alcores,
Tornado turbio ponto, movió guerra.
Sorprendidos labriegos y pastores
Con tanta confusión y tal trastorno,
Abandonaron chozas y labores.
Y huyeron á los montes del contorno,

De aquella noche en el horror tremendo,
Muerte y desolación mirando en torno.
  Tal vez que era llegado ya, creyendo,
De este mundo la fin profetizada,
Y el cataclismo universal y horrendo.

---

  Después, cuando la cólera apiadada
De Dios encadenó los aquilones,
Y su faz mostró el cielo sosegada,
  Los cimientos no más de sus mansiones
Encontraron aquellos desdichados,
Rotos puentes, hundidos murallones,
  En lodazal mefítico los prados,
O en arenal estéril convertidos,
Riscos deshechos, límites borrados.
  Rasos los bosques, yermos los ejidos,
Y de volcados troncos y maleza
Los hondos barrancales invadidos.
  Del soberbio palacio la firmeza
Quebrantada, y ruina amenazando
Los restos de su gloria y su grandeza.
  Y aunque los infelices trabajando,
Tentaron restaurar su patrio suelo,
Contra desdichas tantas peleando,
  Tenaz se opuso el indignado cielo,
›r miras escondidas y profundas,
 que lograran su afanoso anhelo.

Pues sin vida las tierras infecundas,
Al asiduo labrar no respondían
Marismas sin verdor, charcas inmundas.
Con frecuente terror se repetían
Los temblores de tierra, y del torrente
A su lecho las aguas no volvían.
Y mortífero el aire, y pestilente
Con las muertas lagunas y pantanos,
Era á hombres y ganados inclemente.
En las desnudas cumbres y en los llanos,
Y en torno á las ruinas temerosas,
Cruzaban lentas por los aires vanos,
Hendiendo las tinieblas silenciosas,
Blanquecinos fantasmas; y se oyeron
Ayes, gemidos, voces lastimosas.
Y ya en aquel distrito no se vieron
Pájaros ni alimañas, que, desnudo,
Selvas donde esconderse no tuvieron.
En fin, su estado miserable y rudo
Triste horror á los propios naturales
Y amargo desaliento inspirar pudo.
Y abandonando aquellos cenagales,
De las ruinas y escombros retiraron
Utensilios, maderas y metales.
Pero por más que ansiosos procuraron
Hallar la imagen de la Virgen Santa
Que en la hundida capilla veneraron,
Y revolvieron de ella hasta la planta,
Nególes misterioso el alto cielo
Alivio tal en desventura tanta.

Y con este dolor y desconsuelo,
En afligidas turbas de la tierra
Emigraron, buscándose otro suelo.
Dejando de su patria y de su sierra
Tal fama en los contornos, que hasta el nombre
De aquel estado, como infausto, aterra.
Y no hay á quien de lejos no le asombre,
Y nadie osa acercarse á su distrito,
Do en treinta años el pie no estampó un hombre,
Del Señor reputándolo maldito.

---

Volviendo de Compostela,
Adonde se fué don Nuño,
Antes de empezar la vida
Que su confesor le impuso,
A orar del patrón de España
En el sagrado sepulcro,
Y á pedir al cielo ayuda
Con tan poderoso influjo;
Peregrino penitente,
Escuálido y taciturno,
De tosco sayal vestido,
Con nombre vulgar y obscuro;
Después de fatigas grandes,
Después de trabajos muchos,
Después de treinta y tres años
Que ha vagado por el mundo;



Cuando de él nadie se acuerda
Ni de él habla más el vulgo,
De su estado en los linderos
El pie descarnado puso.
Y reconociendo apenas
De aquellas lomas los bultos,
Y los sitios do la infancia
Feliz y tranquilo tuvo,
Extiende la ansiosa vista
Buscando recuerdo alguno;
Y no lo hallaron sus ojos
De amargas lágrimas turbios.
Detiénese horrorizado,
Acobárdase confuso,
Y echa menos los desiertos
De la otra parte del mundo.
Y casi, casi espantado
Del deber que allí le trujo,
Vaciló, dudó, y la planta
A volver atrás dispuso.
Mas ayudado y repuesto
Por la mano del Sér Sumo,
Empezó su penitencia
Avanzando resoluto.
Cruza horrendos pedregales,
Donde antes bosque robustos,
Y cenagosos pantanos,
Donde productores surcos.
Y en vez de risueños riscos
Vestidos de hiedra y musgo,

Ve montes de tosca arena
Y barrancales profundos.
  Ni reconoce el torrente,
Que ha trastornado su curso,
Y turbio se rompe y salta
Entre peñascos desnudos.
  Y cuando al valle desciende
El asombrado don Nuño,
La gran soledad le aterra,
Le da el gran silencio susto.
  En el lugar do el antiguo
Palacio alzaba sus muros,
De almenaje coronados,
Y de pomposos escudos,
  Ve horrendo montón de escombros,
Que forman informe bulto,
Sin dejar de lo que han sido
Rastro ni indicio ninguno.
  Pero ¡ay triste! reconoce,
Por un misterioso impulso,
El funesto sitio donde
De la virtud fué verdugo.
  Ni sombra del jardín queda,
Pero el sitio donde estuvo
El cenador reconoce
En medio del campo inculto.
  Pues hay un breve cuadrado,
Donde sólo de fecundo
Da señal aquel terreno
Tan árido, y tan desnudo.

Está cubierto de césped
Aljofarado, y no mustio,
Do silvestres florecillas
Ostentan frescos capullos.
Juzgárase algún tapete
De caprichoso dibujo,
Que allí se dejó olvidado
Perdido viajero turco.
O un oasis en miniatura,
Invisible y breve punto,
Que el germen de vida guarda
De aquel inmenso sepulcro.
Nuño Garcerán presume,
Por alto celeste influjo,
Que allí descansan los restos
De aquel ángel, que fué suyo.
Y la faz contra la tierra,
Horrorizado, convulso,
Lanzando del hondo pecho
Gemidos y ayes profundos,
Llora, reza, pide, espera,
Teme, duda, y en agudos
Gritos prorrumpe, que el eco
Repite en sones confusos.
Y al cabo exánime, yerto,
Tendido, sin voz, sin pulsos,
Allí pasó largas horas,
Aún más que vivo, difunto.

En una profunda cueva
Que los trastornos pasados,
Al desplomarse dos riscos
Entre uno y otro dejaron,
Halló el nuevo penitente
Para las noches reparo,
Y le sirvió de morada
Donde pasó luengos años.
Trazó una rústica cerca
En torno del breve espacio,
Que depósito juzgaba
De los restos adorados.
Y una cruz rústica en medio
Hecha de dos secos ramos
Levantó, y allí de hinojos
Deshacíase llorando.
Referir las privaciones,
Los tormentos, los quebrantos,
Los temores, las vigilias,
Los sustos, los sobresaltos,
Que en aquel inculto yermo,
Que en aquel desierto campo,
Padeció constante y firme
El arrepentido anciano,
Fuera no acabar. Las noches
Las pasaba circundado
De espectros y de fantasmas,
De visiones y de trasgos.
Y si con fervientes rezos
Conseguía disiparlos,



Y dar á su cuerpo débil
Un momento de descanso,
  Ya los ecos del torrente,
Ya el rumor del viento vago,
Ya de las aves nocturnas
Los alaridos infaustos,
  Llegaban á sus oídos
Como clamores humanos,
Su breve y ligero sueño
Interrumpiendo y quebrando.
  La mayor parte del día
La pasaba prosternado
De doña Blanca en la tumba,
Hecho el corazón pedazos.
  Y si acaso recorría
Valle y monte solitarios,
Los recuerdos de su infancia,
Y las dichas de otros años,
  Y de sus tiernos amores
Las delicias y los lazos,
Eran tormento espantoso
De su pecho destrozado.
  Ni dejó de perseguirlo
El infierno, separarlo
Queriendo de aquella senda
De penitencia y de llanto,
  Presentándole á la vista
Ya temores y ya halagos,
Ya memorias importunas
De orgullo, poder y mando.

¡Cuántas veces al lúgubre
Morir de hermoso día,
Cuando en vapores férvidos
Su melena envolvía,
Como cadáver pálido
El moribundo sol,
Y de celajes lívidos,
De grana perfilados,
Adornaba la atmósfera,
Tiñendo los nublados
Al ocaso más próximos
De nítido arrebol,
El penitente tétrico,
Sobre un risco eminente,
El rostro melancólico,
Inclinada la frente,
Por un inmenso cúmulo
De recuerdos vagó!
Y girando su espíritu
De la memoria en brazos,
Por las pasadas épocas,
Cual pudiera en los lazos
De ensueño profundísimo,
Presentes las miró.
En la niebla que alzábase
La llanura borrando,
Y en las sombras fantásticas,
Que iban los montes dando,
Vió con ojos atónitos
Transformaciones mil.



Ya los ricos alcázares
De la gentil Granada,
Y cuál su hueste intrépida
Triunfaba, entusiasmada,
Con el pendón católico,
Orillas del Genil.
Del combate el estrépito
Y el gran rimbombe oía,
Y las banderas árabes
A sus plantas veía,
Y su celada fúlgida
Ornada de laurel.
Se hinchaba su alma mísera
Con la antigua victoria;
Anhelaba frenético
Nuevos días de gloria;
Y las artes diabólicas
Casi triunfaban de él.
Ya mudándose rápida
Aquella vista extensa,
Del borrascoso Atlántico
Ve la llanura inmensa,
Y alzar sus ondas túrgidas
Bramando el Aquilón;
Y cruzar impertérrita
Una nave española
Aquel airado piélago,
Frágil, cascada, sola,
Pero firme, que anímala
El alma de Colón.

Él dentro de ella júzgase,
Y que miran sus ojos
Del nuevo mundo incógnito,
Entre celajes rojos,
La tierra feracísima,
Cual él la descubrió.
Y luego ve las hórridas
Batallas fabulosas,
De bárbaros sin número
Las huestes espantosas,
Y oye los terroríficos
Atabales, que oyó.
Y al fin ve á la gran Méjico,
La reina de Occidente,
La orgullosa, la espléndida,
Humillar la alta frente
Del general hispánico,
Que él ayudó, á los pies.
Y vese en tan magníficos
Combates el primero,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero,
Y aplaudirle los héroes,
Y el mismo Hernán Cortés.
Y la espada fulmínea
Y la lanza echa menos,
De cañones horrísonos
Ansia escuchar los truenos
Otra vez, y avergüenzase
De su humilde sayal;

Pues su alma ensoberbécese,
Y casi triunfa de ella,
Y sus santos propósitos
Confunde y atropella,
El aliento satánico
De espíritu infernal.
Mas el celeste espíritu,
Que en torno de él volando
Lo defiende solícito
Del diabólico bando,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz.
Y en sí tornando, trémulo
Al Señor invocaba,
Y con acerbas lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.
Y armándose con ásperos
Cilicios y oraciones,
Tales escenas mágicas,
Y tales tentaciones
Y visiones maléficas
Al cabo disipó.
Y persistiendo impávido
En santa penitencia,
El perdón de sus crímenes,
Y limpiar su conciencia
De tantas nubes lóbregas,
Venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno
De combatir las almas que el Eterno
Elige para sí.
Y torna furibundo á la pelea,
Aunque mil veces destrozado sea,
Como ya lo fué allí.
En Garcerán con nuevas tentaciones
Y falaces recuerdos y visiones
Tornó mano á probar.
De la misericordia soberana,
Que es tan inmensa con la raza humana,
Haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas
Turbaba con espantosas
Voces á aquel desdichado,
Dejándole en el estado
Que no es velar ni dormir.
Y el infelice creía
Que un mar de sangre veía
Que la caverna inundaba,
Y que *venganza* sonaba
En su espantoso rugir.
Y que una mujer hermosa
En él nadaba angustiosa
Con el postrimer ahelo,
Venganza pidiendo al cielo
Del monstruo que allí la hundió.
Y conocía en aquella
Infeliz á Blanca bella,

Y en sí mismo al monstruo insano,
Que en el sangriento oceano
Brutal la precipitó.
Al grito de la cuitada,
Con horrenda carcajada
El infierno respondía,
Y *venganza* repetía
Con aplausos de furor.
Y él entonce imaginaba
Que al cielo humilde invocaba,
Pero que el cielo indignado,
A sus plegarias cerrado,
Desechaba su clamor.

---

Otras veces á Rodrigo,
A su falso y vil amigo,
Delante de sí veía,
Que riendo le decía:
«¿Qué haces aquí, Garcerán?
Todas estas penitencias
Son inútiles demencias,
Y no tienen eficacia,
Pues las fuentes de la gracia
Para tí secas están.»
«Ven, amigo,
Ven conmigo
A blasfemar



De ese cielo,
Que es de hielo
A tu llorar.
Ven conmigo al infierno
A hacer eterna guerra al Sér eterno.»
Y luego con risa horrenda
Le mostraba la tremenda
Escena, que aparecía
Entre niebla vaga y fría,
Del funesto cenador.
Y Nuño otra vez miraba
A su esposa, que estampaba
De un joven en el hermoso
Rostro, aquel beso amoroso,
Principio de su furor.

---

A doña Blanca indignada,
Otras veces, asomada
Por rotos nublados llenos
De relámpagos y truenos,
Juzgaba ver ante sí.
Que á puñados de la herida
Sacando sangre encendida,
Y arrojándola inclemente
Sobre su confusa frente,
Feroz gritábale así:
«No, maldito,
A tu delito

No hay perdón.
Dios airado
Ha pronunciado
Maldición.
¡Húndete con Rodrigo,
Que á ninguno perdono, á ambos maldigo!»

---

Y era tan fuerte y tremenda,
En la pesadilla horrenda,
De las falaces visiones
Y de aquellas expresiones
La bien fingida verdad,
Y del dormido en la mente
Obraban tan hondamente,
Que al mísero confundían,
Y en un abismo lo hundían
No esperando ya piedad.
Y en tan horrible despecho,
El árido hinchado pecho
Con las uñas destrozaba,
Y en tierra se revolcaba
Con horrenda convulsión.
Pero el Angel, que constante
Lo guardaba vigilante,
Con las alas en la frente
Le tocaba, y de repente
Le calmaba el corazón,



Despertando, pronunciaba
De Dios el nombre, y lograba
Desvanecer los ensueños,
Y triunfar de los empeños
Del espíritu infernal.
Y aumentando cada día
Con más fe y santa porfía,
Y en Dios con más confianza
Sus penitencias, alcanza
Gracia y perdón celestial.

---

Sí, que después de lucha prolongada
Por más de cinco años
Con las artes diabólicas y engaños,
Vida Nuño logró más sosegada.
Y ya las tiernas lágrimas copiosas
Que en la tierra vertía,
Donde su amada víctima yacía,
Le eran refrigerantes y sabrosas.
Y cuando oraba con fervor vehemente,
Descendía del cielo
Un rayo de esperanza y de consuelo,
Que iluminaba su arrugada frente.
Y empezó en el terreno á ver señales
De que Dios apiadado,
Iba á volverlo á su primer estado
Y á terminar sus angustiosos males.

Y en el vigor y celestial consuelo
Que sentía en el alma,
Gozoso conoció que ya la palma
Le preparaba de su triunfo el cielo.

---

Una noche sosegada
De apacible primavera,
Después de orar fervoroso
El penitente en su cueva,
Salió á gozar de la luna,
Que entre nácares risueña,
De aquel campo iluminaba
El llano y las eminencias.
En santas meditaciones
Absorto sus pasos lleva,
Sin dirección, distraído,
Del torrente á la ribera.
Allí otra vez de rodillas
Por un largo espacio reza,
Y después asiento toma
En una desnuda piedra.
Y respirando en sosiego
Las auras mansas y frescas,
Que con alas invisibles
Revolaban placenteras,
Levanta hacia el firmamento
La venerable cabeza,



Y los ya apagados ojos
Clava en la bóveda inmensa.
Y del Criador adorando
El poder y la grandeza,
Aquel espacio magnífico
Que lo cobija, contempla.
Y ve entre vagos vapores
Cómo giran los planetas,
Y dan sus trémulas luces
Las rutilantes estrellas;
Y ve los leves celajes
Que clara luna platea,
Volar, cambiando sus formas,
Caprichosas y ligeras.
Después revuelve la vista
Con desdén sobre la tierra,
Notando entre ella y el cielo
La distancia y diferencia.
Y ve aquellos arenales,
Y aquellas peladas quiebras,
Y aquellas muertas lagunas,
Y se estremece y se hiela.
Y por la llanura luego,
Tan silenciosa y desierta,
Tiende medroso la vista,
Que se pierde en las tinieblas;
Cuando sorprendido advierte
Por una rambla de arena,
Venir sin susto y tranquila
Una hermosa, blanca cierva.

Teme que del hondo infierno
Escondida trama sea,
Con que acaso le prepara
Alguna asechanza nueva.
Fervoroso se santigua,
El santo rosario besa,
Y preparado á la pugna
Cruza las manos y espera.
La gallarda cierva en tanto
Siguiendo la misma senda,
Sin mostrar recelo alguno
Hasta el solitario llega.
Y como si acostumbrada
Al trato humano estuviera,
Y por la mano del hombre
A vivir desde pequeña,
Tan sin recelo se avanza,
Tan cariñosa se acerca,
Tal candor muestra en los ojos,
En su balar tal terneza,
Y atenciones y caricias
Parece demanda y ruega,
Con expresión tan sencilla
Y con humildad tan tierna,
Que resistirse no pudo
El prudente anacoreta
(Tal vez impulso secreto
Que no comprende, le alienta),
Y la seca mano extiende
Sobre la erguida cabeza,

Y halaga la hirsuta espalda
De la cariñosa cierva.
  La cual, con mil ademanes
Inteligibles, y nuevas
Miradas, y otros balidos,
Y acciones á su manera,
  Indícale que la siga,
Y que se vaya tras ella,
Y aun le tira con la boca
Del sayal y la correa.
  Otra vez el penitente
Algún engaño sospecha,
Y con fervoroso labio
A la Virgen se encomienda.
  Mas de espíritu invisible
Distinta y clara resuena
Una voz en sus oídos,
Que le dice: «*Nada temas.*»
  Levántase decidido,
Y en Dios su confianza puesta,
Sigue con incierto paso
Del manso animal las huellas.
  Déjase atrás el torrente,
La ancha llanura atraviesa,
Y no lejos de aquel sitio
Que tumba de Blanca era,
  Tras de su graciosa guía
Un manso collado trepa,
Que tiene en su fácil cumbre
Un grupo de toscas peñas.

Ante él la cierva se pára,
Otra vez revuelve atenta
Al penitente los ojos,
Cual rutilantes centellas;
Lanza un agudo balido,
Que voz humana asemeja,
Que dice: ¡AQUÍ! y de repente
Por los peñascos penetra,
Metiéndose en sus entrañas,
Sin dejar rastro ni puerta,
Cual si atravesara sólo
Delgada, impalpable niebla.
Pasmado queda don Nuño,
Y su pasmo se acrecienta
Oyendo en aquellos riscos
Como una celeste orquesta,
Y viendo que se deshacen
Como si humo leve fueran,
Descubriendo allá en su centro
Una capilla pequeña,
De blancas congelaciones,
Que cristal parecen, hecha,
Y de luces alumbrada,
Que son pedazos de estrellas.
Y sobre un altar de césped
Divisa la imagen bella
De la Virgen soberana,
Que es de los ángeles reina.
La misma sagrada imagen
Que en la derrocada iglesia

Del palacio hundido, culto
Luengos años recibiera:
 Protectora de su estado
Y de su familia egregia,
De sus vasallos consuelo,
Amparo de aquellas tierras;
 Y la que afable le anuncia
Qne logró gracia completa,
Y perdón el más cumplido
De la santa omnipotencia,
 Según le anunciara el labio
De su confesor profeta,
Cuando inspirado le impuso
La cumplida penitencia.
 Deslumbrado el penitente
Cae de hinojos en la hierba,
Y entona solemne salve
Con el alma y con la lengua:
 Salve, que de querubines
Un coro que le rodea
Repite, y hasta los cielos
Sus puros acentos lleva.
 Referir lo que en el alma
Pasó del anacoreta,
Los consuelos y los gozos,
Los confortes, las ternezas
 Que á raudales en su pecho
Derramó la Providencia,
Dando á sus maceraciones
La más amplia recompensa,

No puede mi humilde labio,
Ni hay voz mortal que lo pueda,
Pues son cosas que se esconden
A la humana inteligencia.

---

Tras noche tan solemne, á la mañana,
Cuando el fúlgido sol en el oriente
Sobre celajes nítidos de grana
Alzó con majestad la augusta frente,
De luz la inmensa bóveda del cielo
Inundando, y de luz el bajo suelo,
Quedó admirado de León la sierra
Al penetrar, y al ver en sus entrañas
Aquella antes maldita árida tierra,
Tornada en feracísimas campañas;
Y que no era la misma juzgó acaso,
Que la tarde anterior vió desde ocaso.
Pues en el punto en que la imagen santa
De la Virgen, amparo y protectora
De aquel terreno, tras de ausencia tanta
A aparecer volvió de paz aurora,
La sonrisa de Dios omnipotente
Fecundó aquellos campos de repente.
Y mucho más feraces que lo fueron,
En un instante solo germinaron,
Y á las nubes los árboles subieron
En el momento mismo en que brotaron:

En praderas viciosas cual ningunas
Tornándose arenales y lagunas.
  Matorrales espesos, frescas flores
Cubrieron las laderas y las lomas,
Y los antes mefíticos vapores
Eran ya salutíferos aromas,
Pues humilde el torrente entre juncales
Derramaba purísimos cristales.
  Y de aves no nacidas los acentos,
En bosque improvisado y en floresta,
Los antes mudos y callados vientos
Tornaron suaves en alegre orquesta,
Que al santo simulacro, no á la aurora,
Saludaban con música sonora.
  Y hasta de aquellas fúnebres rüinas,
Que parecían huesos insepultos
De algún Titán, con hierbas repentinas
Se revistieron los informes bultos,
Y hiedras espontáneas, en festones,
Las ornaron con frescos pabellones;
  Que tanto en solo un punto alcanza y puede,
Para aliviar al pecador contrito,
A quien su gracia y su perdón concede
La piedad del Señor, sumo, infinito,
Después de una constante penitencia,
De la Virgen sin mancha la influencia.
  Del suelo el felicísimo trastorno
Pronto notan las gentes convecinas,
Y de las altas cumbres del contorno
Observan sus llanuras y colinas;

Y un nuevo Edén advierten de concierto,
Do antes horrorizados un desierto.
  Y del rico terreno y grato clima
Llevados, ya se acercan cazadores,
Ya algún rebaño retozón se arrima,
Ya una choza levantan los pastores,
Ya diestro agricultor osa avanzarse,
Y poco á poco, así tornó á poblarse.
  Y de la Virgen pura la capilla
Se vió adornada de votiva ofrenda,
Y en ella la quemada cera brilla,
Sin faltar quien la lleve y quien la encienda;
Que de la santa imagen los favores
Cundieron por los nuevos pobladores.

---

  Dándole gracias fervientes
A Dios por tantas bondades,
El tranquilo penitente
Gozaba del bien presente,
Tras tantas calamidades.
  Mientras que duraba el día,
Al culto lo consagraba
De la imagen de María,
Y más afán no tenía,
Ni más amor le animaba.
  Y cuando á hundirse en ocaso
Bajaba cansado el sol,

Y con resplandor escaso
Las nubes que hallaba al paso
Esmaltaba de arrebol,
  A la tumba, el venerable,
Que guarda á su esposa bella,
Llevaba la tarda huella,
Y con consuelo inefable
De hinojos rezaba en ella.
  Y allí la luna veía
Aparecer tras los montes,
Y como lenta subía
Por la bóveda vacía,
A ilustrar los horizontes.
  Y cuando ya de luceros
La inmensidad se adornaba
Con brillantes reverberos,
Porque los rayos postreros
Del sol la noche borraba,
  En éxtasis delicioso
Se levantaba su mente,
Y vagaba libremente
Por un mundo misterioso
Del nuestro muy diferente;
  Como el águila caudal,
Que en un mar de luz navega,
Sobre las nubes despliega
Las alas, y hasta el umbral
Del palacio del sol llega.
  Pues conseguida la palma
Del soberano perdón,

Sin que infernal tentación
Pueda ya turbarle el alma,
Ni entibiar su devoción,
Su espíritu se elevaba
Como el humo del incienso,
La fe ardiente le guiaba,
Y las dichas columbraba
De su porvenir inmenso.
Abrazado de una cruz
Al firmamento subía,
Y en piélagos de alegría,
Y en campos de eterna luz
Venturoso se perdía,
Los aromas respirando
De celestiales jardines,
Y aquel perfume gozando
Del aliento puro y blando
De los santos serafines;
Y oyendo aquella armonía,
Que soles sin cuento dan
Cuando tan seguros van,
Como que es Dios quien los guía,
Por la alta esfera en que están.
En ensueño vaporoso
Otras veces embebido,
Figurábase dormido
En un prado delicioso
Sobre el herbaje mullido;
Que eran guirnaldas de rosa
Sus cilicios, su sayal

Glorioso manto real,
Y su ancianidad rugosa
La juventud más cabal:
Porque miraba á su alma
Sin la corteza exterior,
Cercada de resplandor,
Coronada con la palma
De la gracia del Señor.
Envuelto se imaginaba
En balsámicos vapores
De las más fragantes flores,
Que el manso viento halagaba
Robándoles sus olores;
Y que al través, tras de aquéllos,
Notaba de cuando en cuando
Cruzar fúlgidos destellos:
Eran los ángeles bellos
En torno de él revolando.
Y luego abrirse veía
El cielo, gran resplandor
Derramando en derredor,
Y que en medio de él venía
La imagen del casto amor:
La de su esposa adorada
De pie sobre niebla leve,
De albas rosas coronada,
Y de túnica velada
Muy más blanca que la nieve.
Y en el pecho, do la herida
Le hizo la daga homicida,

Mostraba un claro rubí,
Como estrella carmesí
Con luces de eterna vida.
  Y Garcerán venturoso
La dulce visión miraba,
Que hasta junto de él llegaba
Con rostro tan amoroso,
Que el corazón le robaba.
  Y una plática emprendían
Tan tierna, sabrosa y pura,
De tanto amor y dulzura,
Y de cosas discurrían
De tan sublime ventura,
  Y con tan santos extremos
Y con expresiones tales,
Que apenas las comprendemos,
Y que explicar no podemos
Los infelices mortales.
  Cuando la visión aquella
Celestial desparecía,
El penitente creía
Que al retirarse la bella
Doña Blanca le decía:
  «Ven, Garcerán. ¿Por qué tarda
En venir á mí tu amor?...
Sube á otra vida mejor.
¿Qué te arredra y te acobarda?...
Ven, que te espera el Señor.»
  Así en gratas ilusiones
Dichosas horas pasaba,

Y su viaje preparaba
A las eternas mansiones
Adonde Dios lo llamaba.

---

Vino tras de hermoso día
Una tarde deliciosa,
En que de morado y rosa
La atmósfera se vistió.
Y á la tumba cual solía,
Ya de aliento y vida escaso,
Con débil y lento paso
Nuño Garcerán llegó.
Cual nunca las florecillas
Y aquella abundante hierba,
Que el breve espacio conserva,
Lozanas juzgó encontrar.
Y sobre ellas de rodillas
En dulce y celeste calma,
No con la voz, con el alma
Comenzó devoto á orar.
El sol desde el Occidente,
Entre nubes, de soslayo,
Moribundo metió un rayo
Hasta aquel sitio de paz,
Como si del penitente
Despedirse pretendiera,

Y el último beso diera
A su venerable faz.
 A su luz roja, expirante,
Ve don Nuño un tallo hermoso
Del suelo brotar frondoso
Y alzarse con rapidez,
 Pues en brevísimo instante
Se desarrolla, florece,
Y una azucena aparece
De celestial candidez.
 La admira cual milagrosa,
Y á un impulso soberano
Lleva la trémula mano,
Y la arranca de raíz;
 Y con ella venturosa,
Dejando en el mismo punto
En tierra el cuerpo difunto,
Voló á Dios su alma feliz.
 Aquella pura azucena
Fué la vencedora palma,
Con que engrandecida el alma
De Nuño en el cielo entró.
 Y de nuevas gracias llena
Aquella flor, desde el cielo,
A la tierra en raudo vuelo
Un ángel restituyó.
 Pues la hallaron colocada,
A la mañana siguiente,
Lozana, resplandeciente,
Consuelo de todo afán,

Ante la imágen sagrada
De la Virgen sin mancilla,
En la rústica capilla,
Que descubrió Garcerán.



## FINAL

En el instante en que de Nuño el alma
Voló al palacio de la eterna gloria,
La azucena sirviéndole de palma
De su glorioso triunfo y su victoria;
De la virtud con la tranquila calma,
Olvidando esta vida transitoria,
En su celda, de hinojos don García
Oraba humilde al expirar el día.
Y de celeste espíritu el acento
El tránsito del bienaventurado
Le reveló, mandándole al momento
Marchar al sitio aquel donde ha expirado,
Y en él fundar magnífico convento
A la Madre del Verbo consagrado,
Y á aquella imagen de virtudes llena,
Bajo la advocación de la *Azucena*.
Pasó la noche en oración ferviente

El religioso. Al despuntar el día
Dejó á Guadalquivir, y diligente
Atravesó la hermosa Andalucía;
Y pobre, peregrino, penitente,
Del reino de León siguió la vía,
Saludando sus sierras empinadas
Después de penosísimas jornadas.
   Y en el valle, otra vez rico y frondoso,
Y ya no despoblado, con gran celo,
Protegido del brazo poderoso
Del soberano Dios de tierra y cielo,
A cumplir su mandato, sin reposo,
Constante dedicó todo su anhelo,
Edificando á aquella imagen bella
Una rica morada digna de ella.
   El fervor excitando de los fieles,
Y de otros religiosos ayudado,
Pronto logró elevar los chapiteles
De un gran templo á la Virgen consagrado,
En cuyas cimbrias mágicos pinceles,
Y en cuyos frisos mármol cincelado,
De Garcerán la penitencia y gloria
Consignaron, trazándonos su historia.
   En magnífico altar de jaspes y oro,
En que de cien blandones la luz brilla,
Fué colocada con real decoro
La efigie de la Virgen sin mancilla,
Sus himnos entonando el alto coro
Al compás de la armónica capilla,
Siempre verde á sus pies, de encantos llena



Perfumando el ambiente la azucena.
  En sepulcro magnífico durmieron
El sueño de la paz ambos esposos,
Y los votos de plata enriquecieron
Del camarín los muros primorosos,
Y con grandes ofrendas acudieron
Al culto los magnates poderosos,
Siendo de tan insigne santüario
Todo el reino de España tributario.
  Gobernólo gran tiempo don García,
En opinión de santo: otros varones,
Después, de ardiente celo y de fe pía,
De la casa aumentaron los blasones.
Y su nombre y su fama se extendía
Por todas las católicas regiones,
Conservándose siempre allí lozana
Y fresca la azucena soberana.
  Hasta que, cuando quiso en cautiverio
Poner la Francia audaz toda la tierra,
Y trastornando el español imperio
Metió en sus lindes destructora guerra,
Despareció aquel santo monasterio
Con gran dolor de la leonesa sierra,
De hoguera voracísima en la llama,
Que no nos dejó de él más que la fama.
  Y cuentan los piadosos naturales
Que cuando un mar de fuego era el convento,
En que los chapiteles colosales
Se desplomaban con fragor violento,
Vieron á las mansiones celestiales

Volar, atravesando el firmamento,
De resplandor cercada y luz hermosa
Triunfante *la Azucena milagrosa*.

Nápoles, Diciembre 1847.



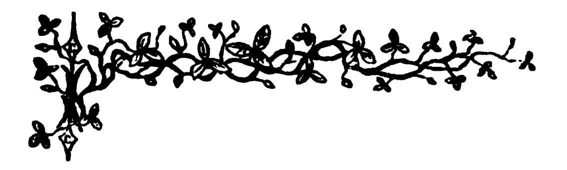
## NOTA DEL EDITOR

El Duque de Rivas inventó, compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1851, que la publicó en Madrid D. Angel Fernández de los Ríos en su *Biblioteca Universal* con otras poesías del autor, tituladas *El Crepúsculo de la tarde*. A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias un romance ramplón, muy largo y desmayado, titulado *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asunto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnudos de toda gala y de toda poesía, pero adornados, sí, con unas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el señor Fernández de los Ríos su publicación.

Aunque el plagio era despreciable, lo denunció el editor de la *Biblioteca Universal* al juez de primera instancia del distrito de Lavapiés, Sr. Sánchez Ocaña; y después de las actuaciones convenientes por la escribanía de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena* y fueron condenados los autores de *La Guirnalda*.

Como andando el tiempo puede aparecer algún ejemplar de ésta, y creerse anterior á la otra, y sospecharse que de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aquí esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creación completa de nuestro autor, y no tomada de crónica, novela ni tradición alguna española ó extranjera.





# LEYENDA SEGUNDA

## MALDONADO (*)

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE MOLÍNS

### I

### LA BORRASCA Y EL VOTO

*Prestat componere fluctus.*
VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirígense triunfantes las galeras,
Que de Aragón la gloria y poderío
De asegurar acaban en Bicerta.
Donde tornando el mar lago de sangre
Y las líbicas playas en hogueras,
En las playas y el mar desbarataron
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.

(*) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su ín-o amigo el Sr. D. Juan José Bueno, abogado sevi-io, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un anti-o y raro nobiliario de Aragón.

Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el Púnico y Tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.
Y tornan á la patria. Ya descubren
Del altivo Monjuich la frente excelsa,
Y lo saludan con fervientes gritos
De flámulas orlando las entenas.
Cuando de pronto el favorable viento,
Que empujaba benéfico las velas,
Dejando en ocio las cautivas chusmas
Y en reposo las rojas palamentas,
Su favor les retira. Desmayando,
Ni el ancho seno de las lonas llena,
Ni silba entre los mástiles robustos,
Ni aun con el fácil gallardete ondea.
El mar dormido en repentina calma
Laguna ó claro espejo se dijera,
Y como en la llanura están los pinos
Inmóviles en él las naves quedan.
Lento el sol á Occidente descendía,
Su faz velando en vaporosa niebla,
Que el remoto horizonte confundiendo,
Borró á la vista las cercanas tierras.
Después entre enlutados nubarrones,
Que desde el Sur á sepultarlo vuelan,
Como cadáver que húndese en la tumba
Se hundió, dejando claridad siniestra.
Y al trasmontar las cumbres del ocaso
En una faja lívida y sangrienta,

Un instante mostróse enrojecido,
Lanzando al orbe una mirada horrenda.
  Los pilotos y prácticos, temiendo
Que aquella calma repentina fuera
Presagio de durísima borrasca,
Nuncio fatal de horrísona tormenta,
  Las jarcias y los mástiles requieren,
El velamen solícitos aferran,
Y despertando á las ociosas chusmas,
Bogar, bogar, con alto grito ordenan.
  Pues á fuerza de brazos y de remos
Burlar el golfo engañador intentan,
Y conseguir tal vez á la mañana
Saludar de Barcino las almenas.
  Murió en breve un crepúsculo dudoso
Sin color y sin luz, y muerto apenas,
Cielos y mares la espantable noche
Envolvió en obscurísimas tinieblas.
  Nada, nada se ve. Y en el silencio,
Tan hondo y pavoroso cual si muerta
Y hundida del Criador en el olvido
Ya se encontrara la creación inmensa,
  Sólo el compás de los movibles remos
Y el silbido del cómitre resuenan,
Y el rumor sordo de la leve espuma,
Y el agrio rechinar de las maderas.
  A poco nace el ábrego, y en breve
rece, y gigante los espacios llena,
zumba entre las nubes, y sañudo
e arroja al mar y por sus llanos vuela.

Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
Y revuelve y confunde sus arenas,
Y en fantásticos montes lo levanta,
Que se alzan y hunden, chocan y revientan.
Roncos retumban formidables truenos,
Rasgan rayos trisulcos las esferas,
Y á la luz de relámpagos horrendos
Del espantoso caos se ve la escena.
¡Oh naves de Aragón desventuradas!...
¿Por qué los cielos su favor os niegan
En las iras del mar, si tan propicios
Os lo acordaron en las crudas guerras?...
¡Cuál las empuja el huracán violento!
Ora al profundo abismo las despeña,
Ora á las altas nubes las levanta,
Las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.
Ya las envuelven las bramantes olas,
Ya en sus costados con fragor se estrellan,
De espuma levantando blanca nube,
Que luego las inunda en lluvia espesa.
Mas no desmaya el generoso aliento
De los valientes de Aragón. Pelean
Con el viento y la mar, cual pelearon
Con la indómita furia sarracena.
Firmes en el timón los capitanes,
De pericia y valor dan larga muestra,
En roncas voces á la chusma animan,
Con roncas voces lo que cumple ordenan.
Y obedecidos son; crujen los cables,
Los mástiles se encorvan, las entenas

Gimen, los remos címbranse, y las proras
La espuma encienden y resurten sesgas.
Mas ¡ay!... Cuando el Señor omnipotente
Rompe con brazo airado las barreras,
Cárcel de los furiosos elementos,
¿Qué es el valor humano, qué es la ciencia?
Cada momento furibundo crece
El temporal, el huracán arrecia,
La mar sube á las nubes rebramando,
Las sombras de la noche son más densas:
Ya resistir no pueden la constancia,
Ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas
Las naves, anegadas, sin gobierno,
Sólo descanso en el abismo esperan.
Cuando Pérez de Aldana el almirante,
Que, mal herido en la batalla fiera
Que acaba de ganar á los infieles,
Yace en un lecho, donde vive apenas,
En brazos de abatidos marineros,
Que en él sus esperanzas tienen puestas,
Sube al alcázar de su rota nave,
Despreciando el turbión y la tormenta.
De un fúlgido relámpago á la lumbre
Ve el estado infeliz de sus galeras;
Reconoce que no hay más esperanza
Que del Omnipotente en la clemencia;
Y cayendo en la tabla de rodillas,
s mustios brazos trémulos eleva,
ɜn los golpes de mar todo empapado,
dando al huracán la cabellera,

Dice, en fe viva ardiendo: «Virgen santa,
Lucero de la mar, del cielo Reina,
Madre del Redentor, salva á tu pueblo,
Salva las naves de Aragón, que llevan
»Tu excelso nombre á los remotos mares,
Tu santo culto á las remotas tierras,
Siendo la santa ley del Hijo tuyo
El principio y el fin de sus empresas.
»Hago voto solemne, ¡oh Virgen pura!
Si nos concedes tu piedad inmensa,
De ir en humilde y santa romería,
De Monserrate á la enriscada sierra;
»Y colocar ante tu altar sagrado
Y rendir á tu imagen como ofrenda,
De estas nuevas victorias los despojos,
Del infiel debelado las banderas.»
Y esforzándose más la salve entona,
Que repiten mil voces. Y resuenan
Entre el bramar del huracán sañudo,
El hórrido fragor de la tormenta,
El ronco hervir de la agitada espuma,
El rugir de las olas que revientan,
De la Madre del Verbo los loores,
Que al cielo encantan y al infierno aterran.
Y perdidas no fueron las plegarias.
Jamás se pierden, porque al cielo llegan
Las que á la santa Virgen se encaminan,
Del afligido por la fe sincera.
Pues de pronto rompiéndose las nubes,
Lucero bienhechor la faz demuestra,



Que aunque al punto se eclipsa y se confunde,
Los pechos todos de esperanza llena.
Y no fué vana. El huracán violento
Siente una mano firme que encadena
Sus negras alas, y la mar sañuda
Un poder superior que su ira enfrena.
Y aunque soberbios braman y reluchan,
Y en su despecho con furor forcejan,
El mar humilla sus movibles montes,
Y el huracán se esconde en sus cavernas.
El negro manto de la noche horrible,
Rasgado y roto por la mano excelsa
Que de Aragón ampara los bajeles,
Deja á trechos brillar vagas estrellas.
Al fin marca en Oriente albor confuso
Una línea ondulosa verdinegra,
Tras la que empieza la anhelada aurora
A dar de vida y paz al mundo señas.
Los negros fugitivos nubarrones
Que aún el espacio tormentoso llenan,
A su pesar se ven engalanados
De púrpura y de gualda con cenefas.
Y aunque el sol no descubre su semblante,
Su benéfica luz los aires llena,
Y da al revuelto mar variados visos,
Y las espumas férvidas blanquea.
Rota la inmensa bóveda de plomo,
er la del cielo azul á trechos deja,
todo anuncia próxima bonanza,
que la ira de Dios se calma y templa.

Mas ¡ay, en cuál estado el nuevo día
Ve de Aragón las míseras galeras!...
Dos desaparecieron. Las restantes,
Que perdidas andaban y dispersas,
Sin mástiles las unas, sin timones
Otras, y todas á la mar abiertas,
Por llegar donde ven la capitana
Con los remos trabajan y forcejan.
Al cabo lo consiguen; animosas
Siguen el rumbo á los costados de ella,
Con constancia y con arte dirigidas
Por los hombres de mar que las gobiernan.
Y después de correr nuevos peligros
Por el mísero estado en que navegan,
Y porque el mar, aún crespo y borrascoso,
No ofrece á su anhelar segura senda,
Al esconderse el sol en el ocaso
Al puerto ansiado de la patria llegan,
Y bendiciendo al Dios omnipotente
Con las pesadas áncoras se aferran.

## II

### LA ROMERÍA.—EL DESAFÍO

¡Ay de ti si al Carpio voy!
¡Ay de ti si al Carpio vas!
*Antigua comedia.*

Entre colosos de piedra
Que con las nubes combaten,
Y desde lejos parecen
Los fulminados Titanes,
Está un templo de María
Con su milagrosa imagen,
En las elevadas crestas
Del fragoso Monserrate.
Conságranse fervorosos
A su culto en los altares
Cenobitas, que renuncian
Del mundo á las vanidades;
Y con duras penitencias,
Y con místicos cantares
La alta protección imploran
En favor de los mortales.
Y no en vano. En la capilla
Labrada de hermosos jaspes,
Los votos de plata y cera
Milagros afirman grandes.

Veinte lámparas de azófar
Tiene el retablo delante,
Y cien cándidos blandones,
Que siempre fúlgidos arden.
Allí humildes van los reyes
Á pedir que los ampare
En sus bélicas empresas
Del Verbo eterno la Madre.
Y allí tornan victoriosos
Á rendirle el homenaje
De tesoros y cautivos,
De pendones y estandartes.
De todo el orbe cristiano
Acuden á Monserrate
Los dolientes y afligidos,
Y nunca acuden en balde;
Pues parece que la Virgen
En derramar se complace
De sus gracias los tesoros
Desde aquellos peñascales.
Mas nunca la concurrencia
Es tan bulliciosa y grande
Como en el solemne día
De su fiesta memorable.

---

Era, pues, llegado; y vense
(Al esmaltar los celajes
Del Oriente hermosa Aurora,
Que del mar vecino sale)



Por los senderos del monte,
Estrechos y desiguales,
Subir apiñadas turbas
De los pueblos más distantes.
Y no sólo allí concurren
Los devotos catalanes
Y los fieles españoles
A venerar á la imagen;
Que vienen de todo el mundo
Peregrinos á millares,
Y hasta herejes y paganos,
Buscando alivio á sus males.
Ya suben en sus literas
Princesas de regia sangre,
Y en poderosos corceles
Príncipes de alto linaje.
Señores de grande alcurnia
Con escuderos y pajes,
Y en sus mulas los Prelados
Seguidos de capellanes.
Y valerosos guerreros
Por los riscos y jarales
Trepan, ostentando altivos
Armaduras rutilantes.
Y en gallardas hacaneas
Doncellas de lindo talle,
Con repulgos y melindres
Haciéndose interesantes.
Y las siguen y custodian,
Escabechadas las carnes,

Sus dueñas, que medrosicas
Van temiendo despeñarse.
Y caballeros machuchos,
Y perfilados galanes,
Y un pueblo inmenso que hierve
Y rebulle en todas partes.
De condiciones distintas
Personas chicas y grandes,
De todo sexo y estado,
De todas trazas y edades,
Suben la sierra anhelosas
Juzgando que llegan tarde;
Y se empujan y atropellan
Por dar un paso adelante.
Ricos, pobres, peregrinos,
Marineros, mozas, frailes,
Niños, viejos y mujeres,
Soldados y capitanes,
Ciegos, mudos, y tullidos,
Leprosos, febricitantes,
Endemoniados, convulsos,
Paralíticos y orates;
Gentes de todas naciones
Con diferencia de trajes,
Con diversidad de idiomas,
Con distintos ademanes.
Y la confusión de lenguas
Que se difunde en los aires,
Otra Babel la montaña
Con extraño rumor hace.



Como en jardín la convierten
De mil colores brillantes
Los penachos, y las cintas,
Y los vistosos ropajes.
Contemplados desde lejos
Los senderos ondulantes,
Atestados del gentío
Que desde el profundo valle
Con movimiento conforme
Sube á las cumbres distantes,
Ser dijéranse serpientes
Bigarradas, colosales,
Que girando entre los riscos,
Se encaramaban voraces
A devorar en las nubes
A las águilas caudales.

---

En medio de aquellas turbas,
Entre confusión tan grande,
En una humilde camilla
Sube, enfermo y anhelante,
A cumplimentar el voto
Con que libertó sus naves,
El noble PÉREZ ALDANA,
Aragonés almirante.
Mal curadas sus heridas,
Escaso de vida y sangre,
Y con la horrenda borrasca
Acrecentados sus males,



Disfrazado de romero,
Y tan otro su semblante
Con la enfermedad prolija,
Que no le conoce nadie,
Va en hombros de marineros
Sin séquito y sin bagaje,
Como cumple á un penitente
Y al voto que hizo en los mares.
Llega á la puerta del templo
Donde le acogen los frailes,
Y colocan la camilla,
De la que no puede alzarse,
Tras de un pilar del crucero,
Desde do el enfermo alcance,
A cubierto del bullicio,
A ver las solemnidades;
Pues tan postrado y doliente
Está, que así sólo es dable
El que asista á los oficios
Y á Dios pueda encomendarse.

---

Ya un sol naciente de Mayo
Atravesaba brillante
De las altas vidrieras
Los trasparentes esmaltes.
Y en el alto campanario
Sonoras voces al aire
Daban los cóncavos bronces,
Nuncios de festividades;



Y ya el inmenso gentío
Llenaba las anchas naves
Del gran templo, do la misa
Va solemne á celebrarse,
Cuando un francés caballero,
De escuderos y de pajes
Servido, arriba y penetra
Con desenfado notable
La apiñada muchedumbre,
Hasta lograr colocarse
Junto al pilar, do en su lecho
Está el herido Almirante.
Comiénzanse los oficios;
Con la cruz y los ciriales
Y su séquito y su mitra
Revestido el Abad sale.
Con torrentes de armonía,
Con sonoras tempestades
El órgano estrepitoso
Retumbar las cimbrias hace.
Vuelan las nubes de incienso
Embalsamando los aires,
Y escondiendo del retablo
Las molduras y follajes.
Y el tal francés caballero,
Sin que respeto le ataje,
Y por ver más á su gusto,
Cansado ya de empinarse,
De pie atrevido se pone,
Insultador y arrogante,



Sobre la humilde camilla
Do Pérez de Aldana yace.
Éste lo sufre un momento,
Aunque le hierve la sangre;
Mas cuando el otro le pisa
Ya no tolera el ultraje.
Y entre los dos, en voz baja,
Descompuestos los semblantes,
Pasó el diálogo siguiente,
Sin que lo advirtiese nadie:

ALDANA.

Cuidad vos, el caballero,
Lo que hacéis por distracción:
Guardad consideración
Á un impedido romero.

FRANCÉS.

Basta, buen hombre; si vos
Qué pie excelso os ha pisado
Conocieseis, muy honrado
Os creyerais, vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar
Os fuera dado quién es
Este en quien ponéis los pies,
Por Dios que habíais de temblar.

FRANCÉS.

¿Temblar yo?... ¡Temblar!... Insano,
Soy Duque de Normandía,
Y, á no estar aquí, pondría
El pie en tu rostro villano.



ALDANA.

Yo desprecio tu blasón
Y tu estirpe soberana,
Porque soy Pérez de Aldana,
Almirante de Aragón.
Y porque fuera gran mengua
Profanar el templo santo,
¡Vive Dios! no me levanto
Para arrancaros la lengua.
Mas juro de insulto tal,
Si cobro mi muerto brío,
Pediros en desafío
La reparación cabal.

FRANCÉS.

Os esperaré en París,
Y dispuesto á todo estoy.

ALDANA.

¡Ay de vos si á Francia voy!

FRANCÉS.

¡Ay de vos si allá venís!

No hablaron más, porque acaso
La gente empezó á alterarse,
Y era forzoso mesura
En lugar tan respetable.
El francés entre la turba
Juzgó oportuno borrarse,
Y al hacerlo, con enojo
Le tiró á Aldana su guante.

## III

### LAS CHARLAS

Tot homines quot sentenciæ.

La moderna Babilonia,
Ese París turbulento,
Que de espectáculos, farsas,
Chistes, riñas y festejos,
Francachelas y bullicios,
Novedades, burlas, juegos,
De caprichos veleidosos
Y de arrebatos funestos,
De virtudes las más altas,
De vicios los más horrendos,
Fué siempre constante escena,
Es, ha sido y será centro;
Lo era ya el siglo remoto
Que hoy reproducen mis versos,
Aunque reducido entonces
A límites harto estrechos,
Sin ni aun soñar la grandeza
Que le destinaba el cielo,
Y la moral importancia
Con que hoy rige al universo.
Y en agitación y pasmo,
Y en confuso movimiento
Lo tenía la llegada
De un español caballero,

Que á retar viene animoso,
Por ultrajes que le ha hecho,
Al Duque de Normandía,
Y á empeñar á muerte un duelo.
En las calles y en las plazas,
En pórticos y en paseos,
En salones y talleres,
En las tabernas y templos,
Mezquinos, lóbregos, rudos,
Que no daba más el tiempo,
Formando un París distinto
Del magnífico que hoy vemos,
Sólo se habla del combate
Y se discurre del duelo,
Circulando mil patrañas,
Ponderaciones y cuentos.
Varias son las conjeturas
Sobre el motivo secreto
Y el ultraje que ha lanzado
A tal paso á un extranjero.
Y se susurran amores
Allá en muy remotos reinos,
En que los dos personajes
Rivales ardientes fueron.
Y aun hay fementidas lenguas
Que hacen correr, sin respeto,
De ciertas princesas moras
Los nombres y devaneos.
Quién se admira de que pueda
Hombre haber de tal denuedo,



Que medir quiera su lanza
Con príncipe tan excelso.
  Quién lo juzga desacato
Á toda la Francia hecho,
Y para aquel orgulloso
Pide cumplido escarmiento;
  Quién, que ofendido está acaso
Por el Duque ó por sus deudos,
De modo distinto piensa
Y alégrase en sus adentros,
  Celebrando que haya un hombre
Destinado por el cielo
A castigar los desmanes
De príncipe tan soberbio.
  Unos recuerdan del Duque
Las hazañas y el esfuerzo,
Su valor en las batallas,
Su destreza en los torneos;
  Y miran como seguro,
Y cantan ya como cierto,
Su triunfo en aquel combate,
Como lo ha logrado en ciento.
  Del Duque exageran otros
Juveniles desaciertos,
Ponderando sus violencias,
Abultando sus excesos.
  Y en agrandar se complacen,
Exagerando los riesgos,
Las ventajas sobre el Duque
Con que cuenta el extranjero.

Dicen que el recién llegado
Es un hombre de provecho,
Alto, robusto, fornido,
Muy gallardo y muy resuelto;
Que trae corceles de guerra
De gran belleza y gran precio,
Armas de exquisito temple
Y muchísimo dinero.
Y los que dudan de todo,
Por hacerse los discretos,
Dicen, mostrando malicia,
Que suele llamarse ingenio,
Que acaso sea el desafío
Mera farsa y embeleco,
Embrollo de cortesanos
Y burlas de palaciegos.
Que el tal retador pudiera
Ser un francés embustero,
Que venga á buscar la vida
Con patrañas y con cuentos.
Los que quieren ver en todo
Algún prodigio ó portento,
Dicen, arqueando las cejas
Y con aire de misterio,
Que el lance estaba previsto,
Y que debe ser funesto,
Según una profecía
De un gran astrólogo armenio.
Que ha asegurado un obispo
Que el retador extranjero



Viene armado de indulgencias,
Y ya por el Papa absuelto.
Que sus armas son morunas,
Sospechosas en extremo,
Como lo es también un paje
Que trae vestido de negro.

---

Los que siempre se divierten
Con cuanto ocurre de nuevo,
Importándoles un pito
Que sea malo, que sea bueno,
Y que nunca indagan causas
Ni predicen nunca efectos,
Y en todo hallan ocasiones
De gresca, broma y bureo,
Gente feliz y beata,
Ó envidiable por lo menos,
Para la cual es la vida
Agradable pasatiempo,
Sólo del palenque hablan
Que en San Dionís se ha dispuesto,
Y de meriendas y bailes,
Ceremonias y festejos,
Y de las damas gallardas,
Y de los trajes diversos,
Y de cómo procurarse
En la estacada un buen puesto.
Y alégranse, varios chistes
Y equívocos repitiendo,

Que recogen en corrillos
Donde se trata del reto.
  Y cuentan, con risotadas
De un envidiable contento,
Mil historietas picantes
Que circulan por el pueblo.
  Todo es, pues, contradicciones,
Ponderaciones, extremos,
Y hasta se duda y discute
El origen del guerrero.
  Asegúrase en un corro
Que no es español, que es griego;
Mientras en otro se afirma
Que es lombardo ó que es bohemio.
  Y sobre el nombre contienden,
Aunque van todos de acuerdo
En pronunciarlo de modo
Que nadie puede entenderlo.
  Se acaloraron disputas,
Apuestas se propusieron,
Y aun resultaron camorras
Y otros desafíos nuevos.
  Mas para pintar al vivo
Lo que el París de aquel tiempo
Del tal combate pensaba,
Y charlaba del suceso,
  Referiré dos coloquios
De carácter muy diverso,
Que sobre estas ocurrencias
Hubo casi al mismo tiempo.

Uno en un salón ilustre,
Entre gente de alto vuelo;
Otro en una vil taberna,
Entre gentuza del pueblo.

---

## IV

### EL SALÓN

—Buenas noches; ¿qué hay de nuevo?
—Hay ocurrencias notables.
*Versos de una comedia.*

En un salón no muy grande,
Cuadrado y con alto techo,
Do rudo ensamble mostraba
Obscuro artesón de cedro,
Dos ojivas sobre el río,
Adornadas de arabescos,
Por sus turbias vidrïeras
Hechas de vidrios pequeños,
Dejaban difícil paso
A los rayos postrimeros
De un sol poniente de otoño,
Con celajes encubierto.
Por las extensas paredes
De guerra y caza trofeos
De altas escarpias pendían,
Ó de armaduras de ciervos.



De mármol la chimenea
Llenaba todo un testero,
Timbres mostrando y follajes,
Y bizantinos grutescos.
Á otro lado campeaba
Un oratorio pequeño
De nácar, de concha y bronce,
Primoroso por extremo,
Do á la imagen de la Virgen,
De un arte perdida esfuerzo,
Una lámpara de plata
Daba amarillos reflejos.
De nogal duros escaños
Muy pulidos y muy tersos,
Y unos sitiales enormes
Ornaban el aposento.
Un gran bufete ochavado
Estaba plantado en medio,
Con un tapete de Persia
Con borlones y con flecos.
En el bufete jugaban
A las tablas con sosiego
Dos maduros personajes
De muy diferente aspecto.
Era el uno un conde ilustre,
De la casa amigo y deudo,
Que en la Turena tenía
Sus castillos y sus feudos.
El otro un abad notable
Por su astucia y su talento,

Predicador de gran nombre,
Y en la corte de gran peso.

---

Mientras estos dos jugaban,
Allí cerca y en silencio
En un gran sillón forrado
Con un recamado cuero,
La señora de la casa,
De rostro grave y sereno,
De edad dudosa y de porte
Aristocrático y serio,
Con las tocas de vïuda
Y monjil rico, aunque negro,
Que daban mayor realce
A su distinguido aspecto,
Atentamente hojeaba
Un librito muy pequeño,
Con manecillas de oro
Y tapas de mucho precio:
Manuscrito lindo y raro,
Adornado con esmero
De brillantes miniaturas
Y dorados arabescos,
Que á la devoción brindaba,
Y facilitaba el rezo
De las horas de la Virgen
Y los santos Evangelios.
Y si la dama apartaba
De él los ojos un momento,

Ó era para dar al Conde
De una jugada el consejo,
Ó para en las controversias
Propias de lances de juego
Irse siempre de su bando,
Y con tesón defenderlo:
Lo que tal vez producía
De malicia un fino gesto
En el abad, que cortaba
De la fresca viuda el vuelo...

---

En el hueco de una ojiva,
Donde le daba de lleno
La última luz de la tarde
Que expiraba por momentos,
Ante un bastidor, sentada
Sobre un cojín en el suelo,
Estaba una linda niña
De veinte años no completos.
Delicada, blanca, pura,
De oro acendrado el cabello,
Que en bucles y en anchas trenzas
Bajaba á adornar el seno,
Boca de perlas y rosas,
Ojos de color de cielo,
Y el total más expresivo,
Y el conjunto más modesto.
Era Matilde, la hija
De la casa, el embeleso

De su madre, y el encanto
De los amigos y deudos.
  Bordando estaba un tapete
Con emblemas y misterios
De la pasión, recamados
No sin destreza y acierto.
  Y viendo borrados casi
Del sol los últimos dejos,
Y que la luz le faltaba,
Fué su labor recogiendo.

---

  A poco en la erguida torre
Del contiguo monasterio,
El *Angelus* anunciaron
De las campanas los ecos,
  Y aquellas cuatro personas
Ante el oratorio fueron,
Do hincándose de rodillas
Entonaron breve rezo,
  De que dijo los latines
El noble abad, á quien luego
Todos besaron la mano
Con ceremonial respeto.

---

  Dos pajes, ambos vestidos
De jalde, de rojo y negro,
Entraron. Y mientras uno
Puso del bufete en medio



Enorme velón de plata,
Que iluminó el aposento,
Cerró el otro las maderas,
Los cortinajes corriendo.
El Conde, el abad, la dama
A sus sillones volvieron,
Y ésta á su devocionario
Y los otros dos al juego;
Y quedando en pie Matilde,
Apoyó el cándido seno
De la madre en el respaldo,
Inclinado el rostro bello.

De afuera de la mampara
Anunció una voz en esto,
Al señor Barón, que alzando
El tapiz entró resuelto.
Era muy gallardo joven,
Alto, delgado y bien hecho,
Y quitándose la toca,
Y el bigote retorciendo,
Y sonando las espuelas
Contra las losas del suelo,
Con finísima elegancia
Y porte de caballero,
A la señora viuda
Saludó con gran respeto,
Besóle al abad la mano,
Dió la suya al Conde viejo;



Y con sonrisa graciosa,
Y particular afecto,
A la divina Matilde
Hizo reverencia luego.
Ella de púrpura ardiente
Dió esmaltes al rostro y pecho,
Correspondiendo al saludo
Con ademán muy modesto.
Mas tal vez un malicioso
Pudiera haber descubierto
En las tímidas miradas
Algún futuro himeneo.
Después de las cortesías
Y forzosos cumplimientos,
Aquellas cinco personas
Este coloquio emprendieron:

SEÑORA.

Decidme, noble sobrino,
¿Cómo tan tarde venís?

BARÓN.

Vengo ahora de San Dionís,
Y está muy malo el camino.

CONDE.

¿Va el palenque adelantado?

BARÓN.

Lo está bastante.

ABAD.

¿Y qué tal?

BARÓN.

No me ha parecido mal.

MATILDE.

¿Y está con gusto adornado?

BARÓN.

Magnífico es el dosel
Y los palcos y antepechos,
Aunque parecen estrechos,
No desdicen nada de él.
Y pondrán, á lo que creo,
En los ángulos banderas,
Tapetes en las barreras,
Y en cada entrada un trofeo.

MATILDE.

¿Y es muy grande?

BARÓN.

Grande asaz...
No sé los pasos que cuenta...
Pero, según aparenta,
De media Francia es capaz.

ABAD.

¡Y se llenará!!!

BARÓN.

No hay duda.
Á ver un lance de honor,
Y de gloria y de valor
No habrá francés que no acuda.

ABAB.

Yo siempre deploraré
Tales lances. Los cristianos
Tan sólo con los paganos
Deben lidiar por la fe.



SEÑORA.

¿Conque sale á pelear
Un duque de Normandía?...

CONDE.

¿Y juzgáis, señora mía,
Que lo pudiera evitar?

SEÑORA.

¡Un Príncipe!!!

CONDE.

Es caballero,
Y precisa obligación
El darle satisfacción
Á un ofendido extranjero.

SEÑORA.

Sí, á cualquiera...

CONDE.

No á cualquiera.
Ese español campeón
Almirante es de Aragón
Y de la sangre primera.

SEÑORA.

¿Y será ese caballero
De veras tal personaje,
Ó mintiendo nombre y traje
Un vulgar aventurero?

CONDE.

Señora, trae de su Rey
Cartas y autorización.
Es ricohome de Aragón,
Caballero de alta ley.

BARÓN.

Probarme con él quisiera;
Que al cabo es un extranjero,
Que viene insolente y fiero
A insultar á Francia entera.

ABAD.

Pues yo no juzgo que Francia
Tenga aquí nada que ver.

BARÓN.

¿No es insultar su poder
Esa extranjera arrogancia?

ABAD.

Es lance particular,
Que ya los cristianos reyes,
Aboliendo absurdas leyes,
Debieran no autorizar.

BARÓN.

Cuando se toca al honor,
Ni el Papa mismo es capaz...

ABAD.

Yo soy ministro de paz,
Vos... un joven lidiador.

SEÑORA.

¡Válgame Dios, buen sobrino!

BARÓN.

Perdón pido si hubo exceso.
En tal cuestión, lo confieso,
Me acaloro y pierdo el tino.

CONDE.

Yo aplaudo este honroso medio,

Y el que el español gallardo
En él busque sin retardo
De su honra herida el remedio.

BARÓN.

Pues no me gustara á fe
Encontrarme en su lugar.
Temo que le ha de pesar.

CONDE.

Señor Barón, ¿y por qué?

BARÓN.

Porque el Duque es muy valiente,
Nadie en destreza le alcanza,
Y querer medir su lanza
Es pretensión de demente.

CONDE.

Yo de su valor no dudo:
Así más juicio tuviera,
Y así su comporte fuera
Más hidalgo y más sesudo.

BARÓN.

No deis crédito á rumores
De sus viles adversarios.

ABAD.

¿Vos sois de sus partidarios?

BARÓN.

Le debo muchos favores.

CONDE.

Bien, no niego su valor;
Mas también el Almirante



Goza fama relevante
De bravo y de justador.

BARÓN.

Le envidio sólo un corcel
Que ha traído de su tierra.
¡Qué gran caballo de guerra!
No he visto otro mejor que él.

MATILDE.

¿Es muy lindo?... ¿De qué pelo?...

BARÓN.

Es tordo rodado obscuro,
Y las crines, de seguro
Le descienden hasta el suelo.

MATILDE.

¿Y viene al uso de España
Vestido ese personaje?

BARÓN.

No le he visto; mas su traje
Cosa debe ser extraña.

MATILDE.

¿Trae mucho séquito?

BARÓN.

Sí.
Trae salvajes, y trae moros
Y un paje negro.

SEÑORA.

¡Qué horror!...

MATILDE.

¿Y es muy rico ese señor?...

BARÓN.

Cuentan que tiene tesoros.

SEÑORA.

Vuelvo á mi tema; este lance
Me tiene en gran desconcierto,
Pues si es lo que afirman cierto,
Me recelo algún percance.

ABAD.

¿Qué afirman?

CONDE.

Un desatino.

SEÑORA.

Cuentan que, estando en la cuna,
Le anunció escasa fortuna
En un duelo, un peregrino.

ABAD.

¿A quién?...

SEÑORA.

Al de Normandía.
Y corre en todo París
Que le dijo: *«En San Dionís*
*Veréis vuestro último día.»*

ABAD.

¿Es posible?...

SEÑORA.

¿Por qué no?

CONDE.

Señora, eso es delirar,
Y enrodado debe estar
Quien tal patraña inventó.

SEÑORA.

¡Pues qué!... ¿Acaso no pudiera?...
Dígalo el señor abad.

ABAD.

Dón profético, en verdad,
Puede dar Dios á quien quiera.

SEÑORA.

Hay quien afirma también
Que ese español atrevido,
Con hierbas que ha recogido
En el campo de Belén,
Logra hacerse invulnerable,
Y que grabó en su armadura
Palabra de la Escritura
Un rabino detestable.
Y que ese negro bozal,
Que dicen que trae consigo,
Si no es el mismo enemigo,
Puede ser otro que tal.

ABAD.

Entre guerreros cristianos
Yo no admito tales cosas,
Porque son pecaminosas
Y propias de los paganos.

CONDE.

Ni un ricohome aragonés
Usara supercherías.
Esas son habladurías
Del vulgacho descortés.

BARÓN.

Si son ciertas nada importa,
Porque del Duque la espada,
Con su valor manejada,
Hasta los encantos corta.

SEÑORA.

¿Y cuándo es el duelo?... Dí.

BARÓN.

En la semana que viene.
Ya el Duque padrino tiene...

CONDE.

¿Y quién es?

BARÓN.

Montmorency.

MATILDE.

¡Ay, qué viejo!...

SEÑORA.

Viejo es.
Pero ha sido muy valiente,
Muy galán, y muy prudente,
Y honra del nombre francés.

ABAD.

¿Y del señor Almirante?

BARÓN.

Según dicen, eligió,
Y nuestro Rey lo aprobó,
Al buen Duque de Brabante.

MATILDE.

Mamá, ¿nosotras iremos
A ver ese desafío?

SEÑORA.

Sin duda, aunque á pesar mío,
Convidadas estaremos.

BARÓN.

Si Matilde allí faltara,
Faltara la mejor flor.

SEÑORA.

Que muriera de terror
Si sangre se derramara.

BARÓN.

Sangre, y mucha, debe haber,
Que el desafío es á muerte.

ABAD.

¿Pero el agravio es tan fuerte
Que tal fin deba tener?

BARÓN.

Un pisotón.... bofetadas...
Una señora... No sé.

ABAD.

Cuentan que en la iglesia fué...

CONDE.

Se dicen mil badajadas.

MATILDE.

Ojalá sea hermoso el día
Y esté despejado el sol...
¿Quién vencerá, el español
O el Duque de Normandía?

BARÓN.

Pues qué, prima, ¿lo dudáis?

MATILDE.

Yo imagino que el francés.

BARÓN.

Eso lo seguro es.

CONDE.

¿Y si acaso os engañáis?

BARÓN.

¿Queréis, pues, de amigo á amigo,
Aquel arnés de Milán
En contra de mi alazán
Apostar aquí conmigo?

ABAD.

Ociosas apuestas son:
Lo que cumple averiguar,
Para poder presagiar,
Es quién tiene la razón.

---

Al llegar aquí el coloquio
Los pajes lo interrumpieron,
Presentándose en la sala
Seguidos de un escudero.
Y en sendas grandes salvillas
Circularon y sirvieron
Lucientes tazas de plata,
Dorados fondos y cercos,
Llenas de caliente vino,
Sabrosamente compuesto
Con miel y finas especias,
Que era el usado refresco.



El Barón alegre y joven,
Y el Conde sesudo y viejo,
Continuando la disputa
Sendas tazas se sorbieron.
También el abad las suyas
Se echó sin chistar á pechos,
Y á la dama y á Matilde
Agua sirvió el escudero.
En tanto sonó la queda,
Y el toque de *cubrefuegos*,
Y haciendo galán saludo
Los tres tertulios se fueron.

## V

### LA TABERNA

Hubo mientes como el puño,
Hubo puños como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.
*Quevedo.*

Mientras esto sucedía
En el salón susodicho,
Donde opiniones diversas
Mis lectores han oído,
En un sitio retirado,
Parte de aquel laberinto

Que aún visitan los viajeros,
Como el París primitivo,
Un sótano obscuro había
Muy miserable y mezquino,
De que la puerta era puerta
Y ventana á un tiempo mismo.
De la calle estrecha y sucia
Una rampa ó precipicio
Al tal sótano bajaba,
Por tener más hondo el piso.
Sus abolladas paredes,
De verdín húmedo y frío,
De manchas, de enormes grietas
Y de hollín nuevo y antiguo,
Estaban entapizadas,
Aumentando lo sombrío
Lo triste y lo cavernoso
De tan repugnante sitio.
Amueblaban aquel antro
Cuatro ó seis mesas de pino,
Dos toneles en el fondo,
Y un mostrador de ladrillo.
Y jarros de cobre, y tazas
De peltre, y vasos de vidrio
Colgaban de gruesos clavos
Por los postes y macizos.
Alumbraban todo aquello,
Que el sol jamás había visto,
De una resinosa tea
Los resplandores rojizos,

Que ora envueltos en el humo,
Ora espléndidos y vivos,
Ora azulados y muertos
Siempre en onduloso giro,
Luz mudable, incierta daban,
Raros fantásticos visos,
Y aparente movimiento
A paredes y á utensilios.
Un hombre de faz siniestra
Y de muy pobre atavío,
Pero atlético, robusto,
Callado, astuto y ladino,
De la taberna era el dueño,
Y hombre de pocos amigos;
Bandolero cuando mozo,
Y ratero cuando niño.
Y que se pasó diez años
Hacia atrás, entretenido
En ser suplente del viento
Y en hacerle á la mar chirlos.
De pechos echado estaba,
Soñoliento ó discursivo,
En el mostrador, cuidando
Su palacio y sus dominios.

---

En derredor de una mesa,
Con un gran jarro de vino,
Y con tres tazas de peltre,
Tres hombres tomaron sitio.

Era el uno un carnicero,
El otro un matón de oficio,
Y el tercero era un lacayo
De un barón ó de un obispo.
En otra mesa inmediata,
A poco hicieron lo mismo,
Un hombre de armas machucho,
Y un lego de San Francisco;
Y en la mesa más distante,
Como huyendo del bullicio,
Dos mujeres del mercado,
Un muchacho y un esbirro.
Y entre estas nueve personas
Se entabló, no sin rüido,
Entre un trago y otro trago
El coloquio que trascribo.

---

CARNICERO.

Carne larga, ¡vive Dios!
En San Dionís ha de haber.

LACAYO.

Fuera curioso de ver
El que murieran los dos.

CARNICERO.

¡Ojalá!

MATÓN.

Gran tonto es
El Duque de Normandía,



Pues de su empeño saldría
Fácilmente.

LACAYO.

¿Cómo, pues?

MATÓN.

Encargándomelo á mí,
Que he sacado á otros señores
De empeños harto mayores,
Como es notorio.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Tú?...

MATÓN.

Sí.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Qué has de haber sacado tú?

MATÓN.

Como al Duque lo sacara,
Si el Duque me lo pagara.

LACAYO.

Llévaselo Belcebú.
No importara á nadie un pito,
Pues no hay en el mundo entero
Un señor más altanero,
Más tacaño y más maldito.
Dos meses que lo serví
Pasé muy amargos días,
Y sólo bellaquerías
En aquel palacio vi.

MUJER 1.ª

Mientes, pícaro ladrón.

LACAYO.

Gracias.

MUJER 1.ª

Borracho, alevoso;
El Duque es bueno y rumboso.

LACAYO.

¿Contigo acaso, pendón?

MATÓN.

¿Si querrá hacernos creer
Que el Duque es su enamorado?

MUJER 1.ª

¿Y por qué no, desalmado,
Si él es hombre y yo mujer?

LACAYO.

Ésta una hermanilla tiene
Guapita y de buen despacho...

MUJER 1.ª

Calla, pícaro borracho.

LACAYO.

Callo porque te conviene.

MATÓN.

Eso no es el del caso; yo
Sólo repito que el Duque
Prevenir debiera el truque
Buscando un hombre de pro.

HOMBRE DE ARMAS.

El Duque no necesita
Que ningún bravo le ayude;
Pues como nadie sacude

Al cuitado que lo irrita,
Y ese español arrogante...

CARNICERO.

No es español.

ESBIRRO.

Sí lo es.

HOMBRE DE ARMAS.

Lo veremos á sus pies
Destrozado y palpitante.

MUJER 2.ª

Se ve que no lo habéis visto
Como yo. Es un hombretón
Más fornido que un Sansón,
Y buen mozo, ¡vive Cristo!

MUJER 1.ª

¿Buen mozo y español? ¡Bah!
Un judío... un sarraceno...
Muy velludo, muy moreno...
¡Buen mamarracho será!

MUJER 2.ª

¿Mamarracho?... Ya te dieras
En el pecho con un canto
Si te mirara.

MUJER 1.ª

¡Qué espanto!

MUJER 2.ª

En esa que tú te vieras.
Y muchísimo dinero
Y joyas que trae consigo.



MATÓN.

¡Joyas! ¡Dineros!... Amigo
Me haré de su posadero.

ESBIRRO.

¿Para qué?

MATÓN.

Para guipar
Con alguna sutil treta
Dónde pone la maleta...

ESBIRRO.

*Poniéndose de pie.*

No lo puedo tolerar.
Soy ministro de justicia,
Y al punto debo prender
A quien osa cometer
Robo con tanta malicia.

HOMBRE DE ARMAS.

Déjalo.

MATÓN.

Y ¿quién ha robado?

LAS DOS MUJERES.

Dejadlo, que esto es hablar.

ESBIRRO.

Me va un cuartillo á pagar,
Ó va á la cárcel atado.

LEGO.

Mi hábito lo ampare; basta.

ESBIRRO.

¿Y la multa?



LEGO.

Basta, amigo.

ESBIRRO.

*Sentándose.*

Siempre quedan sin castigo.
Los pájaros de esa casta.

CARNICERO.

Basta, y unidos bebamos,
Y renazca la alegría,
Que por una niñería
No es bien que nos desunamos.

MUJER 1.ª

*Brindando á todos.*

¡Viva el Duque!

LEGO.

¡Viva!

HOMBRE DE ARMAS.

¡Viva!

MUJER 2.ª

Quien vivirá es el guerrero
Que viene gallardo y fiero
A domar su furia altiva.

LEGO.

Será lo que quiera Dios.

CARNICERO.

Por mí que haya sangre y mucha,
Que sea terrible la lucha,
Y que allí queden los dos.

LEGO.

Del Duque es gran protector
Mi buen Padre San Antonio.

HOMBRE DE ARMAS.

Y puede lo sea el demonio
Del osado retador.

ESBIRRO.

Puede ser.

MUJER 1.ª

Lo es de seguro.
¿No habéis visto aquel lacayo,
Que trae con un negro sayo
Y el semblante tan obscuro?
Pues es... es...

LEGO.

¿Un familiar?

MUJER 2.ª

Eso. Y dicen que allá un moro
Le vendió á peso de oro
El peto y el espaldar.
Y que un sabio encantador
La lanza le ha regalado.

LEGO.

Y cuentan que endemoniado
Estuvo el año anterior.

CARNICERO.

¡Jesús!... ¿Y no le sacaron
Los espíritus?

LEGO.

Sí, allá

En su tierra; mas quizá
Dentro alguno le dejaron.
Por eso tiene tal brío,
Y es así tan quimerista.

MUJER 2.ª

Y no habrá quien le resista.

CARNICERO.

Mas ¿por qué es el desafío?

MUJER 1.ª

Por una princesa mora.

MUJER 2.ª

¡Qué mora!... Si era judía.

LACAYO.

Mi amo dijo el otro día
Que era por una señora,
De allá... de allá... muy distante,
Que encantada, ó cosa tal,
En una urna de cristal
La tiene un gran nigromante.

MATÓN.

Fué una disputa de juego:
Al español cogió el Duque
Haciéndole un falso truque,
Y se puso de ira ciego.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Piensas que el Duque, cual tú,
Va á meterse en los garitos?

MATÓN.

Disfrazado, en infinitos
Lo he visto por mi salú.

HOMBRE DE ARMAS.

¡Lo que ve el vino!

MATÓN.

Capaz
Con vino y sin vino soy.

HOMBRE DE ARMAS.

Que ya amoscándome voy.

TODOS.

Caballeros, haya paz.

MUJER 1.ª

Pues yo al tramposo bribón,
Sin andarme en desafíos,
Cortado hubiera los bríos
Plantándole un bofetón.

CARNICERO.

Los retos son tonterías,
Invención de cortesanos,
Por no venir á las manos
Y arreglarlo en cortesías.
No así la gente villana;
Tras el insulto el castigo,
Sin dejar al enemigo
Que lo piense hasta mañana.

MUJER 1.ª

Á ver el combate iremos.

MUJER 2.ª

De seguro.

LACAYO.

Y aunque arda



Cada golpe de alabarda,
Aguantarlo, y entraremos.

LEGO.

Guardas y arqueros burlar
Sé yo con destreza mucha.
Llego, calo la capucha,
Digo: *Deo gratias*, y á entrar.

MATÓN.

¿A que impido yo la fiesta,
Y todo el gran aparato
Aniquilo y desbarato?
¿Quién formaliza una apuesta?...

MUJER 1.ª

No lo hagas, no.

HOMBRE DE ARMAS.

No lo hará.

MUJER 2.ª

No nos agües la función.

MATÓN.

Vaya, me dais compasión,
La fiesta no faltará.

ESBIRRO.

¿Y qué pensabas hacer
Para la fiesta impedir?

MATÓN.

Os lo voy á descubrir,
Pues que apuesta no ha de haber.
Cuando marchara á la liza
Ese retador ufano,

Le metiera yo la mano,
Y le diera una paliza.

LACAYO.

¿Y sus pajes y escuderos?

MATÓN.

Esgrimiendo yo el montante,
No me quedaba un tunante
De esos viles extranjeros.

MUJER 2.ª

Mira que diz son salvajes,
Y unos moros muy feroces
Que dan bocados y coces,
Y que hacen muchos visajes.

LEGO.

Y allá en las tierras de España,
Ha visto mi guardián
Gigantes bárbaros tan
Altos como una montaña.

MATÓN.

Pues quisiera verlos yo.

ESBIRRO.

Pues yo no quisiera verlos.

CARNICERO.

Ni yo, amigos, mantenerlos.

Al Hombre de armas.

¿Los habéis vos visto?

HOMBRE DE ARMAS.

No.
Y eso que he corrido tierras
Y regiones muy distantes;

Mas nunca he visto gigantes,
Ni en las paces, ni en las guerras.

MUCHACHO.

Pues aquí están ya. Y no deja
A mi hermana la abuelita
Salir, porque ¡pobrecita!
No se la coman.

HOMBRE DE ARMAS.

¿La vieja
Los ha visto?

MUCHACHO.

Los ha visto.
La otra noche, ya muy tarde.

MUJER 1.ª

De ellos el cielo nos guarde.

LEGO.

Ampárenos Jesucristo.

MUCHACHO.

Dice mi abuela que son
Como torres, y que un niño
Se manducan sin aliño,
Cual si fuera un chicharrón.

MUJER 2.ª

¡Jesús! ¡Jesús!

MATÓN.

Yo una vez
Uno maté en Berbería,
Que unas cien varas tendría,
Y negro como la pez.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Y era de veras gigante,
O era un tonel de buen vino?

MATÓN.

Poniéndome voy mohino
Al veros tan insultante.
Y con el bigote cano
Y esa reserva, también
Se achispa el hombre de bien,
Como otro cualquier cristiano.
Y si él gigantes no vió,
No le fué posible verlos,
Porque tan sólo de olerlos,
De puro miedo cegó.

HOMBRE DE ARMAS.

De pie.

Infame, ¿qué es lo que dices?

TODOS.

Levantándose.

Haya paz.

HOMBRE DE ARMAS.

No me alborotes.

MATÓN.

De pie.

Ya me queman los bigotes,
Y me pican las narices.
Y á cuatro pasos de aquí
No me dijera...

HOMBRE DE ARMAS.

Gran tuno,
¿Te atreves?...

MATÓN.

Es que ninguno
Me moja la oreja á mí.

HOMBRE DE ARMAS.

Pues á mojártela va
Este jarro en nombre mío.

MATÓN.

Y ese tu caduco brío
Esta mesa aplastará.—
Y diciendo de este modo,
Y casi al instante mismo,
El jarro y la mesa andaban
Por el aire dando brincos.
Tras el mostrador metióse
El muchacho, más que asilo,
Buscando alguna cosuela
Que meterse en el bolsillo.
El carnicero furioso
Le dió al fanfarrón auxilio,
Con una enorme cuchilla
Que llevaba atada al cinto.
Al lado del hombre de armas
Entró en la lucha el esbirro,
Formándose una trinchera
Con las mesas y banquillos.
El buen lego y el lacayo
Se fueron, más advertidos,



A retozar con las mozas,
Que en un rincón daban gritos.
  Mas hallaron con sorpresa,
Que en lugar de recibirlos
Como á guardas de sus honras
Y de sus prendas padrinos,
  Con las uñas afiladas
Y con feroces mordiscos
Los recibieron, pues eran
No mujeres, sino grifos.
  El tarbenero, furioso
De ver armado tal cisco,
A pescozones en vano
Calmar la contienda quiso.
  Vuelan las mesas y tazas,
Suenan voces, danse aullidos,
Maldiciones y blasfemias
Ensordecen el recinto.
  Se hieren, y se magullan,
Se desgarran los vestidos,
Se contunden, se martillan,
Con sangre riegan el piso.
  Y era aquel antro asqueroso
Una cueva del cocito,
Un horrendo pandemonium,
Un retrato del abismo.
  Cuando apareció la ronda,
Se bebió de balde el vino,
Sacó una multa en dinero
Al dueño del domicilio;

Y repartiendo moquetes,
Se llevó á aquellos mosquitos,
A que durmiesen la mona
Al arrullo de los grillos.



## VI

### LA LID

Ya los caballos relinchan,
Ya rompen por todo el campo,
Ya las lanzas son astillas,
Ya los arneses bollados.

*Romancero general.*

Era una hermosa y plácida mañana
De fresco otoño, que ubertoso y grato
Del Sena los contornos engalana
Con parda pompa y con vistoso ornato;
Y el sol desde celajes de oro y grana,
De su imperial dosel rico aparato,
Torrentes derramó de lumbre pura
De San Dionís por la feraz llanura.
Y esclareció con ricos resplandores
El cerrado palenque y ancha liza,
Donde van á probar los justadores
temple que sus nombres eterniza;
.ndo vivos cambiantes y colores
luz al regio trono, que autoriza

El campo circundado de banderas,
Gradas, trofeos, palcos y barreras.
Se agita en torno la apiñada gente,
Burlando del arquero la amenaza,
Pues que la turba indómita y creciente
Inunda pronto la extendida plaza.
Y vase acomodando inobediente
Do puesto encuentra ó de adquirirlo traza,
Y llega sin cesar nuevo gentío
Anhelando encontrar puesto vacío.
Mas ya lo encuentra apisonado todo,
Y del retardo con despecho brama.
Ni oro ni fuerza logran acomodo,
Ni aun miramiento seductora dama.
Por fuerza tiene que avenirse á todo,
Si alguno en los pilares se encarama;
Los más en grupos apretados quedan
Do el rumor escuchar al menos puedan.
Ya en los palcos señoras y señores,
Con ropajes espléndidos de gala,
Forman como un jardín de varias flores,
Que el amoroso céfiro regala:
Y relámpagos dan y resplandores
Las ricas joyas donde el sol resbasla,
En pechos, puños, talles y cabezas
Ostentando á la par gusto y riquezas.
Las barreras, las gradas, los tablados
Una masa uniforme presentaban
De cabezas y cuerpos apiñados,
Donde algunas bellezas resaltaban.



De trecho en trecho arqueros apostados
El más leve desorden atajaban:
Y confuso rumor y gritería
Por el espacio cóncavo cundía.
  Cuando de trompa bélica el aliento
La atmósfera purísima asordando,
Dándole voz al sosegado viento
Y en los vecinos montes retumbando,
Que llega el Rey para ocupar su asiento
Al gran concurso anuncia, que anhelando
De su lealtad manifestar la llama,
Con mil *vivas* y mil su nombre aclama.
  Entra el Rey con el manto y la corona,
El cetro augusto en su derecha brilla,
Y apoyado en el Conde de Narbona,
Grave se asienta en la elevada silla.
En derredor acatan su persona,
Doblando al acercarse la rodilla,
Los Príncipes, los Condes y los Pares,
Con ricas vestes, cotas y collares.
  Treinta armígeros fórmanse delante
Del real balcón para decoro y guarda.
El sol refleja puro y rutilante
En una y otra fúlgida alabarda.
Y un heraldo publica en voz tonante,
Que el bullicio y confusa zalagarda
Vence, las contratadas condiciones
De entrambos guerreros los blasones.
  Mas cuando queda mudo el gran gentío,
Y al ver bajar pausados á la arena

A los jueces del campo y desafío,
Por ver si está de oculto engaño ajena.
Es el de más edad y menos brío
El respetable Conde de Turena.
El otro el Duque de Nemur sesudo,
Que aún puede manejar lanza y escudo.
Y después que el terreno aseguraron
Con público solemne juramento,
Reverenciando al Rey, se retiraron
Para ocupar su distinguido asiento.
Y trompas y timbales anunciaron,
Y pónese el concurso en movimiento,
Que á esperar, cual retado, ya venía
El Duque y poseedor de Normandía.
El pecho palpitó del soberano,
Era padre también, y dió al semblante
Ligera palidez, que quiso en vano
Tiranizar la majestad radiante:
El portillo que estaba á diestra mano
Ábrese, y el concurso palpitante
Clava la vista en él, y espera ansioso
La llegada del Duque valeroso.
Entran en la estacada dos maceros
De la Casa Real, y en pos venían
Doce antiguos y nobles caballeros
Con arneses que al sol resplandecían;
En caballos altísimos y fieros
Que gualdrapa y penacho embellecían,
Siguen los ecos de un clarín sonoro,
Y arbolan un pendón con lises de oro.

De dos en dos y en orden, ocho pajes
En seguida pasaron la barrera,
Todos de nobles casas y linajes,
Brillando en todos juventud primera;
En sus pintadas plumas y en sus trajes
Pudiera hallar la varia Primavera
Nuevos matices, tintas y colores,
Con que esmaltar sus predilectas flores.
En dos negros corceles de pelea,
De cuerpo esbelto, sí, pero membrudo,
Dos escuderos con azul librea
Llevan uno la lanza, otro el escudo.
Aquella en cuyo hierro el sol chispea,
Prenda es de brazo guerreador forzudo,
Y cinco lises de relieve en oro
Son del escudo azul noble tesoro.
Y llevando á su diestra en un overo
Al gran Montmorency (que se titula
De barones cristianos el primero,
Y con tal mote su blasón rotula),
En un normando pisador ligero,
Cuya tendida crin al viento ondula,
Y á cuya planta el suelo se estremece,
El Duque altivo armado resplandece.
Lleva en oro listada la armadura,
Y encima ostenta de color celeste,
Con armiños y rica bordadura,
Jna elegante y suelta sobreveste.
éndele del arzón ó la cintura,
ara que ayuda en la ocasión le preste,

Al lado opuesto de la espada noble,
Ferrada maza ponderosa y doble.
Un soberbio penacho, que se mece
Orgulloso en la altísima cimera,
Azul y jalde, matorral parece,
Que es de un gigante risco cabellera.
Abierta la celada comparece
La faz adusta, desdeñosa y fiera,
Boca anhelante, los bigotes rojos,
Y con brillo satánico en los ojos.
Porque del Rey es hijo lo saludan
Mezquinos lisonjeros cortesanos,
Y algunos, demostrando que no dudan
De su triunfo, le aplauden con las manos.
Las mejillas de nuevo se demudan
Del Rey, y aun tiemblan sus cabellos canos;
La caterva silencio guarda esquivo,
Que no era popular el Duque altivo.
Éste, después que reverente acata
A su padre y señor, manda despeje
La pomposa y lucida cabalgata,
Y que la liza desocupe y deje.
Tranquilo la visera cierra y ata,
Pide á Montmorency que no se aleje,
La lanza empuña y címbrala forzudo,
Toma y embraza el rutilante escudo.
A la parte siniestra se oye en esto
Bullicio popular, que da el alerta
A cuantos tienen en el circo puesto
Y tornan sus miradas á la puerta.



Sonoras trompas anunciaron presto
Que el retador á la estacada abierta
Llega: el concurso en inquietud lo aguarda
E impaciente imagínase que tarda.
Entran *¡viva Aragón!* roncos gritando,
Sin que entenderlos sepa el gran gentío,
Catorce almogabares, ostentando
Continente feroz y extraño brío,
Y el estandarte de Aragón alzando,
De quien el orbe acata el poderío.
Pasman á todos su apostura y gesto,
Su raro traje y su marcial apresto.
Cubren sus cuerpos recios y membrudos,
En vez de floja malla ó armadura,
Pieles hirsutas de animales rudos,
Que ciñe tosco hierro á la cintura.
A mengua tienen el usar de escudos.
Liso casco sin cresta ni moldura
Llevan en la cabeza relevada:
Sus armas son tres dardos y una espada.
Después en seis corceles andaluces
Entran seis nobles jeques agarenos,
Con plumas de africanos avestruces
En los turbantes de joyeles llenos.
Terciados los gallardos albornuzes,
Rijen con gracia tal los blandos frenos,
Oue arrebataron á la turba inmensa,
ıes aplauso sonoro les dispensa.
Del almirante Aldana eran vasallos,
gándole tributo como á dueño.

Y él por hacer alarde, ó por honrallos,
Los trae de escolta al peligroso empeño.
En dos fuertes bellísimos caballos,
El uno flor de lino, otro peceño,
La lanza un paje trae, de hierro agudo,.
Y el otro, sin blasón un liso escudo.
De un paje es escarlata la librea,
Del otro es toda negra, y es el mismo
Que ha dado margen á la extraña idea
De ser un mensajero del abismo.
Y no falta en la turba alguien que crea
Que fuera conveniente un exorcismo.
Y cunden conjeturas y temores,
No sólo entre la plebe, entre señores.
Llega, por fin, y á su derecha mano
Como padrino el Duque de Brabante,
Que el freno rige de un corcel germano,
El noble retador, el Almirante.
Un tordo cordobés, fino, lozano,
Fogoso, ligerísimo, arrogante,
Y cuya crin al casco descendía,
Rige y gobierna con marcial maestría.
Sobre un sayo de cuero un coselete
Lleva, y todo el arnés empavonado.
Con un bilbilitano capacete,
De rojas plumas el crestón ornado.
Demuéstrase destrísimo jinete,
Y con banda de púrpura va honrado,
Que indica entre los cargos militares
La dignidad suprema de los mares.

También sacaba en alto la visera,
Y tostado del sol muestra el semblante,
Pardos los ojos, negra cabellera,
La mirada segura y centellante,
Negros bigotes, la expresión severa,
Mas no descomedida ni arrogante:
Toma el escudo y la fornida lanza
Y á saludar al Rey piafando avanza.
Cálase la visera, y se retira
Su séquito, quedándose el padrino.
A su contrario sin desprecio mira.
Todo lo espera del favor divino.
Respeto su presencia noble inspira,
Y á su pesar la multitud convino
En que era el español fuerte guerrero
Y gallardo y cumplido caballero.
De nuevo á la estacada descendieron
Los respetables jueces, las corazas
Y las lanzas y espadas recorrieron,
Frenos, escudos y temibles mazas.
Diligentes después el sol partieron,
Y ambos contrarios sus distintas plazas
Ocupan, donde esperan que la trompa
Tocando á arremeter los aires rompa.
En helado silencio el circo queda.
Ni respirar en rededor se escucha;
No hay quien disimular el pasmo pueda;
La duda es grande, la ansiedad es mucha.
El Rey, sin que al temor de padre ceda,
Al cabo manda comenzar la lucha;

Mas al tender el cetro soberano,
Temblor ligero se advirtió en su mano.
Al grito del clarín los combatientes
Vuelan al centro de la extensa plaza,
Pues de entrambos caballos los latientes
Ijares ruda espuela despedaza.
Embístense feroces los valientes,
Y en una y otra fúlgida coraza
Los fulminantes hierros resbalaron,
Y de nuevo veloces se alejaron.
Revuélvense los dos ardiendo en ira;
El cordobés tordillo es más ligero,
Con más presteza el Almirante gira,
Encuentra de soslayo al Duque fiero,
Y crudo bote con su lanza tira,
Tan firme, tan seguro, tan certero,
Que un lirio de oro le arrancó sañudo
De los cinco que ostenta en el escudo.
Debió quedar del golpe satisfecho,
Pues aunque el Duque en el gorjal le hiere,
Otra vez á su escudo va derecho,
Y otra lis, de su lanza al golpe, muere.
Brama el francés de cólera y despecho,
Y por más que vengar la afrenta quiere,
Dos lises más dió á Aldana la fortuna,
Y en el broquel no queda más que una.
Del Rey de Francia abochornado el hijo
Al mirar su blasón tan malparado,
La suerte adversa con furor maldijo
Y venganza juró desconcertado.

Ronco, «Probemos las espadas», dijo.
Y tirando la pica con enfado,
Dió fulgentes relámpagos desnuda
En su diestra la espada puntiaguda.
El duro aragonés tiró su lanza
También á largo trecho; empuña y blande
El acero con garbo y con pujanza,
Sin impedirle que el caballo mande.
En la espada gran nombre el Duque alcanza,
Pues su destreza en esgrimirla es grande.
Sobre Aldana se arroja de repente,
Amenazando aterrador fendiente.
Pararlo el Español apenas pudo,
Por más que amenazando una estocada,
Cubrirse quiso con el ancho escudo
Y soslayar un tanto la celada.
Del Príncipe francés el golpe rudo
Partió la altiva cresta empenachada,
Y en el aire esparció las plumas rojas
Como el otoño las marchitas hojas.
El corazón francés bañóse en gozo
Con orgullo y francesa vanagloria.
Cundió por el palenque el alborozo,
Juzgándolo presagio de victoria.
Y mientras contemplaba aquel destrozo
El Duque, ufano de su esfuerzo y gloria,
Repuesto Aldana, airado le acomete
De punta entre la gola y el almete.
Del Príncipe acudió la ligereza,
Y la espada destrísima interpola.

Entonces amenaza á la cabeza
El Almirante, que apuntó á la gola,
Y cambiando la acción con gran destreza,
Aquella flor de lis, que aislada y sola
Quedaba en el escudo, á tierra vino,
Fuese casualidad, ó fuese tino.

No brama tan feroz el jarameño
Que siente en la cerviz alta el estoque,
Como el Duque francés viendo el empeño
De ultrajar su blasón en cada choque.
Del furor que lo abrasa no es ya dueño,
Y antes que infernal fuego le sofoque,
Anhela furibundo dar remate,
Vencido ó vencedor, á aquel combate.

Y tirando la espada cortadora,
Que, serpiente de acero, rueda un rato
En el polvo, la maza aterradora
Alza en un vehementísimo arrebato,
Y acomete con rabia vengadora
Al que á su escudo le robó el ornato.
Mas como anima el brazo ciego brío,
El furibundo golpe dió en vacío.

El normando corcel, blanco de espuma,
Rendido á la durísima fatiga,
Ya el grave peso del arnés le abruma
Y el acicate en vano lo castiga.
Mientras el cordobés, leve cual pluma,
Obediente á la mano que lo obliga,
Girando burla el golpe, y luego torna
Y al inmovible guerreador trastorna.

Pero el bizarro aragonés, queriendo
No deber al caballo la ventaja,
También la maza bárbara esgrimiendo
Por derribar á su ofensor trabaja.
Y pretal con pretal se arma tremendo
Golpear, que las piezas desencaja
De ambos arneses, retumbante suena
Y de mortal pavor el circo llena.
De la maza del Duque un resonante
Golpe de lleno el alto capacete
Abolló del hispánico Almirante,
Que cayera á no ser tan buen jinete,
Aturdido vacila un corto instante;
Pero volviendo en sí fiero arremete,
Y la maza esgrimió con tal acierto,
Que herido cayó el Duque como muerto.
Resonó la armadura quebrantada
Al dar en tierra el guerreador robusto.
La muchedumbre del asombro helada
Lanza un gemido de dolor y susto.
Al ver la arena en sangre salpicada,
Temblando en pie se pone el Rey augusto.
No hay rostro que el espanto no marchite,
Ni un solo corazón que no palpite.
Y crece aquel terror y desosiego
Cuando descabalgar al Almirante
Ven, y arrojarse vengativo y ciego
A su contrario en tierra palpitante;
Y que el almete le desata luego,
Y que con un cuchillo relumbrante,

Que el paje negro le alargó, se apresta
A hacer la escena horrible aún más funesta.
  Pero afligido, pálido, afanoso,
Veloz arroja el cetro soberano
En la mitad del circo polvoroso,
Y así trémulo grita el Rey anciano:
«Basta, basta. Mi cetro poderoso
A nadie escuda ni defiende en vano.
Yo ofrezco hasta mi vida por rescate
Del infeliz rendido en el combate.
  »Afortunado triunfador, yo empeño
Mi palabra real, mi nombre augusto,
Ya que del hijo, que idolatro, dueño
Os hizo en esta lid el cielo justo,
De daros de su vida en desempeño
Cuanto anhelar pudiera vuestro gusto.
Pedid, pedid, satisfaceros fío:
Y guardad como prenda el cetro mío.»
  Oyéndolo, suspende la venganza
El Almirante noble, y el cuchillo
Tirando, el cetro con respeto alcanza
Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al Rey con plena confianza,
Monta gallardo y grave en el tordillo,
Y deja del estadio los confines
Saludándole trompas y clarines.

## VII

### EL RESCATE

Rey que palabra non cumple
Non debía de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni espuela de oro calzare.
*Cancionero.*

El Rey de Francia en su trono
Servido está y circundado
De Príncipes, Duques, Pares
De su reino dignatarios.
Y con ellos gravemente
Trata sobre el grave caso
De la vida y del rescate
Del Príncipe desdichado;
Del Duque de Normandía,
Que aún convaleciente y flaco
De la herida peligrosa
Y del golpe del caballo,
Del dolor del vencimiento
Y de haber visto rodando
Por el polvo sus blasones
Y su noble escudo en blanco,
Melancólico silencio
Guardó en el debate largo,
En que opiniones distintas
Con calor se ventilaron,

Perdiendo un tiempo precioso
En discursos muy peinados
Y en digresiones pomposas,
Que nada determinaron.
Y en el instante en que ardía
Más tenaz el altercado,
Al aragonés Aldana
Los maceros anunciaron.
Con el Duque de Brabante
Entra el español bizarro,
A los nobles consejeros
Justo respeto inspirando;
Y al Duque de Normandía
Tal horror y sobresalto,
Que de azufre se dijera
Su rostro desencajado.
Serio, grave y comedido
Entra en el salón despacio,
Y con dignidad saluda
Al augusto Soberano.
Lleva la espada en la cinta
Y el cetro puesto á su lado,
Prenda de la real palabra
Que el Rey empeñó en el campo.
Ruégale el Rey que se cubra,
Y en un taburete alto
Con su cojín y tapete
Que tome asiento y descanso.
Hízolo por cortesía,
Y por no ceder ni un paso

En las altas preeminencias
De su sangre y de su cargo.
Y tras de corto silencio,
Muestra de mutuo embarazo,
De este modo el Almirante
Y el Monarca egregio hablaron:

REY.

Almirante de Aragón,
De vos no estoy olvidado,
Y habéis á verme llegado
En oportuna ocasión.
Tratábamos justamente
Yo y mis fieles consejeros
La manera de ofreceros
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, señor.
Cuando se da una palabra,
Hasta que se cumple, labra
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mía.
¿Admitís un nuevo estado
Fecundo, rico y poblado
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos
Los españoles tener
Estado que poseer,
Al moro lo conquistamos.

Cuanta tierra el cielo abarca
No admitimos, vive Dios,
Sin ganarla, ni de vos
Ni de otro extraño monarca.

REY.

¿Queréis, pues, que os pague en oro
El peso de mi hijo armado,
Aunque empobrezca mi estado
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, rey, tanta riqueza
Para algún aventurero;
No se gana con dinero
A la española nobleza.

REY.

¿Alto nombre, dignidad,
Mando, gloria, honra queréis?...

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponéis
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona
Daros, con ella os brindara.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptara,
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

Cuanto digo, todo es vano,
Y me confundo y me aflijo



Al ver que esté de mi hijo
La existencia en vuestra mano.
  Pedid, ¿por qué os detenéis?...
Pedid sin tino y medida,
Y pedidme hasta mi vida,
Pues mi palabra tenéis.

ALMIRANTE.

  Pido que su escudo quede
Blanco y liso cual está,
Y recuerdo le será
De que á nadie pisar puede.
  Y yo en el escudo mío
Las cinco flores de lis,
Que le arranqué en San Dionís
Y gané en el desafío,
  Por blasón he de llevar
Para perpetua memoria,
En que asegure la historia
Que no me dejé pisar.

REY.

  Almirante de Aragón,
Mi poder no alcanza á tal;
¿Sabéis que escudo real
Esas flores de lis son?

ALMIRANTE.

  Eso ¿quién lo duda?... ¿quién?
Y debéis agradecido
Estarme de que no os pido
Vuestras tres lises también.

Las cinco que arranqué, vos,
Rey de Francia, me daréis,
O al vencido entregaréis
Sin remedio, voto á Dios.

———•———

Herido el francés orgullo,
En altos gritos tronando,
Impidió al Rey dar respuesta,
En un momento tan arduo.
El Duque de Normandía
Brama ronco y despechado,
Y con el pie duro rompe
Las tersas losas de mármol.
Y no falta en el consejo
Quien cometa el desacato
De llevar hacia la espada
Con ciego furor la mano.
Aldana de pie se puso,
Cruzó en el pecho los brazos,
Y con semblante tranquilo
Desprecia aquel arrebato,
Como desprecia el escollo
El furor del Oceano,
Del huracán el empuje,
Y el embate de los años.
Confusión horrible reina
En el consejo de Estado;
Todos hablan, nadie escucha,
Perplejo está el Soberano;



Hasta que con gran reposo,
Pero en acento tan alto
Que impuso á todos silencio,
Y que retumbó en palacio,
Por el Duque de Brabante
Sostenido y apoyado,
Dijo decidido y firme
El aragonés gallardo:

ALMIRANTE.

Pues la palabra, señor,
Que me disteis no cumplís,
Guardad las flores de lis,
Pero perded el honor.
Este cetro es prenda mía,
Y me lo llevo, y con él,
Aunque lo escude el dosel,
Al Duque de Normandía.—
Dijo, y tornó las espaldas,
A marchar determinado.
Pero el Duque de Brabante
Le detuvo por el brazo.

---

Nuevo rencor se levanta
Contra el Almirante bravo,
Y restablecer el orden
No consigue el rey anciano.
Mas como eran caballeros
Los que allí estaban, al cabo

A los gritos de la honra
En despertar no tardaron.
  Y la voz del Condestable,
Cuya ciencia y pelo cano
Y gloriosas cicatrices
Daban prestigio á sus labios,
  Manifiesta brevemente
Que habiendo el Rey empeñado
Una palabra, cumplirla
Era justo y necesario;
  Que estaba el potente cetro
Al cumplimiento empeñado,
Y que no había de perderse
En las extranjeras manos;
  Que la honra no eran las lises,
Fuesen veinte ó fuesen cuatro,
Sino cumplir las palabras
Y atenerse á los contratos.
  Estas razones sesudas
Del esclarecido anciano
El tumulto y alboroto
Mudo silencio tornaron:
  Silencio que al punto rompe
El Rey, el rostro bañado
De lágrimas de despecho
Que sus mejillas quemaron.
  Y prorrumpe de este modo,
Hecho el corazón pedazos,
Y con voz trémula y honda,
Que era doloroso el paso.



REY.

Almirante de Aragón,
Las cinco flores de lis
Ganadas en San Dionís,
Os concedo por blasón.
Y liso quede el escudo
Del Duque de Normandía,
Ya que por su estrella impía,
Guardarlo de vos no pudo.

———

De dolor mal comprimido
Resonó murmurio infausto,
Y de púrpura y de azufre
Los semblantes se bañaron.
El Almirante impertérrito
Subió con desembarazo
Las cuatro gradas del trono,
Y le dijo al Soberano:

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, señor,
Y sabed que no ha perdido
El tiempo que lo he tenido,
Su gloria ni su esplendor.—

El Duque, irritado y fiero,
Dijo entre los cortesanos,
Que su padre no podía
Inferirle tal agravio.

Y *c'est mal donné* gritaba,
*C'est mal donné*, despechado;
Y oyéndolo el Almirante
Contestóle sin mirarlo.

ALMIRANTE.

Para que más satisfecho
Mi honor hoy pueda quedar,
También quiero perpetuar
Ese imprudente despecho.
Y aunque el de *Aldana* acatado
En toda la tierra ha sido,
Desde hoy será el apellido
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1852.







# LEYENDA TERCERA

## EL ANIVERSARIO

Á MI HIJO ENRIQUE

Ossa arida, audite verbum Domini.
EZECHIEL, *prof.*

### I

### LA VELADA

Hundiéndose en los mares de Occidente
Tras de las lomas áridas y adustas,
Lindes de Lusitania y de Castilla,
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,
Recortó con sus últimos destellos
Las altas frentes y erizadas puntas
De las torres y montes convecinos,
Que á Badajoz defienden y circundan.
Y en cuya catedral los sacros bronces,
Que en la región de las tormentas zumban,
Para el sol venidero le anunciaron
tividad solemne y pompa augusta.
as del aniversario de aquel día
que el séptimo Alfonso, de la furia



Y del poder triunfando sarraceno,
Expugnó á Badajoz tras larga lucha,
  Y en que purificando su mezquita
Del falso rito y prácticas inmundas,
Del Gólgota á la enseña triunfadora
Maldita se humilló la media luna.
  De la insigne ciudad voto solemne
Aquel festejo popular, que aún dura,
Fundó de gratitud en homenaje,
Sin que dejara de cumplirlo nunca.
  Y desde la conquista memoranda
Tendido habían el paso dos centurias,
Hasta el suceso grande y misterioso,
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

---

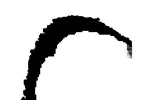
  Del alto campanario el gran rimbombe
De gozo la ciudad mísera inunda,
Que bien ha menester de regocijos
Después de un año de dolor y angustias.
  De un año de ansiedad y de miseria
En que la tuvo la enconada pugna
De dos linajes nobles y ambiciosos,
De Badajoz azote y amargura:
  *Portugaleses*, lusitana estirpe,
Y *Bejaranos*, extremeña alcurnia;
Rivales poderosos, que el dominio
De la infeliz ciudad fieros disputan;
  Y que poner en paz don Sancho el Brav
Logró hace poco con prudencia suma,



Gozando el pueblo, aunque por breves horas,
De tal Monarca la presencia augusta.
¡Quiera el cielo que dure aquella calma,
Y que no quede en la ceniza oculta
Pequeña chispa que, tomando cuerpo,
Los pasados incendios reproduzca!

———•———

Por las calles y plazas la nobleza
Mézclase afable á la plebeya turba,
Y unidos los hidalgos y pecheros,
La velada alegrar todos procuran.
Del alguacil ó arquero nadie teme
En tal noche insolencia inoportuna,
Ni que el toque obligado de la queda
Venga á dar fin á la función nocturna.
Con matizadas telas los balcones
Y luminarias á la noche insultan,
Y suenan por doquiera tamboriles,
Rabeles, pitos, flautas y bandurrias.
Mas el centro común de aquella fiesta,
Donde la gente principal se agrupa,
Es de la catedral la extensa plaza,
Que adornan arcos de ramaje y murta.
Arde en su centro rutilante hoguera,
Y sobre su pirámide, que ondula,
De fácil llama, saltan los muchachos
n tal audacia, que mirarlo asusta.
Aquel rojo esplendor la plaza llena,
fleja del gran templo en las columnas,



En las lejanas torres, en las casas,
En los humanos rostros que circulan;
Y si con viva luz perfila y corta
Cuanto alcanza en redor, sombras obscuras
Causa también, tan vagas, tan movibles,
Que con formas fantásticas lo abultan.
Allá en los soportales se establecen
Puestos mezquinos de confites, frutas,
Licor, torrados, nueces, chucherías,
Y á un tiempo gritos mil su venta anuncian.
El aceite en que hierven los buñuelos
Infesta el aire más que lo perfuma,
Los populares cánticos lo aturden
Con voces discordantes y confusas.

---

Avanza ya la noche, á paso lento
Entre celajes al cenit la luna,
Pero aún no es el concurso numeroso,
Ni aún reinan confusión y baraúnda:
Pues va á salir enmaromado un toro,
Y la gente juiciosa, y la machucha,
Y las damas no quieren un tropiezo
Con quien no acata canas ni hermosura.
Sólo la gente joven y los guapos
Con algazara por las calles cruzan,
Mientras que los balcones y las rejas
Las mujeres solícitas ocupan.

---

Que el feroz animal ya sale avisan
Gritos, carreras, luminarias, bulla,
Y muchos, que en las calles y las plazas
De valientes la echaban, se atribulan,
Y algún portal, ó pilarón, ó verja
Para esconderse demudados buscan;
Que es una cosa el esperar al toro,
Y otra quedarse cuando asoma y bufa.
Con una luenga soga, en que se ensartan
Chulos, pillos, borrachos y granujas,
Y al animal por el testuz sujeta
Para impedirle que se ponga en fuga,
Un guadianeño buey enorme, blanco,
De inmensa y reforzada cornadura,
Corre, atropella, embiste, retrocede,
Retemblando la tierra á sus pezuñas.
Unos huyendo súbense á las rejas,
Mas las damas de adentro, si son chuscas,
Para obligarlos á volver al riesgo,
Los vejan, los pellizcan, los empujan.
Otros al paso al fiero buey recortan
Con garbo y gentileza, con que alguna
Flor ó cinta se ganan, como en premio
De su serenidad, arte y bravura.
También hay quien con gracia y gentileza
Manejando la capa á la andaluza,
Y consiguiendo estrepitoso aplauso,
ıl feroz animal engaña y burla.
Pero tal vez algunos por el aire
uelan á impulso de las corvas puntas,



O por tierra revuélcanse, las ropas,
Y las carnes también, rotas y sucias.

---

Tal sucedió al Alcalde. ¡Desdichado!
Con vara, con linterna y con la chusma
De alguaciles detrás, la ronda hacía,
Lejos del toro y lejos de trifulcas,
Cuando el vil animal volvió de pronto,
De un rehilete huyendo que le punza,
Atropelló de pillos la gran sarta,
Que dejan la maroma por la fuga,
Y tomando una obscura callejuela,
Tal vez del campo y de reposo en busca,
Tropezó con la ronda de improviso,
Y fué justo que hiciera de las suyas.
Llevó buen revolcón el pobre Alcalde,
Y alta grita además, que la gentuza,
¡Villana propensión! aplaude siempre
Que al que manda le espeten una tunda.
Afortunadamente no fué cosa,
Y salió sin lesión de tanta angustia,
Con varios desgarrones en la capa
Y maldiciendo tan pesadas burlas.
Este incidente, y que la media noche
Ya la campana de la vela anuncia,
Volver al toro hicieron á su establo,
Dando al demonio la ovación nocturna.

---

Entonces sí que calles y que plazas
Honradas fueron por la gente culta,
Y por damas gallardas y galanes,
Con ricas vestes y pintadas plumas.
Empezó la función á ser más noble,
Si no tan bulliciosa, y las bandurrias,
Vihuelas, ministriles y panderos
Sones de danza armónicos modulan.
Doncellas de alto fuste entonces salen,
Y del contento general disfrutan,
Luciendo ricas y elegantes galas,
Que su beldad y su linaje ilustran.
Mas entre todas ellas descollando,
Como erguido ciprés entre las murtas,
Como azucena en medio de las flores,
Como entre las estrellas la alma luna,
Y la atención universal llamando,
Y calle abriendo respetosa turba,
Doña Leonor de Bejarano llega,
Preconizada Sol de Extremadura.
Son sus ojos luceros rutilantes,
Que á los del cielo con su lumbre ofuscan,
Ebano son las trenzas y los rizos
Que por su cuello de marfil ondulan;
Soberana su altiva gentileza,
Y su rostro el compendio en que se juntan
Gracia, beldad, modestia, altanería,
:o talento y discreción profunda.
Tendió con inquietud la vista en torno,
mo quien algo que le importa busca,



Y en un sillón que colocara un paje
Sobre una alfombra de labor moruna,
  Sentóse, de sus dueñas circundada,
Con modestia y con noble compostura.
El concurso la admira y la contempla,
Y damas y galanes la saludan.
  Y los *Portugaleses* en su obsequio,
Más asiduos mostrándose que nunca,
Cercáronla corteses, elogiando
Sus gracias, joyas, talle y hermosura.
  Sus extremos y el ver que en el concurso
Las señoras no están de aquella alcurnia,
Y que á doña Leonor le dejan sola
Ser reina del festejo, inspira alguna
  Sospecha en los astutos y medrosos
De que la enemistad aún arda oculta
De ambos linajes, y que aún pueda un día
La paz romper que Badajoz disfruta.



## II

### EL EMBOZADO.—LA DAMA.—EL RAPTO

En un rincón de la plaza
Detrás de unos pilarones,
Que cortaban de la hoguera
El paso á los resplandores,



Un siniestro grupo forman,
Bañado en sombra, tres hombres,
Envueltos en capas negras
Que ocultan luengos estoques.
Con el embozo el semblante
Hasta las cejas esconden,
Y calados los birretes,
En silencio están inmobles.
El uno, de cuando en cuando,
Con gran recato se pone
Á observar cuanto en la plaza
Acontece aquella noche.
Y cuando su rostro asoma
Y á la roja luz lo expone,
Bríllanle en dos ojos negros
Dos relámpagos atroces.
Al ver llegar tan gallarda
A doña Leonor, quedóse
Como encantado un momento,
Y en temblor convulso rompe.
Retírase, y en voz baja,
Pero en la cual se conoce
Gran turbación, de este modo
Dice á los dos que le oyen:
«Ya está en la plaza... ¡Oh, cuán bella!...
Sus ojos como dos soles
Ha girado en busca mía...
Me lo dice el alma á voces.»
Uno de los dos, del brazo
Le sacude y le interrompe,

Con acento que parece
Satánico acento: «Joven,
»Si ella te ama y tú lo sabes,
Y te la niegan feroces
El padre y hermanos, sólo
Por los antiguos rencores,
»Con tu espada y con tu esfuerzo
Tu amor ardiente se logre,
Y queden los *Bejaranos*
Hundidos de un solo golpe.»
Tiembla el mancebo un instante,
Que la importancia conoce
Del consejo, y decidido
De esta manera responde:
«Si ese desdeñado novio
Que su familia le impone,
Porque es del rey favorito,
Baila con ella esta noche,
»Será, os juro por mi sangre,
Rayo abrasador mi estoque,
Y de los *Portugaleses*
Restablecido el renombre.»
El otro que hondo silencio
Guardó tenaz hasta entonces,
Y que de los tres mostraba
Ser el más viejo en su porte,
«Hablas, le dijo, cual debe
Hablar en tu caso un noble.
Bailará, sí, no lo dudes;
Haz lo que te cumple entonces.

»Pues preparado está todo
Con tal secreto y tal orden,
Que doña Leonor tu esposa
Será, aunque lo impida el orbe.»
Tornan á hundirse en silencio
Los três, y á quedarse inmobles;
Y atento la plaza observa
Con grande ansiedad el joven.

———•———

Aquel grosero bullicio
Y atronadora alegría,
Que en las fiestas populares
Nos aturde y nos fastidia;
Y la confusión de gentes
Incultas y poco limpias,
Que nos sofoca y estrecha
Y la diversión nos quita,
Ya de la alegre velada
Desaparecido habían,
Para aparecer de nuevo
Al celebrarse la misa.
Y aquel tropel de borrachos
Y de chicos y de chicas,
Que disgustos causan sólo
Y desazones y riñas,
También rendido ó disperso
En hondo sueño yacía,
Dejando la extensa plaza
Más desahogada y tranquila.



No incomodaba la hoguera,
Ya leve llama y ceniza,
Y sólo de los balcones
Las luminarias ardían,
Cuyo fulgor, combinado
Con el que argentada y limpia
En cenit daba la luna
Entre blancas nubecillas,
Tomaba una luz tan grata,
Ya plateada, ya rojiza,
Y una claridad tan dulce,
Tan templada, tan benigna,
Que de mágica apariencia
La extensa plaza vestía,
Dando más realce á la gala,
Y más encanto á las lindas.
Los sonoros instrumentos
Armonizaban las brisas,
Y el baile duraba alegre
Entre las personas finas.
¡Qué matizados ropajes,
Cuánta pluma, cuánta cinta
La plaza, como las flores
El verjel risueñó, pintan!
¡En cuántas lucientes joyas,
De las estrellas envidia,
Las antorchas y la luna
Relampaguean y brillan!
¡Cuántos ojos hechiceros
Abrasan á los que miran



Con las ardientes vislumbres
De sus aleves pupilas!
¡Cuánto delicado talle,
Que al laurel gallardo imita,
Cuando el céfiro halagüeño
En el jardín lo acaricia,
Arrebata corazones,
Y voluntades cautiva!
¡Qué atmósfera deliciosa
En Badajoz se respira!

---

Ninguna dama desdeña
Por encumbrada y altiva
Tomar ya parte en la danza,
Mostrando su gallardía,
Con los nobles caballeros
Que obsequiosos las convidan,
Para que luzcan su garbo
Y ostenten sus galas ricas.
Y á respetuosa distancia,
Si aun quedan, pobres familias
Cariñosas las aplauden,
Envidiosas las admiran.
Doña Leonor solamente
Aún no ha dejado su silla,
Y algo tiene su semblante
Que inquietud interna indica,
Por más que afable en sus labios
Brille apacible sonrisa,

Que á los saludos y obsequios
Corresponda agracedecida,
Y que ni un punto deponga
La reserva noble y digna,
Que corresponde al orgullo
De su encumbrada familia.

---

Ya en Oriente albo destello
Y una nube purpurina
Anunciaban que la Aurora
Del mar tirreno salía;
Cuando el padre y los hermanos
De doña Leonor divina,
Acompañando á un mancebo
De cortesana hidalguía,
Y del más vistoso traje,
Y de figura expresiva,
Se acercaron gravemente
A la hermana y á la hija,
Y pídenle cariñosos,
Mas con voz imperativa,
Que con aquel caballero,
Que para suyo destinan,
Salga á animar con su garbo,
Su beldad y bizarría
El fin de la alegre danza,
Pues que ya la noche expira.
Ella, aunque el alma le parte
Y el pecho le martiriza



Tal mandato, disimula
Discreta, sagaz y lista.
  Y aunque alguna excusa intenta
Balbucir, la llama altiva
Que en los ojos de su padre,
Anunciando enojo, brilla,
  La aterra; y cubriendo astuta
El disgusto que la agita,
En pie se pone gallarda
Entre universales vivas.

---

  Apenas en pie se puso,
Al lado del caballero,
Doña Leonor Bejarano
Con noble y turbado aspecto,
  Y en torno un circo formaba
El regocijado pueblo,
Para darles el tributo
De aplausos y acatamientos,
  En el rincón de la plaza
Donde estaban en silencio
Los tres hombres embozados,
Tronó alarido tremendo.
  Y los tres hombres las capas
Arrojando á un mismo tiempo,
Y mostrándose vestidos
De coseletes de hierro,
  Con la presteza del rayo,
Confusión sembrando y miedo,

En la mano los estoques,
Vuelan de la plaza al centro.
  El desorden, la sorpresa
Turban el concurso inmenso;
Huyen niños y mujeres
Con pavorosos lamentos.
  Unos á otros se atropellan,
Sin saber dónde está el riesgo.
Los hombres se arremolinan,
Ignorando qué es aquello.
  Se oyen gritos espantosos,
Desnúdanse mil aceros,
Puertas ciérranse y balcones
Con presteza y con estruendo
  Doña Leonor se desmaya
En brazos del caballero;
Cuando los tres agresores
Llegan, y el más joven de ellos
  Al dichoso le traspasa
De horrenda estocada el pecho.
Y mientras de ardiente sangre
Inunda la tierra el muerto,
  Los otros dos, animosos,
Asen con feroz denuedo
A la exánime doncella,
Y arrebátanla violentos.
  A darle tardo socorro
Llegan su padre y sus deudos,
Y pasmados reconoçen
En el osado mancebo,

De la estirpe *Bejarana*
Al enemigo más fiero,
Y de los *Portugaleses*
Al más gallardo y soberbio.
Arrójanse á la venganza...
Mas ¿qué pueden sus esfuerzos,
Desarmados, sorprendidos,
Y con sayos de festejo.
Si los del contrario bando,
Traidores llevan cubiertos
Con las galas los arneses,
Para combate dispuestos?
«*¡Traición!! ¡Traición y venganza!!*»
Gritan furiosos aquéllos.
«*¡Muerte!! ¡Sangre y exterminio!!*»
Con altivas voces éstos.—
Del gran rey Don Sancho el Bravo
Rotos quedan los conciertos,
Y de la civil discordia
Reanimados los incendios.



## III

### LA BATALLA.—LA MISA

¡Infeliz Badajoz!... Oh sol, detente.
Niega hoy tu luz al turbio Guadiana,
Y en nubes de oro y grana
Quédate reclinado en el Oriente.

No vengan á alumbrar tus resplandores,
De sangre y muerte y exterminio llenas
Sus márgenes amenas:
Cubra noche eternal tantos horrores.
Mas ¡hay! no llega á ti mi voz, y tiendes,
Inmutable, siguiendo tu carrera,
El paso por la esfera,
Y sobre Badajoz tu lumbre extiendes.
Mírala arder en espantable guerra,
De la discordia al hórrido alarido,
Y otra vez encendido
El fuego del infierno en esta tierra.
Mira de los incendios el espanto,
Y cómo el humo en sofocante nube
Hasta tu trono sube,
A ennegrecer tu rutilante manto.
Mira arroyos de sangre en el Guadiana
Perderse, enrojeciendo sus cristales.
Mira las infernales
Furias triunfando de la raza humana.
¡Maldición! ¡Maldición á los primeros
Que rompieron la paz tan santo día,
Y que en batalla impía
Desnudaron los bárbaros aceros!

---

Si inermes los altivos *Bejaranos*,
Por la traidora saña sorprendidos,
Pudieron ser vencidos,
Ya empuñan hierro sus feroces manos.



Y arden en ira y en atroz venganza,
Y vestidos los bélicos arneses,
De los *Portugaleses*
Cébanse sin piedad en la matanza.
Y los *Portugaleses*, defendiendo
La presa que les dió su alevosía,
Sacian la saña impía,
Lago de sangre á Badajoz haciendo.
Cunde voraz la formidable llama,
Las casas y palacios devorando
Del uno y otro bando,
Y por altas techumbres se derrama.
Calles y casas, plazas y jardines,
Campo son horroroso de pelea;
Y la muerte pasea
De la ciudad los últimos confines.
Blasfemias, gritos, voces y lamentos,
Y el crujir de las armas atronante,
Y polvo sofocante
Llenan y encienden los delgados vientos.
No es entre hombres la lucha; es entre fieras,
Ó mas bien entre monstruos del infierno...
¿Y nadie, oh Dios eterno,
Teme el rayo, terror de las esferas?
¿Nadie recuerda, ¡oh ceguedad impía!
El santo aniversario en que rendido,
Un pueblo agradecido
Debe ante ti postrarse en estedía?...
Alguien lo recordó... Sobrepujando
Una campana del combate horrendo



El tormentoso estruendo,
Al templo está los fieles convocando...
Mas ¡ay! que no la escuchan los feroces,
Y aquella voz del cielo se ahoga y hunde,
Y el rumor la confunde
De ardientes armas y tremendas voces.
Y si el enfermo, el niño y el anciano,
Y la doncella, tímidos la escuchan,
El terror con que luchan
Torna su afán de obedecerla vano.
Nadie, oh sacro metal, obedecerte
Puede, aunque quiera, en tan infausto *día*.
¿Quién cruzar osaría
Calles do reinan exterminio y muerte?

———•———

Uno solo, obediente á aquel mandato
Y de alta obligación al santo grito,
Se alza, sale, las calles atraviesa,
Desprecia los peligros.
El santo sacerdote que aquel día
Celebrar de la iglesia los oficios
Debe en la catedral: su santo celo
Le da santo heroísmo.
Armas, furias, estragos atraviesa
Incólume, y del cielo protegido;
Del sacro templo la cerrada puerta
Abrese y le da asilo.
En la desierta catedral, en donde
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,

Y cuya soledad lo asombra y pasma,
Entra despavorido.
Sólo halla á un joven sacristán temblando,
Más que por el combate y exterminio,
Cuyo rumor duplícase en las bóvedas
Del lóbrego edificio,
Porque nadie ha tocado la campana,
Que dió á los fieles el sonoro aviso,
Sonando por sí sola ó compelida
Por impulso divino.
Al saberlo pasmado el sacerdote
Advierte lo que manda aquel prodigio,
Siente algo en su interior que lo engrandece
Y le da extraño brío.
Y aunque desiertos mire iglesia y coro
Y presbiterio, y en aquel recinto
No más viviente que el cuitado joven
Trémulo y semivivo:
«No quede—exclama—en tan infausto día
Sin culto el templo del Señor bendito,
Y pues tú y yo bastamos, celebremos
El santo sacrificio,
»Que aunque desnudo de aparato y pompa,
Subirá al trono del Señor lo mismo.
Logre hoy del Sacramento la presencia
Este olvidado sitio.»
Se anima el sacristán (á ambos esfuerza
Impulso superior), corre al proviso
Y prepara el altar, y al altar sube
El preste revestido.



La misa empieza con fervor devoto,
En la tierra y altar los ojos fijos.
Antes de leer la Epístola se vuelve,
Siguiendo el sacro rito,
A decir: *el Señor sea con vosotros*,
Y no encuentra, ¡oh pavor!, á quién decirlo;
Que están desiertas naves y capillas
Y su ámbito vacío.
Anonádase, tiembla, se confunde,
Y oyendo resonar lejanos gritos
Y el rumor del combate que arde fuera,
En el santo recinto,
Trémulo torna, y á la imagen santa
De nuestro Redentor, hondos gemidos
Lanzando que del alma le salían,
Entre lágrimas dijo:
«¡Señor, Señor, piedad! ¿cómo consientes
Que así te ofendan tus feroces hijos,
Y que, cuando debieran prosternados
Adorarte sumisos,
»Recordando el favor con que libraste
Esta infeliz ciudad de los impíos,
Se estén cual torvas fieras devorando,
Ofendiéndote inicuos?
»¿Cómo, Señor, permites que tu templo
En tal festividad quede vacío,
Y que tu cuerpo y sangre nadie adore
Más que tu siervo indigno?»
La Epístola leyó, y *el Señor sea
Con vosotros*, tornó á decir, y frío



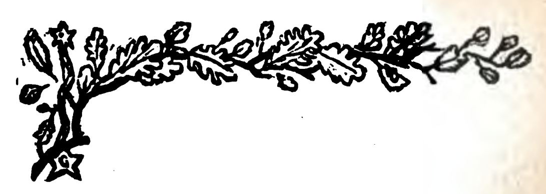
Quedó cual mármol, de concurso inmenso
El templo viendo henchido.
Mas ¡qué concurso, oh Dios! concurso helado
Que ni alienta ni muévese, ni brillo
Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...
Vivientes de otro siglo.
¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios
Los más: algunos con ropajes ricos
Deslustrados y rotos: muchos visten
Sayal de San Francisco:
Varios, armas mohosas y abolladas:
Algunos, los más altos distintivos;
Y hay de todas edades, sexos, temples,
Sin orden confundidos.
Abiertas de la iglesia en suelo y muros
Estaban de sepulcros y lucillos
Las losas; el silencio era espantoso,
Y el ambiente más frío.
Sí. Los conquistadores denodados,
Que á Badajoz ganaron para Cristo,
Salieron con los suyos de las tumbas
A adorar á Dios vivo,
Y á celebrar el santo aniversario,
Asistiendo del culto á los Oficios,
Ya que sus descendientes infernales
Los tienen en olvido.
Tiembla el joven sirviente. El sacerdote
Aterrado prosigue el sacrificio.
Consagra, alza, consume, vuelve luego
Y halla el concurso mismo.



*Marchad, la misa concluyó*, pronuncia;
Y al punto desparece aquel gentío,
Tórnase en nada, y ciérranse las losas
De tumbas y lucillos.
No tenían que esperar los bienhadados
La bendición humana; ya benditos
Estaban del Señor. Fuera del templo
Prosigue el exterminio.
No pudo más el santo sacerdote;
Una misión terrible había cumplido.
Fué á recoger de su fervor el premio,
Y muerto á tierra vino.

Madrid, Mayo de 1854.





# ÍNDICE


TRAGEDIAS EN CINCO ACTOS

Páginas.

Arias Gonzalo.......... 7
Lanuza.......... 97

LEYENDAS Y PARTES DE CADA COMPOSICIÓN

Prólogo.......... 205

## LEYENDA PRIMERA

LA AZUCENA MILAGROSA

Introducción.......... 213
Primera parte.......... 227
Segunda parte.......... 256
Tercera parte.......... 284
Final.......... 317

## LEYENDA SEGUNDA

MALDONADO

I.—La borrasca y el voto.......... 321
II.—La romería.—El desafío.......... 329
III.—Las charlas.......... 338

Páginas

IV.—El salón........................... 344
V.—La taberna.......................... 361
VI.—La lid............................. 379
VII.—El rescate........................ 393

## LEYENDA TERCERA

### EL ANIVERSARIO

I.—La velada........................... 403
II.—El embozado.—La dama.—El rapto... 410
III.—La batalla.—La misa............... 419





*Este libro se acabó de imprimir en Madrid,*
*en el Establecimiento tipográfico*
*«Sucesores de Rivadeneyra»,*
*el 27 de Julio*
*de 1900.*





